INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»
DE LA EXCMA. DIPUTACION DE ZARAGOZA

POESIAS VARIAS

DE GRANDES INGENIOS ESPAÑOLES

RECOGIDAS

por

JOSEF ALFAY

EDICION Y NOTAS

de

J. M. B.

Zaragoza 1946

POESIAS VARIAS

DE GRANDES INGENIOS ESPAÑOLES

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»
(C. S. I. C.)

POESIAS VARIAS

DE GRANDES INGENIOS ESPAÑOLES

RECOGIDAS

por

JOSEF ALFAY

EDICION Y NOTAS

de

J. M. B.

Zaragoza 1946

INDICE GENERAL

PÁGS.

Prólogo ... IX
Poesías varias de grandes ingenios ... 7
Notas a la antología ... 210
Indice de primeros versos ... 217
Indice de atribuciones ... 221

PRÓLOGO

Nuestra poesía de los siglos XVI y XVII, que tan abundante se muestra en colecciones manuscritas, presenta, en cambio, un singular desdén por la antología impresa. Abundan los *romanceros*, casi siempre colecciones anónimas; pero son raras, contadísimas, las antologías poéticas de tipo culto. Faltó algo parecido al magnífico *Cancionero General* de Hernando del Castillo (tan leído en ambos siglos), que recogiese las mejores composiciones de los poetas renacentistas y barrocos. Así queda señera, aislada en su raro valor, la célebre colección de Pedro Espinosa, *Flores de poetas ilustres*, publicada en 1605, en la encrucijada de los dos siglos. En ella se dan cita los últimos renacentistas —Herrera, Fray Luis—, los poetas barrocos —Lope, Góngora, Quevedo— y ese grupo antequerano-granadino nuncio inmediato de la mejor poesía del siglo XVII. Con toda seguridad, la intención de Espinosa no fué la de recoger lo más notable de la producción de su tiempo, sino lo más valioso de la poesía de su pequeño círculo de amigos, quedando así con un valor restringido, de grupo. Con todo, es nuestra mejor y única antología de la época.

Hay que avanzar después medio siglo para encontrar otra antología. Es la que publica el librero zaragozano José Alfay[1], en 1654, con el título de *Poesías varias de*

---

1 José Alfay era hijo del librero de Huesca, Pedro, que, asociado con su hermano Tomás, establecido en Zaragoza en la calle de Platerías, editó diversos libros desde 1637 a 1649. José Alfay empieza su actividad editorial publicando en 1640 *Sala de recreación*, de Castillo y Solórzano, y deja su negocio hacia 1670. Vid. JIMÉNEZ CATALÁN, *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVII*, Zaragoza, 1927, págs. 63 y 66.

grandes ingenios[2], probablemente recogida por Gracián, según parece desprenderse de cierta carta que le dirige el Marqués de San Felices: «Mi P. Gracián: Los desvelos de Vuestra Paternidad dan motivo a los aficionados a buenas letras para no tener ocioso el discurso, y aunque el libro que ha sacado Jusepe Alfay no sea hijo del discurso de Vuestra Paternidad, pero se le debe mucho por el cuidado que ha tenido en hacerlo dar a la estampa y por haber hecho un ramillete de tan fragantes flores, dignas de su buen gusto y mejor empleo.

»En este libro, folio 30, en la fábula de Atalanta, de Céspedes, en la copla 7, dice así:

es constelación su rostro,
es tal que habrá quien disculpe
bellas envidias de Venus,
cuando sus círculos hurte.

»La duda que se ofrece es en averiguar qué círculos sean éstos, y con eso dar verdadero sentido a la copla; y aunque se han hecho varios discursos, ninguno me cuadra hasta tener el desengaño de Vuestra Paternidad, que siempre será lo cierto y lo más acendrado; y así le suplico me responda su parecer, a quien siempre tengo de

---

2 Poesías / varias, / de grandes in / genios españoles. / Recogidas por Ioseph / Alfay / I dedicadas / a Don Francisco de la Torre, cavallero del / Abito de Calatrava. / Con licencia. / En Zaragoça: Por Iuan de Ibar, año 1654. / A costa de Iosef Alfay, Mercader de Libros.

Cuatro hojas de prels., 160 págs. y cuatro hojas con la sign. A para dos *Xácaras*. 4.º

Port. — v. en b. — E. de A. grab. en cobre. — v. en b. — Aprobs. y texto.

«Este ejemplar ofrece la particularidad de contener las págs. 11 y 12, que fueron suprimidas, y las que las reemplazaron: dicha hoja se varió, sin duda, por haber en ella unos consejos a Juanilla, los cuales se juzgaron probablemente demasiado libres: sin embargo encierra aún bastantes composiciones picarescas dignas de competir en frescura con los antedichos consejos. Hai otra singularidad en mi exemplar, y es la de llevar dos *Xácaras* que no he visto en ningún otro», Salvá, *Catálogo*, Valencia, 1872, I, núm. 325.

El ejemplar que reeditamos es el R. 6797 de nuestra Biblioteca Nacional. Modernizamos la ortografía, excepto en los pocos casos de valor fonético, y numeramos las composiciones.

seguir, y le guarde el cielo. De esta su casa, agosto 15 de 1654»[3].

Fuese o no colegida por Gracián (y hay que admitir por lo menos alguna intervención), las diferencias entre las *Flores* de Espinosa y las *Poesías varias* son profundas. Los mismos títulos son harto significativos. Espinosa da nombre a su colección siguiendo la moda de los renacentistas italianos. Se trata de una antología de *Fiori* de poetas ilustres; al paso que la de Alfay se escuda bajo el signo barroco del ingenio: *Poesías varias de grandes ingenios,* no de ilustres poetas. Los cincuenta años de diferencia entre ambas selecciones no han pasado en vano. En la de Espinosa encontramos a Barahona de Soto, Herrera y Fray Luis junto con Góngora, Lope y Quevedo, que inician por aquellos años la desviación hacia lo ingenioso. En cambio, en la de nuestro librero zaragozano los nombres responden al gusto de la generación de 1650, que admiraba las obras de Cáncer, Antonio Hurtado de Mendoza y los romances jocosos y burlones de Góngora o Salas Barbadillo. A pesar de imprimirse en Zaragoza y ser recogida por un aragonés, su carácter regional es muy limitado, ya que sólo aparece una vez el nombre de Bartolomé Leonardo, dos veces el del raro Diego Morlanes y otras el de don Francisco de Sayas, el cronista elogiado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo.* (Nótese de paso la ausencia de composiciones laudatorias de los poetas que por aquellos años vivían en Zaragoza y asistían a las distintas Academias, como José Navarro, don Juan de Moncayo, Ustarroz, etcétera.)

La selección responde, pues, al criterio señalado en las líneas anteriores. Poemas llenos de gracia y delicadeza alternan con otros de burlas o extravagantes, de evidente mal gusto, cuya inclusión intenta justificar con poca agudeza el mismo Alfay en el prólogo al lector: «si culpas algunas por muy vulgares, confiésote que las esco-

---

3 Vid. Ricardo DEL ARCO, *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa,* Madrid, 1934, pág. 151.

gí de ese modo para la expedición del libro, que los doctos son los menos, y el pueblo de Israel gemía por las cebollas y dejaba el maná. Ya te digo con esto que no son todas iguales, porque no son iguales todos los lectores; no son unos los alimentos, porque son varios los estómagos; lo que es asco al delicado, es regalo al robusto, y la rosa que grosera desprecia la planta del labrador, estima primorosa la mano de la dama. De todo te ofrezco, con que no puedo dejar de acertar en algo; y si fuere a tu gusto, habré acertado en todo, prometiéndote sacar a luz más numeroso volumen mi agradecimiento».

Por esta razón abundan en la antología los poemitas de burla, imprimiéndose por primera vez las conocidas décimas contra Alarcón, algunos sonetos de Góngora, los dos atribuídos a Cervantes (uno de ellos con notables variantes no registradas), el que dirigieron con tanta crueldad como mala intención contra Quevedo con motivo de su boda, etc., al lado de poemas tan bellos como la célebre *Canción real a una mudanza*, tanto tiempo atribuída a Mira de Amescua, el magnífico soneto a un olmo de Antonio Hurtado de Mendoza, las dos fábulas de Valentín de Céspedes y el romance de Lope de Vega, desconocido hasta hoy.

De paso quiero señalar aquí un detalle curioso que no ha sido advertido por los bibliófilos y que bien merece ser anotado. Es el siguiente:

Nuestro buen Alfay, cumpliendo la promesa del prólogo, vuelve a publicar otra antología en 1670, con el título de *Delicias de Apolo, recreaciones del Parnaso*[4], en la cual vuelven a aparecer otra vez muchas de las com-

---

4 Delicias / de Apolo / recreaciones / del Parnaso, / por las / Tres Mvsas / Vrania, Evterpe, y Calíope. / Hechas de varias poesías, / *de los Mejores Ingenios de España* / Dedicalas al Ilvstrissimo Señor Don Fernando Alvarez de Toledo, etc / Con licencia, / En Zaragoza: Por Ivan de Ibar, año 1670.

Seis fols. de prels., 177 págs. 21×15 cm. 8.º, mll.ª perg.º

Port. con orla. — v. en b. — Dedicatoria, firmada por Alfay. — Aprobación del Dr. D. José de Calvo Monreal, por comisión del Dr. Xulve: Zaragoza 24 de Junio de 1670. — Imprimatur. — Aprobación del Doctor

posiciones incluídas en las *Poesías varias;* pero con notables y mendaces cambios de dueño, que conviene señalar, ya que en algunos casos, como en el de Calderón, han pasado después a diversas antologías. Alfay quiso sin duda acrecentar el valor de su segunda selección suprimiendo nombres de poetas poco conocidos.

En las *Delicias de Apolo,* pág. 98, se publica un *Romance amoroso a una dama, de don Pedro Calderón,* que Alfay en la antología que reeditamos, pág. 69, atribuía al desconocido García de Porras. Efectivamente, es de este último y no del autor de *La vida es sueño,* ya que con igual atribución lo encontré en el ms. 250-2 de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza[5], fol. 825, donde aparece con otros del mismo poeta. Por si esto no fuera muy convincente, un recurso estilístico que García de Porras toma de Góngora nos aclararía la paternidad del romance. Se trata de un recurso de tipo paralelístico y de paronomasia al mismo tiempo, muy abundante en la poesía de don García y poco utilizado por Calderón, especialmente en sus poesías sueltas. Véanse unos ejemplos[6]:

no hay libertad que se exente,
no hay exención que se libre

desde la que el Tetis beben,
hasta la que el Ganges viven

que sus arenas al Tajo,
que sus imperios al Tiber

como a deidad te veneran,
y como a deidad te piden

D. Jacinto Alvarez, por comisión del Sr. Dr. Lázaro Romeo, Oficial y Regente de Vic. Gen.: Zaragoza 10 de Junio de 1670. Imp. Romeo. — Otro, Xulve. — Prólogo «Al lector». — Romance del Sr. Marqués de Legarda. — Décima del mismo.

Hay otra edic. madrileña del mismo año, hecha en la imprenta de Melchor Alegre, variando las cuatro hojas preliminares, y firmando el prólogo al lector don Francisco de la Torre, el poeta tortosí amigo de Gracián.

5 Véase mi edición, con el título de *Cancionero de 1628,* Madrid, 1945.

6 Comp.:

Mares desprecia soberbios,
cielos desestima turbios

Lo mismo sucede con el otro romance, *A un río helado,* atribuído también a Calderón, pág. 21, y que en las *Poesías varias,* pág. 63, se publica como de García de Porras. Es de este autor, y también se encuentra en nuestro manuscrito zaragozano, antes citado, fol. 810, lo mismo que el otro, tan delicioso, *Saca el oriente a la Aurora,* que publicado en la primera antología, pág. 34, con el nombre de su verdadero autor, se reimprime en las *Delicias de Apolo,* pág. 111, como de don Juan de Zabaleta. Se encuentra en el mismo manuscrito que el anterior, fol. 821.

Lo que sucedió con García de Porras, vuelve a repetirse con un fino romance del joven gongorino aragonés Diego Morlanes, *La beldad más peregrina,* atribuído acertadamente en las *Poesías varias,* pág. 59, mientras que en las *Delicias de Apolo,* pág. 120, se encabeza del siguiente modo: *Euterpe canta a vn luto de vna dama. De don Román Montero.* Este nombre nada tiene que ver con el romance, que es de Morlanes, y junto con otros, también muy conseguidos, se encuentra en el manuscrito tantas veces citado, fol. 873.

Con la deliciosa *Fábula de Atalanta,* de Valentín de Céspedes, pasó lo mismo. Una vez publicada con su verdadero autor en las *Poesías varias,* pág. 46, se atribuye fantásticamente en la segunda nada menos que a Moreto: *Euterpe canta la fábula de Atalanta, De don Agustín Moreto,* pág. 114. Que pertenece a Céspedes y no a Moreto lo prueban una serie de atribuciones en distintos manuscritos de la época, anteriores a las dos antologías. Se encuentra en el *Cancionero de poetas antequeranos* cuya edición prepara Dámaso Alonso, y en el manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, fo-

---

No desmaies tus intentos,
no acobardes tus orgullos

Erige alabastro en aras,
aromas desata en humos

(*Cancionero de 1628,* pág. 504.)

lio 785. Sin la atribución a Céspedes se copia en los manuscritos 3920, fol. 105, y 17517, fol. 265, de nuestra Biblioteca Nacional, y también en un ms. de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, en Santander[7].

La *Fábula de Apolo y Dafne*, que es de Salas Barbadillo, y que bajo este nombre se había publicado en las *Poesías varias*, pág. 85, pasa a la otra antología prohijada por don Jerónimo Cáncer. Se encuentra también como de Salas Barbadillo en el ms. de Zaragoza, folio 393, con la particularidad de que aquí se adjudicó primeramente a don Luis de Góngora y después se sustituyó por el nombre de su verdadero autor.

En cambio de todo esto, y váyase lo uno por lo otro, es de Lope el delicioso romance que empieza *Famoso Guadalquiví*, alusivo a sus amores con la *celestial serrana* Camila Lucinda. Del mismo modo, como ya se señalará en las notas, no son de Góngora algunos de los que Alfay le atribuye.

JOSÉ MANUEL BLECUA

7 Vid. AGUILERA, *Unas poesías inéditas en un códice gongorino*, «Bol. de la E. M. y P.», X, 1928, pág. 132.

POESIAS VARIAS

DE GRANDES INGENIOS ESPAÑOLES

Recogidas por Josef

ALFAY

I DEDICADAS

a Don Francisco de la Torre, cavallero del

Abito de Calatrava

CON LICENCIA

En Zaragoza: Por Iuan de Ibar, año 1654
A costa de Josef Alfay, mercader de libros

APROBACIÓN DEL DOCTOR JUAN FRANCISCO GINOBES, CURA DE SAN PABLO.

Por comisión del señor Doctor D. Diego Jerónimo Sala, Canónigo de la Santa Iglesia de Zaragoza y Vicario General de su Arzobispado, he visto este libro, intitulado POESÍAS VARIAS DE LOS MEJORES POETAS DE ESPAÑA, y no contradiciendo a la Fe ni a las buenas costumbres cuanto en ello va escrito, juzgo que se podrá dar a la estampa. Así lo siento, en Zaragoza a 6 de Junio de 1654.

El Doctor Juan Francisco Ginobés

Damos licencia para que se impriman:

D. Sala, V. G. y Of. *V. Canales*, Asesor

A DON FRANCISCO DE LA TORRE

CABALLERO DEL HABITO DE CALATRAVA

No sé si de agradecido o interesado, ofrezco a v. m. estas poesías, porque deseando sacarlas a la común luz para ingenioso entretenimiento de entendidos, siendo mi fin el que se reciban gustosamente, su protección de v. m. me las acredita, pues no rozarán ellas (por ser de los mejores ingenios de España, y algunas del de v. m., que es lo mismo) el aplauso que su crecido talento y bien logrados estudios tienen merecido, como en el teatro de la Fama en el de esta ciudad, ya ocupando en lo cómico de víctores de admiración, ya en mayores obras de esperanza a los deseos que con ansias de buen gusto aguardan que v. m. las dé a la inmortalidad, como único Fénix Catalán, hijo de la fidelísima y ejemplar ciudad de Tortosa, siendo el que solo en aquella nación se ha apropiado las voces castellanas con tanta gala y acierto; y así haré yo con esta diligencia, conseguido el fin de mi agradecimiento a las muchas honras que le debo. Róbole a esta dedicatoria lo que a todas hace grandes, que es delinear la ilustre ascendencia del Mecenas, pero porque ésta no pase a grandísima, callo la de v. m., pues por muy conocida, fuera osadía de mi poquedad atreverme a su narración, y v. m., por enemigo de tales aplausos, se me desabriera, deseándolo por amparo de esta obrecilla gustoso. Dígnese v. m. de esta ofrenda, para que ella quede con el lustre que necesita contra la mordacidad del vulgo y yo saque el coste siquiera de haberla impreso, pues espero que me ha de hacer la costa no más que el verse acreditada del patrocinio de v. m., cuya vida dilate el cielo muchos siglos.

Servidor de v. m.

Q. S. M. B.

JOSÉ ALFAY

PROLOGO AL LECTOR

Varias son las poesías que te ofrezco, lector amigo, pero el deseo de entretenerte con ellas es único. De los mejores poetas de España si te contentan, y si no, de los más malos; pero los nombres de sus eminentes autores en los asuntos las califican, cuando mi ceguedad en la elección haya errado; algunas van sin nombre, porque si son buenas, no quieren otro que el serlo, y si son malas, no le han menester; si culpas algunas por muy vulgares, confiésote que las escogí de ese modo para la expedición del libro, que los doctos son los menos, y el pueblo de Israel gemía por las cebollas y dejaba el maná. Ya te digo con esto que no son todas iguales, porque no son iguales todos los lectores; no son unos los alimentos, porque son varios los estómagos; lo que es asco del delicado, es regalo del robusto, y la rosa que grosera desprecia la planta del labrador, estima primorosa la mano de la dama. De todo te ofrezco, con que no puedo dejar de acertar en algo, y si fuere a tu gusto, habré acertado en todo, prometiéndote sacar a luz más numeroso volumen mi agradecimiento. En fin, yo no quiero más ganancia en mi trabajo que servirte, ni más lauro en mi fama que no cansarte; nada se me debe, sino confesar que no se me debe nada; los deseos son míos, las obras ajenas; si te contentan, será debido aplauso de los que las escribieron, y si te enfadan, miserable fortuna del que las recoge.—VALE.

I

ROMANCE

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

A una dama, disúadele no se case

Desdicha, hermosura y novia,
niña del mirar más bel,
si el alma tiene enemigos,
¿quién te negará estos tres?

5 El dulce nombre que engaña
la no advertida niñez
a breves pasos descubre
sus emboscadas de hiel.

La voz süave de esposo
10 sonora armonía es,
mas las falsas que hay en ella
salen mal, y suenan bien.

No ventaja tan costosa
en conocerte le des,
15 que todos te admiran ángel,
y no te llamen mujer.

Deidad te creemos todos,
pero tú quieres por él
que su grosera noticia
20 desengañe nuestra fe.

Cuando ya no te escarmienten
ejemplos tantos, con quien
enriquece el desengaño
su más humana pared,

25 tu imaginación te asombre,
y ella te socorra, pues
no sé qué he de hacer sin ti
ser desdichada con él.

Que sin recelar tormentas
30 fácil te dejas correr
por las ondas de marido,
temprano, airoso bajel.

Así burla incauto leño
del mar la serena tez,
35 que arroja en azules montes
verdes gigantes sobre él.

En la plaza de marido
es blando el mar, y es cruel
en la altura, que su golfo
40 cualquier ola es descortés.

Menos niebla turba un cielo,
menos pesar un placer,
menos tierra eclipsa un sol,
menos mal deshace un bien.

45 Sujeta verás la altiva,
o la templada esquivez,
a un gusto sin resistencias,
a un apetito sin ley.

La costumbre de una dicha
50 en la beldad más fiel
ya misterios no los hace,
ya milagros no los ve.

Fíemos en tu hermosura,
busquemos qué apetecer:
55 si belleza, ya la ignoro,
si novedad, ya se fué.

Lo que en senos de respeto
la pureza escondió ayer,
hoy de un antojo profundo
60 ni aun sabor será cortés.

El que fué jazmín sagrado
en su hermosa candidez,
en flor verá deshojada
los destrozos de un clavel.

65 En siendo mujer, la dama
depondrás luego, y tal vez
tú al galán pagarás miedos,
a la ofensa, y al desdén.

En vez de finezas suyas,
70 y aun de caricias en vez,
tomarás adulaciones
y aun cortesías también.

Tú, que de las almas solas
satisfacción puedes ser,
75 aun no bastarás de un cuerpo
a las villanías de él.

Solicitará inconstante
cuantos pudiere beber
falsos venenos, que fían
80 a incendios nuevos de sed.

La fe partida en ninguna
viste con manchada piel
variedades, que los suyos
son artículos de fe.

85 ¡Oh cuántas veces, oh cuántas,
en lo que no ha de querer,
adulador el aplauso
te mentirá cada vez!

Hasta en injurias de gusto
90 el dolor te será fiel,
cobarde en sufrir primero,
traidor en llorar después.

Acecharás los enojos,
que aun no cansarte al temer
95 en los enfados que miras
las razones que no ves.

A tu hermosura atendida
del mundo verás pender
de un semblante, que culpado
100 ceños tenga de mal juez.

Que él viva en sí agradecido,
el amor lo puede hacer,
mas ¿quién podrá disculpar
morir tú quejosa en él?

105 Si le amares será ingrato,
y para que siempre esté
mal regida una ventura,
aun necios no ha menester.

No podrás, si le aborreces,
110 lograrlo, que si él no cree
que lo aborreces, no logras
el sabor de aborrecer.

Antes, lisonjera en todo,
las que habías de ofrecer
115 iras, a tu hermosa mano
halagos verán sus pies.

Si te mereció por fuerte,
no te querrá merecer;
por gala y flores de novio
120 el abril los guarda un mes.

¿En qué templo de ventura
lámparas se ven arder
que de belleza dichosa
obligadas señas dé?

125 Largo es el día, Leónida;
para penar, guárdate,
que en tu edad cualquier desdicha
te empieza al amanecer.

Mas sola en la compañía
130 te hallarás, pues luego que
se casa una libertad
entra a contar su viudez.

Ni serás niña, ni aun moza
serás, que en fácil tropel,
135 con libertad prisión buscas,
sin años tomas vejez.

Del pajarillo, que el viento
peina ufano y pisa rey,
y dulce y festivo asalta
140 las almenas de un laurel,

en el lazo es ya gemido
la que fué voz, y el que fué
descollado vuelo al aire
ya es torpe nudo en la red.

145 Así tus libres y airosas
plumas verás encoger
en obediencias de plomo,
en preceptos de cordel.

Rompe, ¡oh galante avecilla!,
150 los que te quieren poner
lazos, si grillos no son
de hierro, que tanto se es.

Mi daño, aunque más terrible,
antes le perdonaré
155 que el tuyo, para quien guardo
todo el sentir y el temer.

No mi envidia, no mis celos
te dan voces, que a atender
a mi mal es precio indigno
160 de un bien, que no le hay sin él.

Con quererte a toda el alma,
satisfacción te daré;
él te goce por ventura,
yo te adore por merced.

165 Entre brazos enemigos
también te he de amar, por ver
que en tu desdicha mayor
más perfección amaré.

Tus pesares sólo gimen
170 en mi pecho, que yo sé
que no le debo el sentir
por pagar tu padecer.

Ni aun las venturas ajenas
el dolor me han de deber,
175 que o me matan esperarlas,
o con ellas moriré.

¡Qué importa que no te pierda,
si amarte no he de poder!
Que no quiero para dicha
180 mi amor, sino para fe.

II

Al túmulo del rey, que se hizo en Sevilla

SONETO

Voto a Dios que me espanta esta grandeza,
y que diera un doblón por describilla,
porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta braveza?

5 Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más que un millón; y que es mancilla,
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y riqueza.

Apostaré que la ánima del muerto,
10 por gozar este sitio, hoy ha dejado
el Cielo de que goza eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo «Es cierto
lo que dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario, miente.»
15 Y luego, encontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

III

DECIMA

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Al mosquito de trompetilla

Saturno alado, ruïdo
con alas, átomo armado,
bruja ave, aguijón alado,
cruel sangrador, zumbido
5 menestril, pulga, cupido,
clarín, chinche, trompetero,
que, mosquito postillón,
le vienes a dar rejón,
10 sin ser marido, a mi cuero.

IV

ROMANCE

DE LOS TOROS DE MADRID

Oye, Marica, que vengo
de los toros de Madrid,
que aunque te parezca cuento,
ten cuenta con lo que vi.
5 La plaza estaba tan limpia...
Vive Dios que me corrí
viendo en señora tan grande
un despejo tan civil.
De mil colores le adornan
10 gran número lacail,
todo viñas por de dentro,
y por de fuera un jardín.

Salió el almirante Uceda,
y luego empecé a sentir
15 gran calor, porque llevaba
todo el aire para sí.

Barrabás, Lasso y Padilla
y Caravajal allí,
a unos dieron que admirar,
20 pero a muchos que decir.

Diego Gómez mil prodigios
sacó, pues que supo unir
negros, blancos y cristianos,
turcos, y él sólo gentil.

25 Sacaron el primer toro,
cuente otro desde aquí;
pues hallándome en la plaza,
no hice poco en huir.

Y viéndome en tal peligro,
30 temeroso me escondí,
viendo que eran más los toros
de los que hay en el toril.

Ya se acabaron los toros,
y yo estoy, pobre de mí,
35 no teniendo en qué soñar
emperezando el dormir.

V

A uno que por asentarse en el servicio, se asentó en el brasero

ROMANCE

En Fuenmayor, esa villa,
grandes alaridos dan,
a fuego tocan apriesa,
que se quema el arrabal.

5 Quémase un postigo viejo,
adonde está el albañar
que purga las inmundicias
del desdichado lugar.

Imagínase por cierto
10 que fué fuego de alquitrán,

pues pudo emprender tan presto
habiendo tanta humedad.

Quémanse unos entresuelos
y abrásase un palomar
15 que provee de palominos
a toda la vecindad.

Crece el viento, y el ruïdo
de los tronidos es tal,
que parece cuando el Draque
20 fué a batir a Portugal.

A este tiempo en muchas partes
hubo incendio general,
abrasóse en Salamanca
la calle del Rabanal.

25 Un pasajero a Ravena
puso fuego artificial,
y quemó a Fuenterrabía
por la parte de la mar.

Y vos, Nero de Tarpeya,
30 que tal estrago miráis,
veis arder el Coliseo,
y no os movéis a piedad.

Este epitafio que he dicho,
diz que topó un sacristán
35 sobre un sepulcro de bronce
en figura circular.

Aunque muchos le interpretan
a la letra como está,
yo sospecho que esta villa
40 es cierta paternidad.

Que a ser por el Rey del cielo
lo que fué por el de acá,
pudiera ser aprendiz
del mártir del Escorial.

45 Si a Mucio Escévola en Roma,
que puso el brazo a quemar,
tanto la fama celebra,
aunque libró su ciudad,

¡cuánta más gloria merece
50 aqueste gran rabadán,
yendo en busca del servicio
de la sacra Majestad!

De esta manera de fuego
otros mil ejemplos hay,

55 mas ninguno tan solemne,
ni tan en particular.

Entró en consejo y sentóse,
pero no se alabará,
que le salió muy barato
60 el modo del asentar.

Que según dijo el alcalde
gastaron gran cantidad,
sobre el negro del asiento
del comisario real.

65 Pero al fin fin descubrieron
ser persona principal,
hombre de sangre en el ojo,
que le viene muy de atrás.

Concertóse un alboroque,
70 y el padre, por bien de paz,
para darles culación,
puso el culantro a tostar.

Dióles olla encarbonada,
mas Judas le echará sal,
75 trincharála Bercebú,
comerála Satanás.

Trazaron entre otros juegos
un baile de gran solaz
al son del rabel del padre,
80 que hubo en él bien que mirar.

Sintióse indispuesto y nadie
le entiende la enfermedad,
sospechan que es mal de ojo,
por ser hermoso de faz.

85 Y en tanto que le zahuman,
trataron de especular
éste del ojo perverso
en el pueblo quién será.

Y calculándolos todos,
90 ninguno pueden hallar,
si no es el ojo del cura,
en quien quepa tanto mal.

Mil maldiciones le arrojan,
y en manos de la hermandad
95 quisieran en Peralbillo
verle amarrado a un pilar.

Dan posada al reverendo
en casa de un secular,

buen aposento abrigado,
100 buena cama otro que tal.

También le dejaron lumbre,
sin tener necesidad,
mas después fué necesaria,
según escriben de allá.

105 Fué la lumbre de sus ojos,
del uno digo no más,
aunque la culpa del uno
con dos se puede llorar.

Si el quemarse las pestañas
110 arguye dificultad,
quien se quema el ojo entero,
¿qué empresa no acabará?

¡Oh lumbre!, tú que tocaste
la parte septentrional,
115 aunque estés mil veces muerta
en la fama vivirás.

Con mis versos te vinculo,
si te puedo vincular,
in secula seculorum,
120 que es para siempre jamás.

VI

SONETO

DE DON LUIS DE GONGORA

Al Padre Pineda, porque no le dió premio en un certamen

¿En justa injusta expuesto a la sentencia
de un padre positivo azafranado?
Paciencia, Job, si alguna os han dejado
los prolijos escritos de su Encia.

5 Consuelo me dará, si no paciencia,
ver que en justas entré, y fuí desgraciado
en el mes que perdió el apostolado
un justo por divina Providencia.

¿Quién justó do la tela es pinavete,
10 y no muy de Segura, aunque sea pino,
que hoy es pino, y mañana será vete?

No más judicatura de teatino,
cofre te digo, overo con bonete,
que más tiene de tea que de tino.

VII

Respuesta del Padre Pineda

En la justa muy justa la sentencia
dió el Padre racionero almidonado:
si no os contenta un jo, no os dé cuidado,
que un arre os vendrá bien, tened paciencia.

5 Al fin os consoláis; que esa dolencia
es muy antigua en vos, y ese pecado;
y así lo confesáis, que habéis quedado
sin premio por divina Providencia.

En justa de una rosa, espina, vete;
10 que aquí querer picar es desatino,
porque en cosas del cielo, nos promete

decir tu ingenio siempre no *te atino*,
que como está en tal casco tu bonete,
picos le sobran, y le falta tino.

VIII

DECIMA

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE

Refieren muy resolutos
de Orfeo los que le alaban,
que a oír su voz se juntaban
los más encontrados brutos.
5 Poderes tan absolutos
logra Gil, músico ingrato,
que entreteniéndole un rato
cierta arpía interesada,
y él después, dándola nada,
10 juntó un perro con un gato.

IX

ROMANCE GUSTOSO

Consejos que da una vieja a una niña

Una cortesana vieja
a una muchacha de Burgos,
mal industriada en el arte,
la riñe ciertos descuidos.

5 «Paréceme, Aldonza mía,
que es el blanco de tus gustos,
y do tiran tus deseos,
comer y vestir al uso.

El censo, que está fundado
10 en la gloria de este mundo
sobre la edad y hermosura,
bien sabes que no es seguro.

Redimirlo el tiempo puede;
y así que se pase es justo,
15 que tras las Carnestolendas
se siguen los dias de ayuno.

A soldados y a estudiantes,
con sus ventajas y cursos
por Flandes y Salamanca,
20 nunca admitas en tu estudio.

Que si quieres letras y armas,
hallaráslo todo junto
todas las veces que vieres
en tus manos un escudo.

25 A músicos y poetas
que los admitas es justo,
que como no son ganancias
al descarte los tripulo.

Buen metal de voz y vena
30 en un hombre valen mucho,
si el metal es del Perú
y la vena de oro puro.

Aunque el dar es prohibido
a mujeres de tu punto,
35 por las leyes que establece
de interés nuevo Licurgo,

da si fuere menester,
donde entiendas sacar mucho,

que el labrador nunca siembra
40 en tierra que no da fruto.

Al que se muere por dar,
déjalo en tiempo oportuno,
que el médico nunca aguarda
ver al enfermo difunto.

45 Es la bolsa en el amante
como en el enfermo el pulso,
que en haciendo intercadencia
le pueden cortar los lutos.

Al que vieres que se va,
50 aunque de ello guste mucho,
la risa del corazón
da lágrimas por tributo.

Que también el cielo a veces
hace dos efectos juntos;
55 porque llover y hacer sol
es propio del cielo tuyo.

Sabe bien pedir a todos
en su lengua a cada uno,
que son los celos, amiga,
60 pimienta de estos besugos.

Bien sé que pican y abrasan,
mayormente si son muchos;
pero poco, y sobre fresco,
también acrecenta el gusto.»

65 En esto llegó a la puerta
Don Gonzalo y Don Bermudo;
Aldonza se fué al estrado,
la vieja a rezar se puso.

X

SONETO

DE DON LUIS DE GONGORA

A don Francisco de Quevedo

Anacreonte español, no hay quien os tope,
que no diga con mucha cortesía,
que aunque son vuestros versos de elegía,
que vuestras suavidades son de arrope.

5 ¿No imitaréis al terenciano Lope,
que al de Belorofonte cada día
sobre zuecos de cómica poesía,
se calza espuelas y le da un galope?

Por oculta virtud vuestros antojos
10 dicen que os hacen traducir a un griego,
sin haberle leído vuestros ojos.

Prestádselos un rato a mi ojo ciego,
porque a luz saque ciertos versos flojos,
y entenderéis cualquier gregüesco luego.

XI

A una mujer que siendo muy puerca, presumía que la querían por hermosa

Sin esperar la lucha picaril,
el cerome previenes infernal,
cuando tienes un asco al carnaval,
anegado en tu sucio perejil.

5 Si eres torcida en morro de candil,
y tu tálamo huele al hospital,
¿cómo quieres matarle lo carnal
al que llegue a probar de tu pernil?

Púsose a resistencia tu desdén
10 a las pruebas que hacía el más galán,
por parecer jinete muy de bien.

No presumas, que más te forzarán,
porque te vende bruja almagacén,
y volar por los aires te verán.

XII

DECIMA

Al ruiseñor

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Flor con voz, volante flor,
silvo alado, voz pintada,
lira de pluma animada,
y ramillete cantor.

5 Dí, atomo volador,
florido acento de pluma,
bella organizada suma
de lo hermoso y lo süave,
¿cómo cabe en sola un ave
10 cuanto el contrapunto suma?

XIII

ROMANCE

A LA FIESTA DE TOROS REAL QUE A LOS FELICISIMOS AÑOS DE LA REINA NUESTRA SEÑORA CELEBRO MADRID

DE DON GABRIEL DE BOCANGEL

Gran héroe, duque de Sesa,
de cuya grandeza antigua
la personal es aumento,
que casi parece envidia;
5 pues vuestro heroico sujeto
acuerda las altas líneas
de su estirpe, pero vence
a experiencias sus noticias;
árbol de Córdoba excelso,
10 de cuyas ramas invictas,
la menor fué ya corona
y cetro cualquier astilla;
a vuestra obediencia pronta,
será mi inspirada lira
15 población del aire en toda
su volante monarquía.
Era el día de los años
de aquella águila divina
que al sol apaga los rayos
20 con que él la enciende los días.
De gentes y de beldades
reina a dos luces tan digna,
que iguales rinde vasallos,
siendo Reina y siendo linda.
25 En cuyo augusto semblante
tanta majestad respira,

que aun la adoración recela
que la empaña con la vista.

A su feliz, pues, entrada,
30 que Madrid hoy solemniza
en las almas, porque son
caduco fausto las vidas,

se previno aquella fiesta
adonde el valor peligra,
35 en no peligrar, y adonde
el valor ha de ser dicha.

Aquel examen de afectos,
adonde estrena el que lidia
un rencor, que no es enojo,
40 y un coraje que no es ira.

Mas ya en la mitad del cielo,
entre pardas celosías,
el sol con envidia de otro
salió (pero no salía).

45 Que admirando el de Mariana,
recela que se duplica
su luz, no tan semejante
en sus ojos como misma,

cuando balcón ocuparon
50 los planetas de Castilla,
o una alma donde dos cuerpos
son numerosa mentira.

La aurora Infante, su lado
ocupó brillante, y fija
55 beldad, que llamarla humana,
es verdad y es osadía.

Como en su niñez tan alta,
por sus prendas peregrinas,
sólo en los ojos de todos
60 la han averiguado niña.

Disparó el tren de su esfera
la celeste artillería
de las damas bellos astros,
que su resplandor salpica.

65 A porfía las ventanas,
entre oro y púrpura ricas,
con novedad el acierto
sacaron de la porfía.

Entró a despejar la guarda,
70 saliendo a sendas distintas

el pueblo de respetuoso,
y la plebe de impelida.

Galán y fuerte el gran Ponce,
con airosa gallardía,
75 se paraba entre los suyos,
lucimientos de Gaviria.

Esta la plaza era entonces,
cuando una escuadra improvisa
de cien indios flechadores
80 galán Uceda acaudilla.

De azul y plata ondeaban
borrascas de argentería,
que si denuedos la mueven,
arcos de paz la atranquilan.

85 Oprime el Girón un bayo,
o una enfrenada ruïna,
despeño con obediencia
y torbellino con silla.

La plaza poblada apenas,
90 cuando a derramar dos Indias
entró con cien orbes de oro
el Febo de Andalucía.

El conde Cabra, en quien
viven hoy, bien que no vivan,
95 patentes sus no pasados,
siglo exento de cenizas.

Pues su espada y su consejo
vida mayor les dedica,
que en aquella edad murieron,
100 y en la suya se eternizan.

Entró agradeciendo a todos,
con diestras cortesanías,
aplausos que se callaban
en víctores que se oían.

105 Una mies de oro viviente
fué su flamante familia,
de cuyo metal sacó
por lacayos cien espigas.

Cien veces, con rara aguja,
110 el bordado afán replica
mano italiana, que pudo
dejar la flema bien quista.

La espalda de un rucio honora,
que a oposiciones publica

115 su obediencia; porque ¿cuándo
se vió la obediencia altiva?

Mina de fuego animado
es, y la espuela una chispa;
pues cuando parte y concluye
120 parece volada mina.

Entró acompañado, y sólo,
que fuera acción enemiga,
del que es su sangre, quitarle
lo raro en la compañía.

125 De aquel Don Diego, a quien todos
dan tan alta primacía,
que aun la lisonja no trepa
donde el mérito le empina.

Fué su azar el no tenerle
130 de parte de quien le envidia,
que tantas partes parecen
mal sin alguna desdicha.

Que el pueblo, cuando laurea,
si algo en el voto no arbitra,
135 no siente el dar, pero siente
darlo todo de justicia.

Abriga un rucio brioso,
que del Betis en la orilla
tuvo al aquilón por padre
140 y por madre su ojeriza.

De Aragón el Almirante
imprimió en la arena limpia
cien cuerpos de primavera,
con letras de plata escritas.

145 A lo de Aragón parece
fuero de su bizarría,
que no haya sin él gran fiesta
en la Corte ni en la villa.

Sujeta un castaño bello,
150 corto cuello, testa erguida,
clin poblada, espalda fuerte,
mano inquieta, planta fija.

De paz hasta aquí fué todo,
cuando dados sin mohina
155 a Barrabás, dió a la plaza
cincuenta infantes Galicia.

Meneses Marte los lleva,
que de la patria que olvida

trujo más fidelidades
160 que allá quedan rebeldías.

Entra en un bayo, que al bronce
en color y efecto imita,
siendo bombarda con freno,
a la jineta y la brida.

165 Melgarejo, como Orfeo,
un parque móvil traía,
que al sol de sus lucimientos
tempestades de oro brillan.

Lleva un castaño tan pronto,
170 que le ofende si le avisa
la rienda, como que el dueño
le ocupa y no le domina.

¡Oh, en los hombres disculpada
ambición, la que os estima!,
175 ¿qué importa nacer caballos
los que saben ser delicias?

No habrá para Montes de Oca
cumbre en sus montes tan digna
que brote tantos laureles,
180 cuantos sus hazañas ciñan.

Entró en un ampo con miembros,
con quien la nieve era tinta,
que de los jazmines huye,
porque teme que le tiznan.

185 De los nueve de la fama,
si hay fama que los describa,
Caravajal y Miranda
el número conducían

en dos rucios, que del aire
190 son veloz genealogía
cuando pisan degeneran,
porque otro elemento pisan.

No vieron igual teatro
Roma ni Grecia festivas,
195 cuando fué trágico el gozo,
y fué mortal la alegría.

Ya suena el cavado bronce,
ya la batalla se intima,
ya nuevo parche en los pechos,
200 como que suena, palpita.

Ya el Júpiter de Jarama
del brete se precipita,

y con dos torcidos rayos
las luces de Europa eclipsa.

205 Cercan los héroes el toro,
como al león en la Libia
moro escuadrón, sin labrarle
una muerte con cien picas.

Guarneciéndose de tantas,
210 aquesta y la sucesiva,
que ambas fieras hospedaban
una selva arrojadiza,

llegaron hasta la octava
estas fieras maravillas,
215 que son al mundo batallas,
y sólo en España esgrimas.

El vulgo se ahuyenta y choca,
como cuando el Euro silba
en Olimpo, que en los aires
220 son pájaros las encinas.

Tercer escándalo sale,
el odio, el horror, la grima,
monstruo con quien regulada
es la muerte una caricia.

225 Así el Etna, mar de llamas,
en los campos de Sicilia
concibe infiernos y al punto
Nilos de fuego vomita.

Trepa el pastor, y del olmo
230 enseña a temblar las cimas,
helado hacia donde siente,
se abrasa hacia donde mira.

De martinetes de fresno
la nuca le adorna y riza
235 Córdoba, que dos rejones
despedaza, si no vibra.

Pues va tan cierto el segundo,
donde el primero anticipa,
que en la herida se encontraban
240 el que llega y el que había.

Del Sagitario celeste
el Conde fué bizarría,
pues cualquier rejón le graba,
clavado efecto de vira.

245 Donde la fiera sañuda,
corre, para, tuerce y gira,

halla al joven, y ella se halla
coronada de vencida.

Al empeño de un acaso,
250 que a empeñar benigno obliga,
porque el duelo del buen aire
es alma, y no es disciplina,

sacó la espada, y tres tajos
tan mortales todos libra
255 en la fiera, que a tres muertes
le hicieron falta dos vidas.

Soborna el Duque los riesgos
mayores, y otros olvida,
que nunca posible empresa
260 fué en su sangre de codicia.

Tan horrendas cuchilladas
sobre la fiera graniza,
que ignora hacia dónde el alma
se hospeda de dividida.

265 Y porque el golpe y el dueño
se oponen en lo que aspiran,
las cuchilladas le matan
y el brazo le inmortaliza.

Con dos rejones Meneses
270 su valor sujeto indica,
usa el robusto a las veras,
y el frágil juega a su risa.

Don Tomás de Melgarejo
hirió tan a recta línea,
275 que cuando acredita el pulso,
la fiesta desacredita.

Si en acto, que todo es fuerte,
seguridades afirma,
porque deja ya de serlo
280 la suerte cuando es precisa.

El Almirante a su acierto
tantas veces sacrifica
el bruto cuantas el aire
voces del freno lo explican.

285 Las astas rotas pronuncian
su aplauso con armonía,
porque solas sus acciones
son las trompas de ellas mismas.

En Montes de Oca es costumbre
290 lo que en otros valentía,

siendo su sosiego piedra,
en que los aires se afilan.

Sorteó tan reportado,
que aun a voto de la envidia,
295 con el brazo descansaba
y con el intento hería.

Caravajal en los riesgos
no cedió, cedió en las iras:
donde hay esfuerzos varones,
300 ¿qué importan venturas hijas?

Miranda el rejón traduce
en pluma, que el tiempo escriba
sus impulsos, que con sangre
del toro esmalta y rubrica.

305 Desde aquí, sagradas Musas,
proseguid las voces mías,
porque quien lo vivo copia,
cuando puede, más lo pinta.

Ya los que me culpen largo
310 haced que Séneca diga
que de esta cuenta no es largo
el quinto, sino la quinta.

Aquí todos los objetos
la sombra de uno envolvía,
315 porque el sol de Marïana
sin ocaso se retira.

XIV

SONETO

DE DON LUIS DE GONGORA

A Lope de Vega

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres del escudo,
porque aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

5 ¡Válgante los de Arcadia! ¿No te corres
armar de un pavés noble un pastor rudo?
¡Oh tronco de Micol, Nabal barbudo!
¡Oh brazos Leganeses, y Vinorres!

No me dejéis en el castillo almena.
10 Vuelva a su oficio, y al rocín alado
en el teatro sáquele los reznos.

No fabrique más torres en arena,
si no es que ya segunda vez casado,
nos quisiere hacer torres los torreznos.

XV

ROMANCE LIRICO

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

A unos ojos

Los más bellos ojos negros
desafiaron al sol,
a rayos de mil a mil,
a soles de dos a dos.

5 El sol mil veces rendido,
antes que competidor,
la victoria les presenta,
pero la batalla no.

Hermosa deidad morena,
10 cuya bella perfección
sólo pueden competirla
mi desdicha y tu rigor,

en tan alta parte adora,
que imposible es mi valor.
15 Quiero bien tan cuerdamente,
que loco de amor estoy.

Dos milagros tiene el mundo
de una rara perfección:
el mayor es tu hermosura,
20 el más seguro es mi amor.

De que estén mis pensamientos
en tan divina prisión,
tus glorias me deban ellos,
mis penas les deba yo.

25 Después que adorarte saben
amantes de corazón
a puro llanto mis ojos,
ya es sólo quejas su voz.

Piedad, que se abrasa el alma,
30 cese en gloria el disfavor;
piedad, quien ama tan cuerdo
pide, pero no perdón.

XVI

QUINTILLA

Al regüeldo

El regüeldo, bien mirado,
según lo define Angulo,
es un pedo desgraciado,
que de puro desdichado,
5 no pudo llegar al cu.

XVII

ROMANCE LIRICO

La preñadilla de Antón
compuesta salió un disanto
a la igreja de su aldea
con su prima de la mano.

5 Hizo sarta para el cuello
Marica de su trenzado,
de sus ojuelos patenas,
que son del cielo retrato.

Las ricas joyas que lleva
10 no se las dió su velado,
que quiso hacer en Marica
la naturaleza el gasto.

Sacó sartas para el cuello,
que el Sol y el Alba envidiaron,
15 de las perlas de sus dientes
y corales de sus labios.

Desde su casa a la iglesia
mil cosas se le antojaron,
aunque el ser antojadiza
20 no es achaque del preñado.

Antojósele dar nieve
a la esmeralda de mayo,
pintar de flores el cielo,
sembrar de estrellas el campo.

25 Antojósele dar celos,
y mudarse a cada paso,
pagar verdades con burlas,
finezas con desengaños.

Antojósele dar muertes
30 a cuantos iba encontrando.
No malparirá Marica,
aunque mueran otros tantos.

XVIII

SONETO

¿Para qué, dime, Marcia, te perfumas,
y en tantos alambiques y redomas
de Pancaya destilas los aromas,
y al pájaro del sol cuentas las plumas?

5 Si eres mujer común, no te presumas
empresas de Cartagos y de Romas;
si tales son las que a tu cargo tomas,
para charco te bastan las espumas.

Que mal podrás del bálsamo guineo
10 desmentir las ofensas al olfato
con todo lo fenicio y lo sabeo,

mientras te taraceas cada rato;
que juntas en adúltero himeneo
al marfil terso, el ébano mulato.

XIX

ROMANCE

DE DON LUIS DE GONGORA

A unos celos

En las orillas del Tajo,
cuyas márgenes coronan
piélagos de oro en arenas,
que ciñen su frente undosa,

5 crepúsculos matutinos
desmiente ya virgen rosa,
deidad de los montes bella,
que el cielo adoró pastora.

Seguida en vano de Delio,
10 salió compitiendo a Flora
la juventud más lucida
de un sexo y otro la pompa.

Ella del coro de Venus
admiración gloriosa;
15 él trasunto, propio sí
del que es nieto de las ondas.

Tanta beldad a los campos
segunda parece Aurora,
si a un mar de rayos apela
20 de los ojos a las hojas.

El lustro apenas primero
remitió amor, que en su concha
nunca lo pueril preserva,
nunca lo inmortal perdona.

25 Süaves mil lazos dió
a las dos almas que gozan,
si mucho de lo divino,
humanidades graciosas.

Afectó Marfisa bella
30 aclamaciones no impropias,
llevándose los aplausos
de cuantas bellezas borra.

Delicioso, ya sujeto,
fué a Delio, cuyas memorias,
35 hurtándose a obligaciones,
sucedieron al aljófar.

Reciprocóse lo tierno,
inútil fué su lisonja,
creciendo violado el ocio
40 las que duplicaron glorias.

Mil veces de los rubíes
solicitó las dos rosas,
puertas, que a menudas perlas,
muros de púrpura forman.

45 Otras, librándose al tacto,
fiando en audacias sordas,
divinidades intenta,
que frustra cristal, ya roca.

Adelantado el deseo
50 atrevimientos aborta
del ídolo de hermosura,
que idolatró a todas horas.

Arbitrios intenta vanos,
pero ser audaz, ¿qué importa,
55 cuando la ocasión se niega,
y amor sus gustos revoca?

O fué olvido o fueron celos,
pasión sacrílega y loca,
tiranos, si de sus logros,
60 eclipse de sus victorias.

De una zagala, que el cielo
crió libertada, hermosa
del garzón no venerada,
quien sólo a Marfisa adora,

65 celosa la mayor luz,
que aquellas montañas honra,
lícito favor le implica,
si de desprecios le informa.

Frustrando correspondencias
70 del que su desdicha llora,
por no admitir desengaños,
a desdenes se convoca.

Delio, que ve reducidos
a ruïna lastimosa
75 actos de firmeza heroicos,
fe profanada por sola

de cuantas deidades lava
la corriente caudalosa,
nuevo músico de Tracia,
80 sonoro concento invoca.

Y por extinguir süave
afectos de sus congojas,
a destinos de la ausencia,
hoy condena su persona.

85 Cuyo amor, cuyas firmezas
con elección generosa,
fiado a pincel valiente,
inmortal aclama trompa.

XX

DECIMA

A un presente de aceitunas

Para hacerles el proceso,
probé vuestras aceitunas,
y os prometo que de algunas
lo más tratable era el hueso.
5 Aunque también os confieso
que mi tío el agustino,
y yo su menor sobrino,
tan blandas bocas tenemos,
que aun para beber hacemos
10 que nos machaquen el vino.

XXI

ROMANCE

DE DON GARCIA DE PORRAS

A una caza

Saca el oriente a la Aurora
púrpureas ostentaciones,
y en halagos templa el día
los desdenes de la noche,
5 cuando una orgullosa turba,
en seguimiento de un joven,
con aves acosa el viento,
con yeguas fatiga el monte.
Fijos una garza miran,
10 donde sombra reconocen,
con atenciones venciendo
las distancias, que la esconden.
¡Ay!, dijo una voz, y ¡ay!
respondieron muchas voces,
15 que es poco a terneza tanta,
vuelto en ecos todo el bosque.
El garzón el fuste deja
y la hierba pisa, adonde

airosamente miraras
20 bello a Marte, fuerte Adonis.

Tierno, en el bosque, engolfado,
ondas de carrasca rompe,
conduciéndose el gemido,
que es de su derrota el norte.

25 Llega, y ve que un jabalí
vierte colérico y torpe
espuma, que el campo seque,
humo que el aire inficione.

Una ninfa a sus pies halla,
30 que sin valerle exenciones
de hermosura, paga al suelo
tributo, en coral que corre.

Desnuda el luciente acero,
asegurando en un golpe
35 muerte a la mayor fiereza,
vida a la deidad más noble.

Ella pues, que en el oriente
de su vida sintió entonces
desvanecerse las rosas,
40 caducar los arreboles,

viendo que un brazo dilata
(porque sus prendas se logren)
el ocaso de su día,
el agosto de sus flores,

45 agradecido el cabello,
que sobre el rostro sin orden
ondas de azabache mueve,
con manos de cristal coge.

Tanta beldad se descubre,
50 que el garzón la mira inmóvil,
bien como el que descuidado
pisó víbora entre flores.

Hielo admirado se viste,
y a las plantas que veloces
55 plumas la piedad les puso,
plomos el hielo les pone.

Mira unos soles que sólo
les faltan para ser soles
eminencias do campeen,
60 no luces para que doren.

Ya siente abrasarse el pecho,
porque tantos esplendores

ceniza hicieran un mármol,
polvos volvieran un bronce.

65 Amor le desata el hielo,
bien que la aljaba depone,
que do asisten tales rayos,
de sobra están sus arpones.

Llega a curar las heridas,
70 para que su mano toque
candor de nieve, que acuerda
las llamas de sus ardores.

¡Oh, cuánto cristal ostenta!,
y cristal que se antepone
75 a la más pompa del alba,
lo menos de sus albores.

Ya la zagala le mira
cuidadosa y con traiciones;
en él de agradecimiento
80 disimula Amor su nombre.

El garzón tierno la habla,
ella cortés le responde,
y esperanzas la afianza,
que el tiempo hará posesiones.

XXII

SONETO

A don Francisco de Quevedo

Si no sabéis, señora de Cetina,
quién es teñido el setentón Quevedo,
sabed que es un frisón, que huele a pedo,
y que de no comer caga canina.

5 De cuero le dió Góngora esclavina
con cara de ahorcado a medio credo,
que al mismo san Antón pusiera miedo
en la pandorga de don Juan de Espina.

Sayón de rúa en calvachín retablo,
10 mugre inmortal y semicapro eterno,
clérigo inglés, injerto en cachidiablo.

El cuerpo en vino, el alma en el infierno,
y, al fin, para figura de Juan Pablo,
un pie de calzador y otro de cuerno.

XXIII

ROMANCE

Al suceso de don Francisco de Quevedo con una fea

Empujar quiero mi voz,
contaros quiero donaires,
que aun los aires tienen don
en estas pobres edades.

5 Ya que al hospital de amor
me han traído disparates,
donde pasmada mi bolsa
con los incurables yace,

escuchadme los que un tiempo
10 del amor fuistéis cofrades,
y os contaré una aventura,
como caballero andante.

Saliéndome esta otra noche
(¡pluguiera a Dios y a su Madre
15 que el alma se me saliera
antes que viera la calle!)

con más hambre, que no amor,
pues iban de pura hambre
con telarañas las tripas,
20 y con polvos el gaznate;

la luna entre clara y yema
alumbraba a los mortales,
que mi gana de comer
buscó apodo semejante.

25 Ibame muy poco a poco,
porque con los fríos grandes,
dos golosos sabañones
roían mis calcañares.

Viendo estrellada la noche,
30 la noche quise cenarme;
tentóme el diablo con piedras,
volviólas mi hambre panes.

Tropecé y caí, señores,
no de privanzas reales,
35 mas de los más malos pies
que han visto nuestras edades.

Metíme en un charco sucio,
al ruido salió a mirarme
con un candil una ninfa,
40 Dios nos defienda y nos guarde.

Por san Antón me tenía,
viendo tentaciones tales,
que era frisona en lo gordo,
punto menos que elefante.

45 Abrió la boca y rióse,
pensé que queria tragarme,
hecha ballena en el agua
de este Jonás miserable.

«Basta, que no trago, dije,
50 ballena, sin que me tragues.»
Oyendo aquesto, llegóse
a procurar levantarme.

Sacóme de tal manera,
que movida de mirarme,
55 me metió en la chimenea,
para que allí me enjugase.

Para estorbar las goteras
que llovían mis ijares,
después que bebí en ayunas,
60 no bastara el trastejarme.

Preguntábame si había
peces en aquel estanque,
viendo que tomaba liebres
a donde los barbos nacen.

65 Desnudóse, y desnudéme;
pidióme la requebrase
luego que empecé a nadar
en su piélago de carne.

Martirizó mis narices,
70 porque en sus manos bestiales
tantos servicios traía
como un capitán de Flandes.

Nunca el enfermo a la purga
mostró más triste semblante,
75 ni el condenado al verdugo,
que yo le mostré al hablarme.

Luego me dió con la boca,
si no de infierno, de alnafe,
un asco fondo en regüeldo
80 con aforos de jarage.

A que vaciase aguardé,
vino y llegando abrazarme,
de más de veinte guisados
me dió con olerla el aire.

85 Preguntéla si tenía
alguna cosa fiambre,
y dióme no sé qué cosas;
lo que fueron, Dios lo sabe.

«Es tu cara peregrina,
90 la dije con voz muy grave,
calabaza tu cabeza,
bordón tu nariz gigante.»

Con esto quedó contenta;
durmióse, y por regalarme,
95 me dejó un brazo encima
del peso de diez quintales.

Yo que no pude dormir,
desvelado en ver su talle,
oí temerosos truenos,
100 temí fieras tempestades.

Comencé de puro miedo,
con gran prisa a santiguarme.
«Santa Bárbara, decía,
mi culpa por pena baste.»

105 Mas viendo que olían mal
los truenos descomunales,
a fuerza de sucios soplos
fuí de la cama arrojarme.

Al golpe que dí en el suelo,
110 mi señora doña Alnafe
suspirando despertó
por detrás y por delante.

Yo la dije, «Mi señora,
no te admires, ni te espantes,
115 que no he pegado dos ojos,
por uno que no pegastes.»

«Para corchete imagino
que infinito precio vale
por lo soplón tu trasero,
120 bien mis narices lo saben.»

«Ello amanecerá presto,
dormid a solas, mi ángel,
que yo mientras que amanece
lo gastaré en espulgarme.»

125 En viéndola vomité,
y ella, con cara de sastre,
me dijo si era de ahito,
mas yo, que sabía el achaque,

de aqueste modo la dije:
130 «¿Para qué es el preguntarme,
si es el vómito de hartura,
sabiendo que es de mirarte?»

«Abre la puerta enemiga.»
Corrida fué por la llave;
135 abrió, y en saliendo fuera,
más saltos di que un danzante.

Nunca pisa marinero,
cuando de borrascas sale,
tan contento las arenas,
140 que a las aguas hacen margen.

Ni más alegre el cautivo,
que estuvo preso entre alarbes,
abraza sus tiernos hijos,
que yo abracé sus umbrales.

145 Las torres vistas de lejos
me parecieron su imagen,
entré en mi casa y cerréme,
de miedo que tras mí entrase.

Escarmentad, amadores;
150 guardáos que el diablo os engañe
y estad ciertos que de noche
sólo vuelan estas aves.

XXIV

DECIMA

A la fuente de Garcilaso

DEL CANONIGO LEONARDO

Pasajero, a la gran fuente
que te ha detenido el paso,
ya con versos Garcilaso
detuvo el de su corriente.
5 Consonancia tan vehemente,

¿a cuál Orfeo no admira?;
mas es Palas quien le inspira,
que como en el campo armada,
le dió allá su misma espada,
10 le dió aquí su misma lira.

XXV

SATIRA

DE DON LUIS DE GONGORA

Cuando volví de las Indias
por la turqués latitud,
más novedad vi en España
que allá en las costas del Sur.
5 Halle que es ya Don Gonzalo
el mozo gato paus,
que el poyal es sobremesa,
y el que fué arca es baúl.
Hallé los brazos de fuera
10 con puntas de diganduj,
que repiten a Moreno,
como su abuelo Gazul.
Hallé que nos traen los lienzos
los devotos de Juan Huss,
15 y que han pegado a los mozos
las tuferas del Monsiur.
Para presumir de Tulio,
basta decir ego sum,
y para ser gran toscano,
20 decir madona y orsu.
Para capitán de Flandes
sobra decir Brandemburc,
y para fino abogado,
capa larga y barbanduj.
25 Oficial de dos y cuatro
trueca el aranque en albur,
y aun hasta los zurradores,
en holanda, el calicut.
Deponen de noventa años,
30 sin tener barbas aun,
y buena y mala ventura
corren ya por acaduz.

El vicio máximo es
y mínima la virtud;
35 porque ya de la verdad
sólo ha quedado el run run.

Dan media mujer de corcho,
como badana el atún,
con almidón los confites
40 y las sedas con betún.

Como no hay cipe sin zape,
viñadero sin gorguz,
ni amigo de boticario,
sin achaque en la salud;

45 quien quiere gente y milagros
cuelga caimanes de Ormuz,
pero cuando no los halla,
pone huevos de avestruz.

Quien busca testigos falsos
50 vase al país andaluz,
el sastre no sabe el Credo,
y enseña al hijo el hur hur.

Aunque no haya para misas,
ha de haber para ataúd,
55 aunque atramado de estopa,
porque no haga la puf.

Recibe el depositario,
y entrega con otro almud,
y el cajón del mercader
60 no quiere salir a luz.

Qué es la diestra de Dios Padre,
no sabe la senectud,
aunque sabe si eran pardas
las borricas de Saúl.

65 Hay bandas de santos simples
con revelación de bu,
y otros dobles que pretenden
con dulcísimo Jesu.

Veréis monjeros orates
70 perdidos por alaju,
y en muchos escudos de armas
el castillo de Emaus.

En viendo cruz en la palma,
luego es cierta la peluz,
75 aunque hay hartos escribanos
enemigos de la cruz.

Con un recipe un doctor
no ha menester arcabuz,
y si hay habas y melones
80 se ahorra de ir al Perú.

Los moriscos hallé menos,
y hay todavía al cuz cuz,
y Sevilla cuece en casa
las hogazas de ganduz.

85 Todo lo veo trocado,
sólo el buey guarda su mu,
sus rebuznos guarda el asno,
y el cuclillo su cu cu.

Ya no pasan las endechas
90 del monjil y del capuz,
y ya las parteras usan
reliquias de Ferragud.

El otro, con más dobleces
que la capa de un tahur,
95 os quisiera ver quemado
y estáos haciendo el buz.

No basta para cristiano
comer torreznos aluf;
que yo sé quien reza mucho
100 y está logrero marfuz.

Hay quien decora un Villegas
en el profeta Abacuc,
que trae rosario al cuello
y en el jubón el talmud.

105 ¡Mundo dulce y desabrido,
como palo de orozuz,
engaño disimulado,
como el mar con capa azul,

todo eres embuste puro,
110 falso enemigo común,
que ya de perro tan viejo
no hay que decirte cuz cuz!

Como todos a los vicios
caminan de mancomún,
115 no quiere bajar del monte
san Francisco de Adamuz.

¡Dichoso el que descansando
en felpas de almoraduj,
ni envidiado ni envidioso
120 busca a Dios en la quietud!

Hállela yo, y nunca vea
la behetría común,
donde hay voces, y no hay
como en horno de Padul.

XXVI

SONETO

A un valiente

Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
aunque no del oficio picaresco,
5 retorciendo el mostacho soldadesco,
y viendo que la bolsa le replica,
a un corro se llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió un refresco.

«Den voacedes; por Dios o por cien santos,
10 que haga lo que suelo sin pereza.»
Mas uno que a sacar la espada empieza,

«Y si no se la dan al picacantos,
preguntó, ¿qué ha de hacer en la querella?»
Despondió el bravonel: «Irme sin ella.»

XXVII

ROMANCE

DE MONTALBAN

A una boca

Clavel dividido en dos,
tierna adulación del aire,
dulce ofensa de la vida,
breve concha, rojo esmalte.
5 Puerta de carmín, por donde
el aliento en ámbar sale,
y corto espacio al aljófar
que se aposenta en granates.

Depósito de albedríos,
10 hermosa y pupúrea imagen
del murice, que en su concha
guarda colores de sangre.

Cinta de nácar, con quien
Tiro se muestra cobarde,
15 y aun sentida, porque el cielo
más expuso en menos parte.

Bello aplauso de los ojos,
hermosa y pequeña cárcel,
muerte disfrazada en grana,
20 si hay muerte tan agradable.

Tiranía deliciosa,
cuyo vergonzoso engaste
es mudo hechizo a la vista,
siendo un imperio süave.

25 Guarnición de rosa en plata
y de nieve entre corales,
discreta envidia a las flores
que un mayo miran constante.

Y en fin, cifra de hermosura,
30 si permitís que os alabe,
decidme vos de vos misma,
porque os sirva, y no os agravie.

Mas la empresa es infinita;
yo muy vuestro, perdonadme,
35 porque sólo sé de vos
que habéis sabido matarme.

XXVIII

DECIMA

A la fuente de Garcilaso

DE DON FRANCISCO DE SAYAS,

Cronista del Reino de Aragón

Este sonoro cristal,
huésped, que a gran sed te llama,
clarín es y de la fama
por Garcilaso inmortal.
5 Dulcemente liberal,

por los conductos del arte,
néctar da, licor reparte,
bien que pudiera ser solo
para delicias de Apolo,
10 para fatigas de Marte.

XXIX

FABULA DE ATALANTA

DE CESPEDES

Esquiva Atalanta siempre
por ásperos montes huye,
ya guarnición de sus faldas,
corona ya de sus cumbres.
5 A cuya planta de nieve
Euros y Austros contribuyen,
leve fatiga a los campos,
presurosas prontitudes.
Agradecidos los bosques
10 de que su gala fecunde,
por besar el blanco pie,
trabas de clavel producen.
Mas su pecho, donde el cielo
tan alta esquivez infunde,
15 ni por lisonjas las siente,
ni por ternezas las sufre.
Nunca el sol, desde la esfera
donde sus imperios lucen,
vió tan hermosos desdenes,
20 tan bellas ingratitudes.
En su hermosura y presteza,
el que más atento juzgue,
tiene una duda que admire,
y una admiración que dude.
25 Es constelación su rostro,
y tal, que habrá quien disculpe
bellas envidias de Venus,
cuando sus círculos hurte.
Ojos en torno de luz,
30 que pródigos distribuyen
cielos en campo de sol,
hermosos rayos azules.

De piadosas crueldades,
tirano imperio tan dulce,
35 que sabe matar con vidas,
y sabe cegar con luces.

Breve cuna de rubí,
sin que esplendores oculte,
cubre de diamantes niños
40 opulenta muchedumbre.

El papel de sus mejillas
defectos del mayo suple,
porque el tanto de sus flores
en breve número sume.

45 Por vago imperio del viento,
que traviesos introduce,
escritos con rayos de oro,
agravios del sol discurren.

Céfiro, que rubias ondas
50 con vivo aliento sacude,
tempestad de auroras nuevo,
en golfo undoso de luces;

de cuya crinita llama
quiere el hado se figure
55 luciente infausto cometa,
que trágico fin pronuncie,

negada su inclinación
a femeniles costumbres,
en bello alentado cuerpo,
60 alma de varón incluye.

No hay selva que no fatigue,
ni soto que no importune,
venablo que no blandee,
ni fiera con quien no luche.

65 Flecha suya que dispara,
cuerda que impelida cruje,
émula a su ligereza,
no hay muerte que dificulte.

El cielo, para su empleo,
70 ley inviolable estatuye,
que su beldad goce esposo
que su curso sobrepuje;

mas el que con tardo vuelo
veloz intento no cumple,
75 a fatal agudo acero
sangre inocente tribute.

A tan airoso imposible
noble juventud concurre,
trocando a patente cielo
80 ricas doradas techumbres.

No hay a quien el premio hermoso
con su vista no deslumbre.
¡Qué lucidos daños vierte!
¡Qué atractivas inquietudes!

85 No hay joven que tierna vida
temerario no aventure:
víctimas de su esperanza,
de amor picados tahures.

Y aunque al son de sus deseos
90 ligeros vuelos presumen,
como al clarín incitados
Bucéfalos andaluces,

no hay quien pesada tardanza
a corto trecho no culpe.
95 ¿Qué mucho que una mujer
con más presteza se mude?

Bárbara ley, que disponen
los hados no se rehuse,
floridos años malogra,
100 tiernos alientos desluce.

De sangre sediento acero
no hay garganta que exceptúe,
belleza que no desflore,
juventud que no disfrute.

105 Tanto cadáver al campo
dieron violentas segures,
que de los unos los otros
son funestos ataúdes.

Confusión la tierra espera,
110 horrores el cielo influye,
de que tanta flor se agoste,
de que tanto sol se anuble.

Hipomenes generoso,
sin que de emprenderla cuide,
115 a la sangrienta conquista
mirador no más acude.

Libre entonces juveniles
arrojamientos arguye,
y extraña que un bello engaño
120 tanta bella edad sepulte.

Sus ojos vuelve Atalanta,
blandas prisiones comunes,
y con elocuencias mudas
a nueva opinión le induce.

125 La ciega deidad, de cuyas
traviesas solicitudes
nunca hay burla que se libre,
ni libertad que se burle,

de su carcaj una flecha,
130 que ociosidades consume,
resonando el nervio duro
a viva aljaba traduce.

Rinde al joven, y pretende
que en Atalanta resulte
135 atención que lo divierta,
cuidado que no le turbe.

«¡Oh príncipes generosos!
(clamó Hipomenes), no supe
la hermosa ocasión divina
140 del grave error que os impuse.

»De vuestra vertida sangre
arroyos mi lengua enjugue,
pues tan debidos aplausos
ciego ignorante detuve.

145 »Un sol de nieve os abone,
dos luceros os excusen,
dignos que de eternas vidas
y de mil edades triunfen.

»Ya vuestro ardimiento sigo,
150 con que diré del que tuve:
—Despeñóme un fin bizarro,
si conseguirlo no pude.

»Con empeños de entendido
satisfaré a quien me acuse,
155 libertad que breve instante
necio insensible entretuve.

»Pues gallardas osadías
los cielos no destituyen,
desprecios siembro a los hados,
160 cuando en mi daño conjuren.

»Por destrozos ya atropello,
sin que tantos me atribulen,
no bien orgullos de abril,
cuanto desmayos de octubre.

165 »Al fin, en sangriento curso
con ver tantos, no rehuse
mal logrados escarmientos
de ambiciosas juventudes.»

Púrpura viste, a que tantos
170 honores de Arabia cubren,
que en su resplandor apenas
rojo empacho se trasluce.

Sombrero embosca entre plumas,
que a propias esferas suben,
175 bizarro bosque del aire,
si no bajel de las nubes.

Fértil variedad, ufana
de que en su pompa se junten
tanto volante despojo
180 de voraces avestruces,

cortés traslada a la mano
bella máquina, y descubre
de hermosos anillos de oro
descuidadas multitudes.

185 Común madre que en su rostro
lo bello y bravo confunde,
mucho Marte y mucha Venus
a breve espacio reduce.

Bozo de tiernas mejillas
190 con tiernos perfumes pule,
de veinte vueltas de sol
era dorada vislumbre.

Dice en su pecho Atalanta,
sin que el corazón le escuche,
195 que aun con él su esquivez gusta
piedades se disimulen:

«Detente, Narciso nuevo,
¿quién te obliga a que apresures
fin temprano, y de la muerte
200 los sangrientos mares surques?

»No en tan peligrosa causa
blandos desperdicios fundes;
espera que en ocio manso
floridos años maduren.

205 »Tú solo te ostentas digno
de que los hados te ayuden,
de que tu frente y tu mano
ciña lauro y palma empuñe.

»Casi inclinada me admiro,
210 casi mereces que ajuste
mi paso altivo, y contigo
mi celeridad descuide.

»Quiere al fin que oscura Parca
tan hermosos años busque,
215 por querer vivir conmigo
en lazos indisolubles.

»Pero como atenta yo
a piadosas mansedumbres,
que tantas ardientes vidas
220 a mi libertad pospuse,

»muera, porque le ves señas
del descuido; no murmuren
las Ninfas en mí, y Diana
tiernos indicios me impute.»

225 Antes que el resuelto amante
purpúreo adorno desnude,
a blanda deidad de amores
con ruego instante recurre.

«Tú, dice, me fuerza, Venus,
230 que a tus aras hoy vincule
pendientes votos, y en ellos
tu sacro nombre salude.

»Así columnas de bronce,
a valiente pesadumbre
235 de templos que te veneran,
eternidad aseguren.

»Así en tu honor abrasados
en globos el aire ocupen
mil embarazos del sol
240 aromáticos perfumes.

»Pues tiernas ardientes ansias
a tu fuego se atribuyen,
o que el remedio apercibas,
o que la dolencia cures.»

245 Dijo, con que obliga a Venus
a que tres lucientes busque
pomos de oro, que atesoran
ricas ocultas virtudes.

Del uso de ellas le informa,
250 y antes que el clarín pronuncie
voladora seña, el joven
rayo animado prorrumpe.

Pásale Atalanta, y pasa
sin que las flores injurie,
255 sin que densa grama doble,
ni arista doble despunte.

No en los arroyos su pie
cándida espuma sacude,
de pluma varia que vuela,
260 sin que su vista se enturbie.

Crece entre los dos el campo,
y porque el joven no frustre
su ruego interior, le avisa
Venus que los globos use.

265 De través echó el primero,
que rayos de Apolo bruñen,
bella esfera, y en el campo
celestes signos educe.

Sigue el prodigio Atalanta.
270 ¡Qué mucho que la estimulen
mil atractivos que vierte
por dorados arcaduces!

El se aleja, mas el triste,
puesto que a su daño ocurre,
275 nevada llama el exceso,
y la vida disminuye.

Venus, porque más prolijas
dudosas ansias no duren,
ya le incita a que brioso
280 dorado engaño asegunde.

Echa otra vez, y la Ninfa
de nuevo el curso interrumpe,
volando con alas de oro,
segundo luciente embuste.

285 Coge el globo, sin que el bello
vulto alterado demude,
y a ventajas generosas
saeta se restituye.

Ultimo hechizo le arroja,
290 y con círculos volubles
tercer descamino de oro
la obliga a que el campo cruce.

Casi la forzó el peligro
a que el seguirle consulte,
295 mas intrépida codicia
dudas rompe, miedos huye.

«Alienta, joven», aclama
la inquieta turba, y divulga
tu hazaña en metal sonoro
300 ligero volante numen.

Duda fué si del aplauso
que al viento el vulgo difunde,
Hipomenes gustó más,
o más Atalanta guste.

305 Pisa al fin difícil meta
de Neptuno el hijo ilustre,
con que de amado enemigo
feliz victoria concluye.

Vence, y ofendida Venus
310 de que honores no acumulen
a sus aras, ni en sus piras
árabes aromas suden,

manda al hijo que a sus pechos
con lascivo fuego apunte,
315 porque al templo de Cibeles
su nefando incendio ahume.

Y sin que en respetos justos
la resolución fluctúe
de torpe llama impacientes,
320 sacrílega culpa incurren.

Airada deidad en ellos
juvenil forma destruye,
feroces brutos se miran,
y en vez de quejarse, rugen.

325 Y aunque más con vulto airado
dura sujeción rehusen,
el grave imperio a su plaustro
con yugo común los unce.

Bella Ninfa, hermoso joven,
330 un tiempo de Arcadia lustre,
leones fieros del carro
de la gran diosa conducen.

La que fué imperiosa origen
de tantas solicitudes,
335 frente del rayo de Apolo
la enojada servidumbre.

Teme sus garras, oh Venus,
Adonis tu amparo escude,
no aguardes que en él el cuerpo
y el alma en ti desmenucen.

XXX

SONETO

DE LOPE DE VEGA

Contra los cultos

—Boscán, tarde llegamos. —¿Hay posada?
—Llamad desde la puerta, Garcilaso.
—¿Quién es? —Dos caballeros del Parnaso.
—No hay donde nocturnar palestra armada.
—No entiendo lo que dice la criada.
Madona, ¿qué decís? —Que afecten paso,
que ostenta limbos el mentido ocaso
y el sol depinge la porción rosada.
—¿Estás en tí mujer? —Negóse el tino
al ambulante huésped. —¡Que en tan poco
tiempo tal lengua entre cristianos haya!
—Boscán, perdido habemos el camino;
preguntad por Castilla, que estoy loco,
o no habemos salido de Vizcaya.

XXXI

ROMANCE

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

El alba, Marica,
el alba es que sale,
allá va, señores,
no se aparte nadie.
A lavarse al soto,
donde está en las tardes
el río en los huesos,
y Madrid en carnes.
Oigan de la niña
la pintura y talle:
brindis, mancebitos;
al arma, galanes.
Es de lo pequeño,
pulido y brillante,

15 toda guedejitas,
pulimento y arte.

Es una muchacha,
linda y agradable,
águila del gusto.
20 fénix del donaire.

Cabellos castaños,
en vez de alazanes,
sin delitos rubios,
tan valiosos antes.

25 Ojos de pimienta,
chicos y picantes,
algo portugueses,
bayetosos graves.

Sus manos y cejas
30 daban criminales
cédulas de nieve,
chirlos de azabache.

Bien poblada boca,
donde son iguales
35 de clavel las puertas,
de jazmín las llaves.

Un pie revoltoso,
preso en breve cárcel,
ni común en gusto,
40 ni aliñoso en balde.

Siendo, si descoge
sus habilidades,
alma del bureo,
princesa del baile.

45 Ya don Fulanito
de Caniculares,
nacido en la India
y barbado en Flandes,

daba en el ocaso,
50 con sus rocinantes,
relinchos de nubes,
coces de celajes,

y en cuna de arena,
meciendo los aires,
55 alfajado en polvos,
niño Manzanares,

cuando Mariquilla
quiere, por templarse,

que se encienda el río,
60 que la luz se bañe.
Y al tiempo que el alma,
de las flores madre,
nubes desemboza,
cuando alegre sale,
65 fué corriendo velos
a su hermosa imagen,
templo de deseos,
ídolo de amantes.
Era un sol de nieve,
70 una aurora en carnes,
desnublado un cielo,
sabanado un ángel.
Parad colorados,
dulces consonantes,
75 verde, alegre musa,
lo sangriento baste.

XXXII

REDONDILLA

DE OROZCO

El galán que me quisiere,
siempre me regalará,
porque de él se me dará
aquello que se me diere.

XXXIII

ROMANCE AMOROSO

DE DON LUIS DE GONGORA

Retrata una hermosura

La flota, que de Indias vino,
Galeno de mil enfermas,
dió salud a una muchacha,
y desopiló una perla.
5 Era una Venus de Alcorza,

esta casadilla tierna,
con achaques de marido,
y con dolores de suegra.

Quedó en Bonanza la niña,
10 sin más juros ni más rentas,
que para el vulgo el marido,
y para Cupido ella.

A diez y seis años lindos
paga pensión y obediencia
15 el bigote más subido
y la toga más severa.

Oíganme todos, que pinto
este pedazo de estrella,
este veneno de amor,
20 y esta breve primavera.

Lo primero es sevillana,
y lo segundo no es lerda,
cuanto a lo tercero canta,
cuanto a lo cuarto hay tercera.

25 Baños de la reina mora
acreditan su limpieza,
que en emulación del baño
es Manzanares Esgueva.

Con despejada deidad
30 pega el alma más exenta
jacerinas de azabache
con el cabello y las cejas.

Trae la nariz entre ojos,
porque ha dado en pendenciera,
35 entre valientes mejillas,
amontonando belleza.

En lo que es rubio y azul,
perdónenme los poetas,
que he de decir que sus ojos
40 son dos soles de Guinea.

Y como nos preste el sol
lo florido de sus hierbas,
no hay clavel como sus labios,
ni jazmín como sus muelas.

45 Las manos son, aunque pulse
lo alegórico las venas,
chilindrones de marfil,
garatusas de violetas.

La república del talle

50 tan concertada gobierna,
que parece a todo amante
cada miembro dos Venecias.

Mas lo que cela el nublado,
¿quién duda que cielo sea?
55 Lo cortés nos acredita
lo vivo de su chinela.

Que la pinta, que promete
la brújula de sus medias,
a pesar de todo el mundo
60 de carne son de doncella.

Presumida lo que basta,
lo que sobra satisfecha,
aunque la vil plebe diga
que son chaques de necia.

65 Este es en fin su retrato,
y al fin Francisquilla es ésta,
que por ser frialdad cortés
la dejo para una fiesta.

XXXIV

EPITAFIO

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

—En esta piedra yace un mal cristiano.
—Sin duda fué escribano.
—No, que fué desdichado en gran manera.
—Algún hidalgo era.
5 —No, que tuvo riquezas y algún brío.
—Sin duda fué judío.
—No, porque fué ladrón y lujurioso.
—Ser genovés o viudo era forzoso.
—No, que fué menos cuerdo y más parlero.
10 —Ese que dices era caballero.
—No fué sino poeta el que preguntas,
y en él se hallaron estas partes juntas.

XXXV

ROMANCE

DE DON DIEGO MORLANES

A un luto

La beldad más peregrina
y la admiración más nueva
salió con pomposo luto
a dar gozo a la ribera.

5 Un coche de sumo ornato
fué tu portátil esfera,
que según comovió incendios
Faetón gobernó sus ruedas.

Gallarda se mostró a todos
10 con la fúnebre librea,
que estando el cielo enlutado,
más luce y brilla una estrella.

Aunque vestida de requiem,
ostentaba más belleza
15 que cuando amanece el alba
con celajes de azucenas.

Mirábanla los galanes,
dando honor a las bayetas,
y uno dijo en tiempo tal:
20 «Las tumbas se desvanezcan.»

La melancólica insignia
causó alegres influencias,
y engañó a más de dos pares
esta enlutada sirena.

25 Hizo prodigioso estrago
en las almas más exentas:
la primera vez que el luto
fué de Cupido saeta.

Mas ¿cuándo del ciego dios
30 no son de luto sus flechas?
que pues mortandades causan,
fuerza es ser armas funestas.

Sacó valona a lo llano,
por simbolizar su pena,
35 fundando altezas de gala
en la afectada llaneza.

Puesta en plato de Cambrai,
brindaba su faz serena,
que iba cantando aleluyas,
40 aunque en responsos envueltas.

Regocijó todo el prado,
que el juglar que más recrea
son sus ojos, y son negros
porque el luto más se extienda.

45 En el reino del cabello,
cambiaron divisas negras,
y el monjil quedó arrogante,
porque la tuvo cubierta.

Diéronla mil bendiciones,
50 y aunque uno la dió muy necia,
que dijo: «Crezcan los duelos,
pues tan bien, señora, os prueban.»

Otro dijo muy Medoro:
«Es divina providencia
55 que quien tantos muertos tiene
lleve luto tan de veras.»

Ufano al fin dejó el prado,
y así entre oscuras tinieblas
quedó hecho un Heraclito,
60 según lamentó su ausencia.

XXXVI

CANCION REAL

A una mudanza

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
cortando el aire el suelto jilguerillo,
sentóse en el pimpollo de una haya;
y con el pico de marfil nevado,
5 entre el pechuelo verde y amarillo,
las plumas concertó pajiza y gaya.
Y celoso se ensaya
a discantar en dulce contrapunto
sus celos y amor junto,
10 y al ramillo, su apoyo, y otras flores,
libre y gozoso cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado,
el cazador cruel, de astucia armado,

escondido le acecha,
15 y al tierno corazón aguda flecha
tira con mano esquiva,
y envuelto entre su sangre le derriba.
¡Triste avecilla, vida malograda,
imagen de mi suerte desdichada!
20 De la custodia del amor materno,
el corderillo juguetón se aleja,
enamorado de la hierba y flores,
y por la libertad y pasto tierno,
el cándido licor olvida y deja
25 por quien hizo su madre mil amores.
Sin conocer temores,
de la florida primavera bella
el vario manto huella
con brincos licenciosos,
30 y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
dió en la boca del lobo carnicero,
que en partes diferentes
le dividió con sus voraces dientes,
35 y a convertirse vino
en púrpura el nevado vellocino.
¡Oh inocencia ofendida,
breve bien, caro pasto y corta vida!
Rica con sus peñascos y copetes,
40 ufana y loca, con altivo vuelo
se remonta la garza a las estrellas,
y afinando sus blancos martinetes,
procuró parecer allá en el cielo
la reina sola de las aves bellas;
45 y por ser una de ellas,
la que más altanera se remonta,
desparece y transmonta,
a los ojos del lince más atentos,
y se contempla reina de los vientos.
50 Mas ¡ay! que en la alta nube
el águila la ve, y al cielo sube,
donde con pico y garra
el pecho candidísimo desgarra
del bello airón que quiso
55 volar tan alto, con tan poco aviso.
¡Ay pájaro altanero,
de mi suerte retrato verdadero!
Al son de las horrísonas trompetas,
y al rimbombar del sonoroso parche,
60 formó escuadrón el general gallardo;

con relinchos, bufidos y corbetas
pide el caballo que la gente marche,
y trueca en paso presuroso el tardo.
Tocó el clarín bastardo
65 la esperada señal de arremetida,
y en batalla reñida,
teniendo cierta del vencer la gloria,
oyó a su gente que gritó victoria.
Mas ¡ay! que el desconcierto,
70 del capitán bisoño y poco experto,
por no guardar el orden,
causó en la gente general desorden,
y la ocasión perdida,
el vencedor perdió victoria y vida.
75 ¡Ay fortuna contraria,
en mis prósperos fines siempre varia!

Al cristalino y mudo lisonjero
la altiva dama en su beldad se goza,
contemplándose Venus en la tierra;
80 el más esquivo corazón de acero
con su vista enternece y alboroza,
y es de las libertades dulce guerra:
el desamor destierra
de quien pone sus ojos,
85 que de ellos son despojos
los castos de Dïana,
y en su belleza se contempla ufana.
Mas ¡ay! que un accidente,
apenas puso el pulso intercadente,
90 cuando cubrió de manchas,
cárdenas ronchas y viruelas anchas
el bello rostro hermoso,
trocándole en horrible y espantoso.
¡Ay beldad malograda,
95 muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Sobre frágiles leños y con alas
de lienzo débil, que en el mar son carros,
el mercader surcó las claras olas;
llegó a la India, y rico de bengalas,
100 aromas, perlas, nácares bizarros,
dió vuelta a las riberas españolas;
tremoló banderolas,
flámulas, estandartes, gallardetes;
dió premio a los grumetes,
105 por haber descubierto
de la dichosa patria el dulce puerto.
Mas ¡ay! que estaba ignoto,

a la experiencia y ciencia del piloto,
en el mar un peñasco,
110 donde chocando de la nave el casco,
dió a fondo, hecho mil piezas,
mercader, esperanzas y riquezas.
¡Triste bajel, figura
del que anegó mi próspera ventura!

115 Mi pensamiento con altivo vuelo,
ufano, alegre, altivo, enamorado,
sin conocer temor en la memoria,
se remontó, señora, hasta tu cielo,
y contrastando tu desdén helado,
120 venció mi fe, gritó el amor victoria,
y en tan sublime gloria,
de tu beldad se retrataba el alma,
y el mar de amor encalma
la nave a mi deseo, viento en popa
125 andaba navegando a toda tropa.
¡Mas ¡ay! que mi contento,
fué el pajarillo y corderillo exento,
fué la garza altanera,
fué el capitán que la victoria espera,
130 fué la Venus del mundo,
fué la nave del piélago profundo;
que por diversos modos,
todas las muertes padecí de todos!

Canción ve a la columna
135 que sustentó mi próspera fortuna,
y verás, que si entonces
te pareció de mármoles y bronces,
hoy es mujer, y en suma,
breve bien, leve viento y fácil pluma.

XXXVII

ROMANCE

DE DON GARCIA DE PORRAS

A un río helado

Salid, ¡oh Clori divina!,
al Tormes que ofrece hoy
fija fuente a nuestra planta
su inquieto cristal veloz.

5 Esta vez pudo el diciembre
lo que mil pudistéis vos,
que tienen fuerzas de escarcha
poderes de admiración.

No su nieve a vuestra vista,
10 quieto el cristal se paró;
que si aquí suspende el hielo,
hiela allí la suspensión.

Salid, que el dios os espera,
que juega discreto hoy,
15 la suela del chapín vuestro,
corona ya de favor.

Y pues su honor os aclama,
restituiréisle su honor,
si cuando le huellan tantos,
20 vos corona suya sois.

Sobre la cama de campo,
solícito el aquilón
tiende sábanas de nieve,
do se acueste enfermo el sol.

25 Desmayos, pues, de sus luces
mejóranse en vuestras dos,
que mayores rayos visten
en elíptica menor.

Bien que en tantos cielos puestos,
30 como deidad superior,
los que son rayos de luz
de fuego fulmináis vos.

Si el mundo ardiendo callara,
diré, pues, ardiendo estoy,
35 que son incendios sus luces,
y que es fuego su esplendor.

Que le holléis el campo aguarda,
porque vuestras huellas son
las que previenen abriles,
40 las que producen verdor.

Y en Pascua de Nacimiento,
cuando en la muerte se vió,
tendrá en vuestro pie florido
Pascua de Resurrección.

45 Yo mis glorias solicito,
pues, a quien ha dado soy
a vos vistas las libranzas
de sus glorias el amor.

Salid, pues, oh Cloris bella,
50 no os neguéis ingrata, no,
a las voces de los ojos,
al llanto del corazón.

Y tendremos esta vez,
si lo merece esta voz,
55 honor Tormes, luz el día,
vida el campo y gloria yo.

XXXVIII

DECIMA

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Al mosquito del vino

Mota, borracha, golosa,
de sorbos ave luquete;
mosco irlandés del sorbete,
y del vino mariposa.
5 De cuba rana vinosa,
liendre del tufo más fino,
y de la miel del tocino,
aveja, zupla mosquito:
yo te bebo, y me desquito
10 lo que me bebes de vino.

XXXIX

COPLAS DE PIE QUEBRADO

De un borracho, a una bota

A una bota de Peralta,
un cofrade de la cepa
con lengua roma le dijo
de esta manera:

5 «Tú me has enseñado a hablar
todo género de lenguas,
pero la que hablo mejor
es la tudesca.

»Tú me enseñaste a escribir,
10 pues no sabiendo hacer letra,
formo ya las equis bien,
con las dos piernas.

»Aunque sabes, bota mía,
más que los sabios de Grecia;
15 pero más sabe la zorra,
cuando me pesca.

»No hay traje que a mi persona
le luzca; pues si tú llegas,
aunque de seda se vista,
20 mona se queda.

»Con todo, sin ser soldado,
has ganado la eminencia,
porque tú siempre te subes
a la cabeza.

25 »Cuando te llego a la boca,
mi corazón considera
el milagro de las bodas
de Galilea.

»Tú eres toda mi alegría;
30 pero si de mí te ausentas,
más corrido que una mona
luego me dejas.

»Cuando te acabes, me iré
a vivir a alguna cueva,
35 a donde mude el pellejo,
como culebra.»

Dijo, y tocándole a juicio
la bota como trompeta,
puso en todos sus sentidos
40 una ginebra.

Ya se duerme, ya se cae;
y aunque se caiga y se duerma,
le queda por desollar
la cola entera.

XL

VEJAMEN A JUDAS

COPLAS

A Judas vejamen doy,
que en el aire llevó el grado;
oigan que voy rematado,
que dado a Judas estoy.

5 El asunto que he tomado
no ha sido sin fundamento,
que en mesa del Sacramento
a Judas toca un bocado.

Perdióse, porque ninguno
10 es más infeliz logrero,
que fué arrojar el dinero
llevar a treinta por uno.

No quiero hacer burla de él,
que es hombre muy estirado,
15 que él mismo se le ha tomado,
que nadie le dió cordel.

En su pecho endurecido
no le aprovechó el bocado,
que en él un Dios consagrado
20 estuvo como vendido.

De andar siempre tropezando,
vino a dar tan gran caída,
que él triste toda su vida
trajo la soga rastrando.

25 El demonio le tocó,
y atento a música tanta,
por sus pasos de garganta
él mismo se suspendió.

Tan al vivo hacer le han visto
30 el papel del ahorcado,
que siendo un desesperado
le vieron besar el Cristo.

Cuando estirarse procura,
hizo techo de una rama,
35 que el diablo le hizo la cama,
y él le dió la colgadura.

Después de haber comulgado

se ha visto de su inmodestia
que era el Judas mala bestia,
40 pues no le enfrenó el bocado.

Para el Cielo se previno,
y dió el triste por descargo,
que como el camino es largo
hizo venta en el camino.

45 Cuando está más apretado,
no diré lo que le ahoga,
que no es bien mentar la soga
en casa del ahorcado.

El que con largueza tanta
50 no hizo aprecio del caudal,
se vió sin tener un real
con la soga a la garganta.

Como engullir solo intenta
el cordero que le han dado,
55 de comer sólo un bocado
está el triste que revienta.

La envidia que le provoca
le ha dado con grande priesa,
que ahorcarse fué de la mesa
60 con el bocado en la boca.

Cuando atar pudo su dedo,
tan en el aire se ahorcó,
que dicen que no aguardó
a que dijesen el credo.

65 Como después he previsto
que no ha de ver lo que ve,
que antes de morir se fué
a cenar con Jesucristo.

XLI

SONETO

DE DON FRANCISCO DE SAYAS,

Cronista del Reino de Aragón

A la rosa

Estas exhalaciones peregrinas,
que en ámbar embriagan la mañana,
más que de la pureza de su grana,
son efecto esencial de sus espinas.

5 ¡Oh rosa!, noblemente determinas
el valor de las penas, pues lozana
y fraganciosa magestad humana,
crédito las adquieres de divinas.

No quiso la sagaz naturaleza
10 que luciese tu honor sin tus cuidados
y tu benignidad sin su aspereza.

¡Oh vos, triste legión de desdichados,
venerad la paciencia en su belleza;
cogedla heridos, gozaréis premiados!

XLII

ROMANCE AMOROSO

DE DON GARCIA DE PORRAS

A una dama

¿No me conocéis, serranos?
Yo soy el pastor de Filis,
cera a su pecho de acero,
esclavo a sus ojos libres.

5 Huésped de vuestras riberas
oponer de amor me visteis,
a las armas vencedoras,
resistencias invencibles.

Mas ¡ay!, ya muero, serranos,
10 ¡ay Amor! ya me venciste;

los incendios de mis hielos
tus poderes acrediten.

Para matarme tus ojos,
Filis, el Amor elige,
15 que a mayores vencimientos,
bastan los rayos que visten.

A cuyo imperio süave,
a cuya fuerza apacible,
no hay libertad que se exente
20 ni hay exención que se libre.

A tu beldad, las beldades
reconocidas se rinden.
desde la que el Tetis beben,
hasta la que el Ganges viven.

25 Cuyo nombre holgada ufano
gloria le da más felice,
que sus arenas al Tajo,
que sus imperios al Tíber.

En tu alabanza, mi afecto
30 entre efectos imposibles
epiciclos fatigara,
mas temo que espumas pise.

Retírase, pues, cobarde,
y tanta empresa remite
35 o de un águila los vuelos,
o a los acentos de un cisne.

Que una voz ronca no puede,
ni puede una pluma humilde
ultrajarte, que te ignora
40 quien se atreve a describirte.

Mis deseos igualmente,
que por divina te admiten,
como a deidad te veneran,
y como a deidad te piden.

45 Así, pues, el tiempo nunca
en tí con mudanza triste
el prado traslade el rostro,
y tu cuello los jazmines.

Y la primavera hermosa,
50 que en tus mejillas asiste,
en siempre floridos mayos,
goce perpetuos abriles.

Que admitas unos deseos,
que una voluntad estimes,

55 como atrevida en quererte
acordada en elegirte.

Si tienes dueño, a tu dueño
te hurta, mi mal te obligue,
para que mi ardor aplaques,
60 nieve que a mi cuello apliques.

Yo vi que hurtados a un muro,
a que pudieran asirse,
le repartieron abrazos
a un árbol unos jazmines.

65 Tú verás que a mis deseos
solicitan persuadirle
yedra, que dos olmos trepa,
vid, que dos álamos ciñe.

Prisiones rompe de carnes,
70 avaramente sutiles,
el clavel, y fuera de ellas
con púrpura el aire tiñen.

Pues te incitan sus ejemplos,
Filis, sus ejemplos sigue;
75 que si tú mi amor retornas,
cierto estoy que amor me envidie.

XLIII

Refiere las quejas de un verdugo

LETRILLA SATIRICA

Un verdugo se quejaba
de los poetas de hogaño,
que escribiendo a todos versos,
a él solo dejan en blanco,

5 diciendo: «Aunque soy verdugo
merezco que se haga caso
de mí, pues soy tan valiente,
que vivo de lo que mato.

»Soy músico tan de veras,
10 que con las cuerdas que traigo
hago a cualquiera cantar,
si no tiple, contrabajo.

»Y si apresuro el compás,
canto mejor que un canario;

15 y a hacer pasos de garganta
van por sus pasos contados.

»Si alguno, sin ser pintor,
pinta en un ladrillo un gato,
yo mi nombre en las espaldas
20 doscientas veces lo estampo.

»Hago monedas sin sello,
con un modo tan extraño,
que sólo con mi cuchillo
saco cabales los cuartos.

25 »Ejemplo soy de Fortuna,
pues pongo en puestos tan altos,
y luego de allí a un instante
los derribo de allí abajo.

»Y en conclusión soy tan diestro,
30 que al Zurdillo y al Narro
a cada uno les di
la pena de su pecado.»

XLIV

REDONDILLA

Al romance de Piramo y Tisbe, de don Luis de Góngora

Este romanzón compuso
el Poeta Soledad,
en lo largo la ciudad,
Babilonia en lo confuso.

XLV

ROMANCE SATIRICO

Escuchadme atentamente
hasta el fin desde el principio,
si es verdad que las verdades
las dicen locos y niños.

5 Que yo soy por mis pecados
de aquellos que aqueste siglo
arrojó para poetas,
entre truenos y granizo.

¿A quién del mundo no admira
10 el estado a que ha venido?
Pues que ya no hay cosa en él
que esté como Dios la hizo.

Muchos eran racionales,
por hombres los conocimos,
15 que ya no miran al cielo
de enramado el frontispicio.

Muchos que Dios hizo cuerdos
y les dió cinco sentidos,
se miran para ser bestias
20 en la fuente de Narciso.

Los viejos se vuelven mozos,
y se enamoran de vicio,
y es en sustancia su amor
comida de farro o pisto.

25 ¿Quién no ve los capitanes
que hablan de guerra y de sitio
hechos letrados de Corte
con espada por escrito?

¿Quién no ve pedir ahora
30 muchos hombres bien nacidos
lo que a los locos se daba
en tiempo del rey Perico?

Aunque en esto los señores
ya son gramáticos finos,
35 que en llegando a declinar,
luego quitan el dativo.

¿Quién no ve una dama triste
de que Dios fea la hizo
querer ella hacerse hermosa
40 a puro afeite y vestido?

Yo he conocido una vieja
que trae cabello postizo,
y con color, cuello y dijes
parece de veinte y cinco.

45 Y unas barbas aliñadas,
sin quererlas ver, he visto,
que de cerca son muy sucias,
y de lejos dan fastidio.

Mil hombres, que en sus negocios
50 fueran más que otros han sido,
por quererse hacer poetas
andan perdido el juïcio,

en tiempo que ya mil hombres,
que apenas saben si hay libros,
55 juzgan las cosas de ingenio
como si fueran Virgilios.

¿A quién no admira una dama,
sin manto, cuando Dios quiso,
con renta, casas y esclavos
60 de portes de sobrescritos?

¿Y la vieja, que en la iglesia
no deja santo sin cirio,
mientras le aguardan en casa
dos niñas y cuatro hechizos?

65 Tras esto, muchos mancebos,
que del sexto hicieron quinto,
porque con el mal francés
se mataron a sí mismos.

Y siendo buenos cristianos,
70 dieron en indios y chinos,
trocando en palos y zarzas
los jardines de Cupido.

Muchos andan a caballo,
cuya vida es laberinto,
75 que andarlo por la justicia
fuera pagar su delito.

Y un hombre que dió en ser necio,
a una mujer de otros cinco,
por lo que es más sucio de ella,
80 dió el oro, que es lo más limpio.

Pues ver la que ayer estaba
con zapatos y corpiño
más diestra en letra y papeles
que un secretario de obispo.

85 Las verdades en los pobres,
las mentiras en los ricos,
las lisonjas en Palacio,
las amistades de vidrio.

Véis aquí que muchas cosas
90 no están como Dios las hizo;
callado he muchas verdades,
las que no pensaba he dicho.

XLVI

SONETO

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE

A la Magdalena

Difunta al gusto, viva ya a la pena,
venturosa en su error por conocello,
fuentes sus luces, que con curso bello
del rostro humedecían la azucena.

5 Tempestuosa la faz, la alma serena,
embargados los pies, libre el cabello,
desnudo de su pompa el terso cuello,
llora deidad la que encantó sirena.

Vanos mares dejando fugitiva,
10 mar de diluvios es, y copia tanta
hierros deshace, y sale de cautiva.

Con llanto riega la más bella planta,
y si el peso de culpas la derriba,
el aire de suspiros la levanta.

XLVII

ROMANCE

DE DON LUIS DE GONGORA

A una dama

La bella deidad del Tajo,
que en estos valles florece,
por juntar contradiciones,
nunca necia, olvida siempre.

5 Hermosa por excelencia,
que la seña los desmiente,
falso coral de lo rubio,
verdadero ardor la nieve.

Y en quien visten las mejillas,
10 porque su beldad aumenten,
del clavel a los jazmines,
del jazmín a los claveles.

Donde el Amor en su rostro
de sus victorias mantiene,
15 con muerto embozo, la vida,
con necio disfraz, la muerte.

Y al traje azul de los ojos,
tantos trofeos que sienten
desvalidos a los negros,
20 deslucidos a los verdes,

las cejas bellas revoca,
donde sin arte parecen
oriente rojos los labios,
y alba cándida los dientes.

25 Al talle bizarro el alma
la gallardía aborrece,
y con lo gracioso paga
lo que a lo gentil le debe.

Esta, pues, del cielo envidia,
30 que si a la ribera viene,
incendios de amor ministra,
cuando esferas de luz mueve.

No al ciego dios reconocen,
ni al que ambicioso pretende
35 humanar divinidades,
que ilustre su aljaba dejen.

Verdad es que su agasajo
pocos desprecios consiente,
y desdenes cortesanos,
40 más que agravian favorecen.

Pero al amor el agrado
escasa victoria ofrece;
pues para que no se admita,
es fuerza que se desprecie.

45 Emulaciones groseras
juzgar envidiosas quieren
lo cortés por vencimiento,
por valido al que pretende.

Mas ordenando las penas,
50 estos engaños no pueden
quitar méritos a Nise,
ni donaires a quien miente.

XLVIII

EPITAFIO

A un hombre pequeño

Caminante, aguarda, espera,
a quien espantaba de él,
como el alma en él cupiera,
porque su cuerpo pudiera
5 ser alma de un cascabel.
Un dedal le vino a ser
ataúd de gran anchura,
y abrióse su sepultura
con punta de un alfiler.

XLIX

ROMANCE

DE DON LUIS DE GONGORA

«Hijo mío, no te engañe
la ignorancia juvenil,
que no se pasa corriendo
puente angosta sin pretil.

5 No eres discreto si aprietas
con la mano el arcacil;
porque andarse tras el mundo
es cólera, buen arpil.

No admitas caballería
10 de zaguán y lamparil,
que lo paguen dentro en casa
la ensalada y el candil.

Huye de hombre novelero
y de amigo mujeril,
15 de vecino cordobés
y de mozo de Motril.

Trueca, trueca en tener
la astrología sutil,
que por mirar las estrellas,
20 darás fondo en un canchil.

No te dejes convidar
de predicador gentil,
que no te dará otra cosa
que salsa de perejil.

25 No te fíes, hijo mío,
de serenidad monjil,
que ya sabes que es taimado
el remanso del Genil.

No te engañen unas cuentas
30 que llegan al cenojil,
que al disparar sacan almas
como balas de esmeril.

No envidies tropel de coches
que no van por su carril,
35 que en lo más alto se aprende
el vuelo del albañil.

De justicia cohechada
huye, y de lego cerril,
de jugador sin dinero
40 y de rico picaril.

No murmures de soplones
delante del alguacil,
y en casa del polvorista
nunca enciendas hogaril.

45 No te lleve la tormenta
de una ola señoril,
ni admitas viejo temido,
ni conceptos de barril.

En tempestad y en bonanza
50 siempre has de estar en un fil,
siempre asido a la virtud,
no a la ignorancia pueril.

No quiero que traigas ámbar,
ni el pelo tinto en añil,
55 ni verte mazo de seda,
que pesa más que el astil.

No te agraden las lisonjas
de un adulador servil,
que todo es aire süave,
60 como son de menestril.

No gustes de unos copetes,
de unos bueyes de frontil,
de terciopelo el mandil.
ni del herrero que tiene

65 Sin examinar reliquias,
no las pongas en viril,
ni creas una mentira,
aunque te la afirmen mil.

Oye misa aunque no veas
70 las huertas de Jaureguí,
y pásate con carnero,
y tu lonja de pernil.

Y para ti se [ha] acabado
cazar tordos con pergil,
75 que no es tiempo de mamar
de la cierva de san Gil.»

Esto le dijo a un mancebo,
un viejazo varonil,
en el tiempo que apuntaba
80 la esperanza de su abril.

L

QUINTILLA

Aquí se vende, lector,
la historia de Terenate,
que la compuso el Rector.
El hizo un gran disparate,
5 tú, si la compras, mayor.

LI

ROMANCE

DE DON LUIS DE GONGORA

Justicia en dos puntos hecha,
sin vara de tafetán,
por lo menos llama a cuantos
esbirros de latón hay.

5 Alfileres, que se prendan,
lo que prendiendo detrás
nos hacía su pendencia
sentir muy bien y ver mal.

Consiguióla, y, atajando,
10 las que por su antigüedad,
primadas fueron de España,
a mi voto en Portugal,

a solicitar se fué
dos mulas de cordobán,
15 que le hierran de ramplón
vecinos de Fregenal.

Infante quiere seguir
a los príncipes que irán
con su Majestad a Irún
20 el octubre que vendrá.

Previene, pues, carrüaje,
no alegue anterioridad
cualque marqués de Alfarache,
o conde del Rabanal.

25 Porque si no Montesinos
montañés desea catar,
de Francia y con el de Guisa
tener estrecha amistad.

Que tanta hambre no sólo
30 cata a París la Ciudad,
sino a la Mesa Redonda,
do los doce comen pan.

Penetrar quiere aquel reino,
pues a la necesidad
35 debe cuanto lemosino
en Francia puede gastar.

Siguro de encontrar nones,
donde tantos pares hay,
si ya no es que en latín
40 son más francos que en vulgar.

No está España para pobres,
donde esconde cada cual
en el arca de Noé
lo que vais a demandar.

45 Las espaldas vuelven todos
al pedir con priesa tal,
que al que buscáis con un peto,
lo halláis con un espaldar.

Esto, pues, hará a Renjifo,
50 llevando más de a real
en las venas que en la bolsa,
seguir a su Majestad.

LII

DECIMAS SATIRICAS

A un poeta corcovado, que se valió de trabajos ajenos de varios ingenios

DE DON LUIS DE GONGORA

De las ya fiestas reales
sastre, y no poeta seas,
si a octavas, como a libreas,
introduces oficiales.
De ajenas plumas te vales,
corneja, ¿desmentirás,
lo que adelante y atrás
gémina concha te viste?
Galápago siempre fuiste
y galápago serás.

DE LOPE DE VEGA

¡Pedirme en tal relación
parecer! Cosa excusada,
porque a mí todo me agrada,
si no es don Juan de Alarcón.
Versos de tirela son,
y así no hay que hacer espantos,
si son centones o cantos;
que es también cosa crüel
ponelle la culpa a él
de lo que la tienen tantos.

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Yo ví la segunda parte
de don Miguel de Vanegas,
escritas por don Talegas
por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte,
y así no queda obligado
el señor Adelantado
por carta tan singular,
sino volverle a quitar
el dinero que le ha dado.

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

Ya de corcova en corneja
se ha vuelto el señor don Juan,
todos sus plumas le dan
para escribir su conseja.
Parió la monaza vieja
monstruos de octavas confusas
y el Duque no tiene excusas
de dar fiestas tan perfetas
al zambo de los poetas
y al sátiro de las musas.

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALBAN

La relación he leído
de don Juan Ruiz de Alarcón,
un hombre que de embrión
parece que no ha salido.
Varios padres ha tenido
este poema sudado,
mas nació tan mal formado
en postura, traza y modo,
que, en mi opinión, casi todo
parece del corcovado.

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA

La dama, que en los chapines
te esperaba en pie muy alta,
diga tu sobra o tu falta,
¡oh padre de matachines!
Porque por más que te empines,
camello enano con loba,
es de soplillo tu trova,
aunque son de Apolo hazañas
que todo un juego de cañas
te cupiese en la corcova.

DEL DOCTOR MIRA DE AMESCUA

Alarcón, Mendoza, Hurtado,
don Juan Ruiz, ya sabéis
que la mitad me debéis
del dinero que os han dado.

porque soy el que ha inventado
el componer de consuno.
No pienso daros ninguno,
si las leyes son iguales
esa cuenta no es muy diestra;
pues cada comedia vuestra
nos saliera a doce reales.

DEL PADRE FRAY GABRIEL TELLEZ

Don Cohombro de Alarcón,
un poeta entre dos platos,
cuyos versos los silbatos
temieron, y con razón,
escribió una Relación
de las fiestas, que sospecho,
que por no ser de provecho,
le han de poner entredicho,
porque es todo tan mal dicho
como el poeta mal hecho.

DE ALONSO SALAS BARBADILLO

El segundo Claramonte,
por llenar más presto el vaso,
no fué al monte del Parnaso
por agua, sino a Belmonte.
Ya en soberbia es Rodamonte,
porque en Belmonte le han dado
el estilo más rodado;
y pudiéralo excusar,
que él tiene para rodar
una bola en cada lado.

DE FRAY JUAN CENTENO

En el cascarón metido,
el señor bolamatriz
para un elogio infeliz
octavas ha repartido.
Y aunque han cortado y cosido,
siempre parece Alarcón
este elogio tolondrón,
pues es, cuando más le adoba,
cada verso una corcova,
y cada octava un chichón.

DE DON ALONSO DE CASTILLO Y SOLORZANO

El poema que a Alarcón
le ha costado tan barato
es parecido retrato
de su talle y perfección.
5 Belmonte y Pantaleón
son gibas del haz y envés,
Mescua y don Diego los pies
y él la cabeza, aunque fea,
y el dinero del de Cea:
10 el alma de todos es.

DE DON ALONSO PEREZ MARINO

Aquí se muestra un retablo
de figuras inauditas
de un baúl poeta escritas,
seminano o semidiablo.
5 Hay tanto del vil vocablo,
que Góngora en su memoria
nunca vió tal pepitoria;
y con ser cosas tan duras,
tantos le echaron ayudas
10 que cagó un mono la historia.

DE UN ARAGONES

Con los dineros de Cea
y los graznidos de Alcón
cantó don Juan de Alarcón
de Canas la cruel pelea.
5 Y fué catadura fea,
bien claro nos lo ha enseñado
tener, pues lo ha embolsado,
y al canto tan mal se aliña,
cual ave al fin de rapiña,
10 hasta el pico corcovado.

LIII

FABULA DE APOLO Y DAFNE

DE ALONSO DE SALAS BARBADILLO

Aquel dios, ciego y malsín,
preciado de ballestero,
causa de tantos achaques
y achaque de tantos necios,

5 dió un flechazo a don Apolo,
dios tan prudente y tan cuerdo,
que de cochero se sirve,
por no sufrir a un cochero.

Porque si aun siendo tan viles,
10 son los cocheros soberbios,
¿qué hicieran, si ellos pensaran
que hay un cochero en el cielo?

A la cabellera rubia
no tuvo el rapaz respeto,
15 que no habiendo entonces tantas,
fué notable atrevimiento.

Suspiros de fuego arroja,
y no es encarecimiento,
que antes lo fuera mayor
20 si los echara de hielo.

Suspira por doña Dafne,
doncellona de aquel tiempo,
muy preciada de ser virgen,
que no era el mundo tan necio.

25 Requebrarla quiso Apolo,
embozado y encubierto,
y él da lugar a la noche,
porque la hallen sus deseos.

Excusóse con ser virgen,
30 y Apolo dice risueño
que él es quien todos los años
está en Virgo un mes entero.

La virgen al fin rebelde
le mira con grande ceño,
35 que como es hija de un río
es fría con mucho extremo.

Apolo siente el mal trato,
mas menguado el sentimiento,
mesurado y boquirrubio,
40 se lamenta a lo discreto.

De las estrellas se queja,
y andaba muy majadero,
si él les da ración de luz
en no vengarse pudiendo.

45 Muy poco se parecía
a los señores que hoy vemos,
que aun a quien más bien les sirven,
pagan la ración a tercios.

¡Qué desdichado fué Apolo
50 en no amar en estos tiempos;
bajara en su coche al Prado
y en fe de él le hablaran luego!

Determínase a aforcalla,
y ella, que siente el intento,
55 corre más que él en un día,
da la vuelta al mundo entero.

Vásele por pies la dama,
y al cabo de largo trecho
la halló en árbol convertida,
60 dando más leña a su fuego.

En laurel se vuelve un árbol,
de más pompa que provecho,
alcázar de ruiseñores,
truhanes de los desiertos.

65 Para coronar poetas
escoge sus ramas Febo,
que de árbol que no da fruto
se coronan los ingenios.

Volvióse Apolo a su casa,
70 admirado del suceso
y puso cortinas negras
a su coche el dios flamenco.

Todos excusan a Dafne
con su propio nacimiento,
75 porque si es hija de un río,
será un peñasco su abuelo.

Refiere Ovidio esta historia,
aquel narigudo ingenio,
que siendo en sangre latino,
80 hubo nariz en hebreo.

LIV

EPITAFIO

A una descasada, que murió de cámaras

Aquí yace Mari Blas,
bien tocada y mal tocada,
por delante comenzada
y acabada por detrás.

LV

ENDECHAS LIRICAS

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

Pastores, que me abraso,
encanto hay en las selvas,
peligros en las flores,
venenos en las hierbas.

5 Cristales disimulan
engaños de sirenas,
efectos de mudanza,
lo firme de las peñas.

Cuanto se toca es fuego,
10 cuanto se escucha, quejas,
cuanto se ve, milagros,
cuanto se siente, penas.

Yo ví del sol los rayos
servir a dos estrellas,
15 al alba en dulce risa,
al sol en breve esfera.

Hermosa cazadora
tiranizó la tierra,
favoreciendo al campo
20 con pies de primavera.

De un arco defendida,
en un aljaba lleva
mil flechas para una alma,
y un alma por cada flecha.

25 Tenedla, al fin, zagales,
que trata su belleza
las fieras como hombres,
los hombres como fieras.

Escarmentad, como fieras,
30 siguiendo su violencia,
con voces, porque escuche,
con pasos, porque vuelva.

LVI

DECIMA

A una voz de una dama

La mano en el instrumento
primores del arte explica,
la voz, si al viento se aplica,
con lisonja aplaca el viento.
5 Una milagro es cada acento,
adonde la confianza
más de lo que espera alcanza;
y en tí no es mucho trofeo
que lo que excede al deseo
10 se aventaje a la esperanza.

LVII

ENDECHAS

DE DON LUIS DE GONGORA

Jueves era, jueves;
despertóme el alma
la inquietud confusa
de una triste causa.

5 Como enfermo hice,
¡nunca tal pensara!,
agasajo al día,
desprecio a la cama.

Troquéla en vestido,
10 y ví lo que llaman

risa del aurora,
por labios de grana.

Aunque amanecía
la luz embozada,
15 con hocico el cielo,
el sol con lagañas,

de arriba decían
voces unas pardas:
«Agua va, señores,
20 que las nubes vacian.»

Cuando Anica en corto
por mi calle baja,
huyendo el aviso,
flechando la aljaba.

25 Cubriendo el semblante
la linda rapaza,
lo lascivo enseña,
lo divino tapa.

A tiempo que aplica
30 su embozo a la cara,
por celajes mira,
por tronera mata.

Cuando airosa pisa,
parece que calza
35 chapín de granizo,
que cayendo falta.

Picante y menudo,
su paso imitaba
mucho a la pimienta,
40 algo a la mostaza.

Vístese a lo cielo,
tápase a lo falsa,
lo celoso ofrece,
lo amoroso guarda.

45 Con bizarro talle
ostenta gallarda
alma en las acciones,
azogue en el alma.

Yo la ví, señores,
50 yo ví que mostraba
nieve en sus muñecas
y su nieve, llamas.

No pensé que fuera
tan bella y honrada,

55 tan briosa y noble,
tan briosa y casta.

Con sólo un ceceo
intenté llamarla,
pues ví que mi afecto
60 bosquejó mis ansias.

Pero sus desdenes
mi engaño declaran
y al desdén entregan
tanta confianza.

65 Llaméla corrido,
no por enojarla,
lo que dice el vulgo
nombre de las Pascuas.

De vergüenza, dicen,
70 que vistió la cara,
aumentó rigores,
prometió venganzas.

Hallé, aunque jamás
75 verlo imaginaba,
hermoso el enojo,
discreta la rabia.

LVIII

REDONDILLA BURLESCA

Señora, no puedo más
todas las veces que os miro,
sino echar un gran suspiro
por delante y por detrás.

LIX

FABULA DE ADONIS

DE DON DIEGO DE FRIAS

Oh dulce amor de mi pluma,
tú, a quien dedico estas letras,
escucha de avena torpe
numerosas diferencias.

5 En estancia la más grata,
más la[s]civa, más amena,
que pisó humano zapato,
ni semidiosa chinela,

bailaban todos los sauces
10 con brazos de ramas tiernas,
de quien sonajas son hojas,
y tal vez son castañetas.

No pudiendo cabrïolas,
hacía el prado florestas,
15 al son de un pícaro arroyo
que tocaba unas tejuelas.

Cantaban los ruiseñores,
y no era la vez primera,
pues con ser prima la voz,
20 era rara la destreza.

Aquí se vió de las flores
la batalla, y tan incierta
la victoria, que se hallaba
en unas y otras hileras.

25 Fragante pólvora sorda
gastaban, haciendo guerra
contra moriscas retamas
católicas azucenas.

El siempre invicto clavel,
30 capitán de la floresta,
bañado en sangre olorosa
de su valor daba muestra.

El pecho abierto y sin sangre,
aunque cerca de tenerla,
35 daba la rosa a los aires
candidísimas banderas.

Tiraba de una parte
mosquetazos la mosqueta
y el junquillo desmayaba
40 las almas tirando flechas.

Entre tantas maravillas,
no era menor la proeza
el espirar sin morir,
alentando la contienda.

45 Al fin era un sitio, donde,
cuando el escorpión cercena
la rosa purpúrea el día,
se aloja la Primavera.

Ya los cuartagos celestes
50 la flamígera carrera
fogosos pasado habían
del reventón de la cuesta,

digo el filo meridiano,
cuando los cuatro babiecas
55 iban trazando zafiros
con doradas herramientas,

la madre del saetero,
Venus, deidad bandolera,
que en aras venera Chipre,
60 siendo el pedestal venera,

el fruto inmortal de un dios,
de aljofarada materia,
con su mayordomo Adonis
estaba justando cuentas.

65 Si quiero pintar a Venus,
la divinidad se afrenta
y en soberanos bosquejos
el humano pincel tiembla.

Mas para decir quién es
70 basta decir que es aquella
a cuyo pie dió la palma
de Troya la buena pieza.

Del rey Cinara era Adonis
hijo y nieto, porque cuentan
75 que tuvo allá con su hija
no sé qué yerro de cuenta.

Nacía el sol en su bozo,
con rebozo, porque apenas
del azafrán mostachil
80 se divisaban las hebras.

Nariz de partir membrillos
aguzada y aguileña,
ojos de matamujeres,
y por arcos, dos ballestas.

85 El capote a la española,
el jubón a la irlandesa,
el valón a la valona,
la valona a la francesa.

Aquí, pues, los dos estaban
90 en su trabada pendencia,
mejor dijera agonía,
aunque mejor es refriega.

Por búcaros de clavel
bebían los dos a medias
95 palabras, tan amorosas,
que se quebraban de tiernas.

Era de sus señorías
galán dosel una peña,
100 con goteras de agua dulce,
si muy las verdes cenefas.

Entre unos laureles, Marte
propias escuchaba afrentas,
galardón que, como sombra,
105 sigue al que sigue y acecha.

Mascándole las entrañas
de la envidia las culebras,
y del corazón los celos,
deshilachándole telas,

110 dijo: «¡Voto a Dios, picaño,
y a vos diosa cotorrera,
que me lo habéis de pagar
aunque me cueste mi hacienda!

»Poco tengo que perder
115 cuando Júpiter me prenda,
que en casa de esgrimidor
nunca se hallaron gabetas.

»Hará el tiro de su embargo
en unas espadas negras,
120 mas para hallar una blanca
se habrá de pelar las cejas.

»Metiéndome yo a cochino,
hoy le haré ver las estrellas,
sirviendo mi astroso labio
125 de astrolabio de esta ciencia.

»Y no como el de Erimanto,
a quien cascó la mollera
el que de leoninas pieles
usaba siempre escofietas.»

130 Estas razones celaba
entre dientes y entre muelas,
enjuagándose la boca
sañudamente con ellas,

cuando daba el dios cochero,
135 vuelto el carro en carabela,
velas, no al viento, a las aguas,
luz mayor que de mil velas.

A este tiempo dijo Venus:
«Quédate Adonis, que es fuerza
140 llegarme al cielo a guisar
de [don] Júpiter la cena.

»Que me dice, si no guiso,
que no come cosa buena,
y si en la cocina falto,
145 no se hace cosa a derechas.

»Con un galopín, si puedo,
yo te enviaré en una cesta
blanca morcilla de ambrosia,
rubio frasquillo de néctar.

150 »Con que no salgas a caza,
que temo que te suceda
en tu vida un entredicho
y en tu alma un anatema.»

Después de moquear un rato
155 y llorar a boca abie[r]ta,
y aquello de vida y alma
y mira cómo me dejas,

sentada en el carricoche,
de doce cuerdas de seda
160 tiraron seis palominos,
hollando invisibles sendas.

Mirábasela el salvaje
con toda la boca abierta,
hasta perderla de vista
165 entre murallas eternas.

Ya Martillo tenía un rayo,
ni de martas ni de felpas,
sino de cierta peluza
horrible, erizado y neg[r]a.

170 Por arcaduz de dos bocas,
lumbre emula, fuego alienta,
y tanto, que en propio incendio,
todas las barbas se quema.

Dos alfanges de marfil
175 asomaban las conteras,
no de la cinta pendientes
por abreviar la pendencia.

Echaba del pecho ronco,
ya como persona y fiera,
180 bufidos de tres en tres,
reniegos de treinta en treinta.

Helo, helo, que ya sale
de su corte, que fué cueva,
tremebundo don Berraco
185 de Espinola y de la Cerda.

Así como le vió el mozo,
ligero el venablo apresta
y acomete al dios marrano
más crinito que un cometa.

190 Ya le andaba a los alcances,
cuando Adonillo le espera
la brilladora cuchilla,
de quien las astillas vuelan.

Gime el dios de Leganés,
195 esparciendo con violencia,
entre espumosos granates,
chispas de su quinta esfera.

Qué bien espera el bellaco,
qué bien sale, qué bien entra;
200 y el garzón qué mal se porta,
digo, qué bien las aprieta.

Pues recelando el alcance,
apretó las calzaderas;
Adonis dijo: «Mamola».
205 ¡Nunca Adonis tal dijera!

Con el templado colmillo
la ingle le navajea.
Dióle tal hocicadura
que pasó de reverencia.

210 Quedóse el adonicida
satisfecho echando piernas,
y para hablar al muchacho,
así dijo en lengua puerca:

«Aguárdate, infeliz alma;
Atropos, ten la tijera,
215 mientras ostento a ese joven
con mi nombre mis proezas.

»Yo soy el areopagita,
reverenciado en Atenas,
y no me duermo en las pajas,
220 bien lo sabe quien me tienta.

»El dios de los mojicones,
el que inventó las bravezas,
las coces y puntillazos
y toda humana pendencia.

225 »Yo inventé sonoras pieles

y al bronce le puse lenguas,
el acero por mi industria
despunta y tiene agudeza.

»Yo soy Marte, y yo tu muerte
230 por la ingle y en la selva,
para que a un tiempo me pagues
por donde y adonde pecas.

»Morir puedes ya, y muriendo
gloriarte, pues que granjeas
235 más honra en que yo te mate
que morir con muchas deudas.»

Con esto se fué diciendo:
«Ya le he dicho que se muera»;
dando silencio a las aves,
240 moviendo a llanto las peñas.

El dolorido ay, ay, ay,
que inventó la mortal queja,
subió gateando elementos
de Venus hasta la celda.

245 «¡Ay Venus!, dijo ella misma,
nunca salieras tan cierta,
mi vida muere sin duda,
que el corazón me hace señas.»

No esperando a que sacasen
250 el coche de la cochera,
se echó de los cielos abajo,
alada el alma de penas.

Entró por el campo ameno
y entre otras flores y hierbas
255 salió al camino el rosal
a abrazarla y detenerla.

Y besándola las plantas
de pimiento y de manteca,
líquida grana le usurpa,
260 porque picando la besa.

Corrió, y hallando el amante
luchando en última arena,
se le heló la pajarilla
y se le añudó la lengua.

265 Desmayada, sobre el cuerpo
se arrojó, donde vertiera
entre coros eritreos
el alma, a no ser eterna.

Adonis, con el aliento

270 divino, sintió en las venas
barruntos de nueva vida,
asomos de nueva fuerza.

Y dijo en razones mancas,
como quien mal deletrea:
275 «Diosa mía, yo me fino;
si lo sientes, que lo sientas.

»Si me pierdes, yo me pierdo
y pierdo la mejor prenda,
y no eres tú, que ya es tiempo
280 en que se ha de hablar de veras.

»Por último codicilo
el cuerpo mando a la tierra,
y el alma te mando a tí,
¿pero qué has de hacer tú de ella?»

285 Viendo que es sola la muerte
remedio, tendió la pierna,
y luego, abriendo la boca
de un palmo, el alma le pesca.

Aquí levantó el chillido
290 Venus hasta las estrellas;
mas toda mujer chillona
poco siente y mucho muestra.

Después de mil bofetadas,
se mesó las rubias hebras
295 que dieron sol a la noche,
que dieron al sol afrenta.

Destemplados los albogues
y tamboriles sin cuerdas,
los sátiros concurrieron
300 y sátiros con endechas.

Las náyades y los faunos,
las dríadas y napeas,
con lágrimas de abolorio,
celebraron las exequias.

305 Recibió los paramales
la diosa caricompuesta.
«Ya no más hombres, decía,
no más húmida flaqueza.

»Yo hago voto de ser monja,
310 tomando a mi vida cuenta,
sin que me vea la cara
el sol en todas sus vueltas.»

Y aunque juró las estigias

y por las aguas leteas,
315 jura mala en piedra caiga,
quien la oyera no la crea.

En esto la cipria diosa
se subió en una banqueta,
y a fuer de coplista dijo:
320 «Caballeros, obra nueva.

»Para ser fieles testigos
de mi amor y mis finezas,
abrid tanto ojo a mis hechos
y a mis dichos tanta oreja.

325 »La más rara tropelía
y la mayor ligereza
veréis, que se ha visto, amigos,
en cualquiera banco y mesa.»

Y encaramando la vista
330 por toda la parentela,
el cuerpo despersonó
incorruptible madera.

«Es mi voluntad, les dijo,
que en flor la forma convierta
335 estas cenizas y sangre,
ellas leves y ella seca.

»No porque la vida es flor,
porque el céfiro la lleva,
mas porque como unas flores
340 mi querido Adonis era.

»Y porque también es justo,
que, pues, sucedió violenta
la muerte a nuestro floreo,
flor a la muerte suceda.

345 »No doy urna a las cenizas,
porque el cántaro se quiebra,
y porque bronces y jaspes
es locura lo que cuestan.

»Flor quiero, que del invierno
350 va detrás la primavera,
y si hoy muere marchita,
mañana renace fresca.»

Y luego al punto brotaron
flores purpúreas, tan bellas,
355 que se enriqueció la vista,
que se envaneció la selva.

De dioses los fué llamando

por sus nombres y excelencias
y todos al despedirse
360 hicieron bravas zalemas.

Y de la mano de un fauno
quedó en memoria perpetua,
en las hojas de un lampazo,
esta epitáfica letra:

365 «Flor es el que yace aquí
y la flor de la canela,
[que] anduvo a la flor del berro;
murió en flor; huésped, alerta.»

LX

SONETO

DE DON GASPAR SOTELO

A un clavel en la boca de una dama

Un clavel, de Lucinda enamorado,
en su boca se vió con dulce empleo,
claro está que quien logra tal deseo,
que ha de tener por gloria lo alcanzado.

5 Maravillas encierra lo mirado,
porque ufano el clavel en su trofeo
se alterna con los labios, por quien veo,
que afectos articula de animado.

Ambos truecan su acción correspondidos,
10 el clavel en Lucinda sus primores,
Lucinda en él su vivo ser revoca.

Y en tan propio trasunto están unidos,
que una abeja, cosaria de las flores,
por picar el clavel, picó la boca.

LXI

ROMANCE AMOROSO

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

En la mudanza de Gila
fué muy dichoso Pascual,
por estar muerto de amores
cuando le llegó a matar.

5 Su descuidada hermosura
puso en cuidado al zagal,
muchos siglos para amor,
pocas horas para amar.

Si las estrellas inclinan,
10 el sol debe de forzar,
y si con dos nació Gila,
¿quién vive con libertad?

Por espejo de sus niñas
incendios corre un raudal,
15 ufano arroyo del valle,
soberbio rayo del mar.

Cuando el ampo de sus manos
nieva en la frente el cristal,
perlas beben a dos albas,
20 jazmines de su abantal.

Repartir quiso el querer
y quebró con gran caudal,
que hacen dos pobres de un rico
tesoros de voluntad.

25 Tirana del albedrío
y fácil en varïar
es frenesí de los celos
y el desvarío Pascual.

Remedio pidió al olvido,
30 y al fin se vino a olvidar
de sí mismo y no de Gila,
que la quiere mucho más.

LXII

DECIMA

DE DON GASPAR SOTELO

A un desmayo

Flor con alma, la más fiel,
Lisi padeció un desmayo,
ya azucena, ya clavel,
haciendo diciembre al mayo;
5 pero en volviendo de aquel
desmayo o niebla mortal,
fué trasunto el más igual
de primavera y de sol,
y así venció su arrebol
10 la niebla casi inmortal.

LXIII

ROMANCE

DE VILLAYZAN

A un pensamiento

Atrevidos pensamientos,
ciegos surcáis el peligro,
fiando lo venturoso
no más que lo atrevido.
5 Si subís por levantarme
es imposible seguiros.
Mirad que se advierte tarde
lo osado en el precipicio.
Si conocéis mi fortuna,
10 ¿por qué os obstináis altivos,
pudiendo satisfaceros
con la parte de divinos?
Si a la deidad más tirana
os conducís sacrificio,
15 para acabar mal logrados
cuando fuistéis bien nacidos,

no aventuréis el perderos,
pues que nacistéis perdidos,
que sólo temo en mi daño
si me habéis de dejar vivo.

¿Qué importa no ser culpados?
El ser no más es delito,
y si delinquís naciendo,
viéndoos locos, ¿a qué aspiro?

Pluma os prestó el Amor,
y de sus cautelas fío,
que irá después de animaros
a [la] parte en el castigo.

Al fin, pensamientos vanos,
experimentado, os digo
que es imposible lograros
si dejáis de ser[lo] míos.

LXIV

SONETO

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE

A la rosa

Rompe la concha de esmeraldas finas
perla que extiende nácares tempranos,
vergüenza ya sus esplendores canos
de haberla hollado plantas aun divinas.

Espinas la rodean, que continas
son como sombra a sus colores vanos;
mas ¿qué importa la guarden, si tiranos
son sus contrarios, más que sus espinas?

Soplos de viento son su cruda espada,
rayos de Febo su mortal herida,
y mano descortés su Parca airada.

La que es más fénix, cae fenecida;
la que es más encendida, es abrasada;
y es cogida la que es más escogida.

LXV

REDONDILLAS

DE DON PEDRO CALDERON

A unos ojos

Más que el basilisco, Inés,
son tus ojos penetrantes,
pues el mata a quien ve antes,
tú a quien antes y después.

5 A los de león expertos,
imitan siempre dormidos,
pues se nos muestran dormidos
cuando viven más despiertos.

Tal vez con fervor más vivo,
10 castos y lascivos son,
que saben hacer unión
de lo casto y lo lascivo.

En blancos velos se encierra
de su esplendor el solaz;
15 ¿cómo publicando paz
dan al mundo tanta guerra?

Cuando más, con mirar franco,
ofrecen corona y palmas,
siendo blanco de las almas,
20 hacen de las almas blanco.

Debajo su casto velo
tienen de celo el color;
mas si son cielos de amor
bien muestran color de cielo.

25 Ladrones son en poblado
con rayos de fuego bellos;
¿a quién no han de robar ellos,
si al mismo cielo han robado?

Bien mi cansada esperanza
30 mira en su calor celoso,
que en golfo tan peligroso
peligrosa es la bonanza.

De sus luces el encanto
suele con llanto eclipsar,
35 que imitan para engañar
al cocodrilo en el llanto.

En fin, que son de tal suerte,
ya en alientos, ya en desmayos,
que en lo altivo de sus rayos
40 está la vida y la muerte.

LXVI

DECIMAS

DE DON JERONIMO CANCER

A unos ojos negros

Ojos, de cuyo esplendor
recibe el sol luz prestada,
negra Etiopia abrasada
de tanto luciente ardor.
5 Planetas de tal rigor
y de influjo tan severo,
que porque el estrago fiero
evite la presunción,
dais con una misma acción
10 la muerte con el agüero.

Y si por los que matáis
de negro luto os vestís,
no es que piadosos sentís
las muertes que rescatáis.
15 Que si cuando muerte dais
allá en vida se convierte,
viene a ser crueldad más fuerte
y acción más endurecida
traer luto por una vida
20 que ejecutar una muerte.

No imperfección, bizarría
es ese negro arrebol,
que estar sin sombras el sol
fuera más común el día.
25 Yo a decir me atrevería
(sea verdad o sea fineza)
que viéndoos naturaleza,
tan hermosos al formaros,
de envidias quiso borraros
30 y os dejó con más belleza.

Por tener aseguradas
de vuestro rigor las vidas,

por encubrir las heridas
matáis con negras espadas.
35 Crueldades tan apuradas,
bellísimos ojos graves,
ya yo os entregué las llaves
de afectos, tan amorosos,
o matadme rigurosos
40 o perdonadme süaves.

LXVII

ROMANCE

DE DON LUIS DE GONGORA

A una partida

Quedad sobre ese peñasco,
cual mi ninfa duro y sordo,
redes, que ya de esta playa
calastéis senos y golfos.

5 Quedad, porque en vos se queden
mis penas en vuestros corchos,
mis años en vuestros hilos,
mis glorias en vuestros plomos.

Sólo tú, barquilla mía,
10 firme, cual yo en medio el golfo,
al fiero orgullo del mar
y del viento al fiero soplo,

no te quedes; y pues fuiste
en aquel tiempo dichoso
15 cuna de mis pensamientos,
ven a ser tumba de todos.

Ven, pues, pobre batelejo
al vïaje peligroso,
de quien será el norte Leda,
20 y el amor será el piloto.

Ven a romper nuevos mares,
y de camino no sólo
verás si hay otra más fiera
o si hay más humilde otro.

25 Y cuando fuerza del tiempo,
blandas quejas, tierno lloro,

muda lengua vez alguna,
desatada en dulces modos,

pudiera labrar en ella
30 lo que en mí la punta de oro,
sin excusa me condena
larga ausencia a vivir corto.

Ven, no me dejes ahora,
que si te lastimo un poco,
35 dejas este undoso seno,
como a mí este seno undoso.

Presto, según imagino,
contraria fuerza del Noto
nos volverá a estas arenas,
40 a mí anegado, a tí roto.

¡Ay destierro mortal,
mortal partida!
Antes que parta el pie,
parta la vida.

LXVIII

MEMORIAL

UNA DAMA AL DUQUE DE LERMA, AL SUBIR EN LA CARROZA REAL QUE HIZO DE REPENTE UN ESTUDIANTE PARA QUE SE LO DIESE

Doña Juana de Bolanes,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos
y todos tres capitanes,

5 bebe puro y come asado
por hacer más penitencia,
suplica a V. Excelencia
la absuelva de este pecado.

LXIX

REDONDILLAS

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

A un tuerto

El yerro tengo por cierto,
aun esforzando acertar,
pues el mejor apuntar
ha de ser al blanco tuerto.

5 Y el acierto no es de enojo,
pues a puntería incierta
estaba el quedar por puerta
el acertar el otro ojo.

Si son los adagios ley
10 sin dádivas, fuerza o ruegos,
en la tierra de los ciegos
venís por tuerto a ser rey.

Y porque solo no viva
uno con tanto trabajo,
15 haced que el ojo de abajo
os lo acomoden arriba.

Libre viviréis de riña,
que será mucha ventura,
pues no hará travesura
20 ojo que no tiene niña.

Y si el ojo nó perdiera
su propiedad natural,
lloraría, por cristal,
panal de amarilla cera.

25 En fin, si el ojo perdido
acaso a casa volviere,
pondráse donde pudiere,
pues el sitio han proveído.

LXX

ROMANCE LIRICO

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

Compitiendo con las selvas,
donde las flores madrugan,
los pájaros en el viento
forman abriles de pluma.

De una serrana engañados
por Aurora la saludan,
mas viendo sus ojos bellos
quedan vanos de su culpa.

Que Amarilis es más bella
aun los cielos no lo dudan,
pues para deidades grandes
sola victoria no es mucha.

De cuantos sin dicha nacen,
aunque no la esperen nunca,
con el acierto de amarla,
nadie muere sin ventura.

En orejas, que a lo hermoso
hacen perfección segunda,
no es sorda la que no oye,
sino aquella que no escucha.

Cielos, fieras, aves, hombres,
todo lo alegra y no alumbra,
solamente mi esperanza
en su presencia está oscura.

No cumplir obligaciones,
delito en amor se juzga,
que lo ingrato en la belleza
nunca ha menester disculpa.

LXXI

QUINTILLA

DE DON JUAN FERNANDEZ

Tanta de corcova atrás
y adelante, Alarcón, tienes,
que saber es por demás
de dónde te corcovienes,
5 o donde te corcovás.

LXXII

DIDO Y ENEAS

DE SALAS BARBADILLO

El fugitivo troyano,
hijo de la gran ramera,
la primera que en el mundo
contrató con la belleza;
5 la que hizo juros los rostros
y que una tez blanca y tersa
se vendiese, sino a varas,
a buen ojo en mala venta;
Eneas, digo, el buen hijo,
10 que tomó a su padre a cuestas,
agradecido a [los] dioses,
por ver a su mujer muerta;
sacó a su padre del fuego,
y si él se lo pidiera,
15 se lo volviera a entregar
porque a su mujer le quema.
Con su hijo el caro Ascanio
a los vientos se encomienda:
una acción bien excusada,
20 pues a tal gente se entrega.
Luego, después de embarcado,
riñeron una pendencia
los vientos espadachines,
duendes de la mar y tierra.

25 El vino que el tabernero
tiene guardado en sus cueras,
nunca murió más aguado
que él allí morir espera.

Socorrióle al fin su madre,
30 a quien el mar reverencia,
por ser hija de su espuma,
con que viene a ser su nieta.

Llegó a Cartago, ciudad
que entre pañales se muestra;
35 niña que verse gigante
espera entre las estrellas.

Llena de cal y de yeso,
toda es cal [y] toda es tierra,
polvo que le mata el vino
40 en los peones que reman.

Hace Dido que la obra
vaya caminando apriesa,
porque siempre las mujeres
apresuran lo que intentan.

45 Eneas, puesto a sus pies
(que es grande gitano Eneas),
entre pullas y lisonjas
le dice de esta manera:

«Ampara, reina, un troyano,
50 que tiene tan mala estrella,
que el fuego le echó en el agua
y el agua le echó en la tierra.

»Ningún elemento quiere
darle en sí casa perpetua,
55 pues, cual si fuere pelota,
con él se burlan y juegan.»

Casa de posadas pide
a la castísima reina,
con que la vino a tratar
60 peor que a una mesonera.

Mas ella, que era bonaza,
entre grave y halagüeña,
agrados mostró en los ojos
y en la boca mintió perlas.

65 Que como suelen mentir
las damas siempre con ella,
hasta los dientes de hueso
quieren que perlas parezcan.

No tienen ellas la culpa,
70 sino la mala conciencia
de lisonjeros manates
y desalmados poetas.

Al fin la reina [le] dijo:
«Esta ciudad será vuestra,
75 tendréis mi mesa y mi casa.»
Mucho dijo y más le queda.

Fuéronse una tarde a caza,
y entrándose en una cueva,
haciendo tálamo el suelo,
80 celebran bodas violentas.

Ceñudo estuvo Himeneo,
con la cara rostrituerta,
que el no bailar en la boda
fué presagio de tragedia.

85 Pues dando culpa a los hados,
gente de quien no se apela,
el troyano al mar se vuelve,
que le vence en la fiereza.

Cuando Dido supo el caso,
90 llora y suspira, que intenta
crecer con su llanto el mar
y dar al viento más fuerza.

Dió gritos desesperada
y matóse con violencia:
95 lo que habló fué como loca,
lo que obró fué como necia.

A fé que no se matara
a tener por consejera
una dueña de estos tiempos,
100 que repiten para eternas.

Los suyos le levantaron
un gran sepulcro de piedra,
que como andaba la obra
hubo bastante materia.

105 No pusieron epitafio,
porque es grande impertinencia
hablar con los pasajeros,
que es gente que va de priesa.

LXXIII

SONETO

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

A un olmo caída la hoja

Olmo fuí ayer, ¡oh hipérbole florido!,
a la pomposa luz de un fértil prado,
y hoy de lo que ayer fuí, casi olvidado,
báculo soy del tiempo encanecido.

De los soplos del Euro combatido
mi esplendor a mis pies hallo eclipsado,
que aun no me lo ausentó infame cuidado,
porque no me llevase un dulce olvido.

Lengua del aire fué mi verdor mudo,
siempre del aire fuí apacible enredo,
y hoy por él de mi pompa me desnudo.

De quien más me trató quejarme puedo;
mas hay quien mejor que él matarme pudo:
aire fué mi vivir, aire me quedo.

LXXIV

ENDECHAS

DE DON LUIS DE GONGORA

Junto a una fuente clara
lloraba Galatea,
de sus divinos ojos
por lágrimas estrellas.

Cristal y luces llora,
y en el cristal que aumenta,
agua y luces agravian,
plata y rayos pelean.

De ausente pastorcillo,
que ingrato dueño deja
desperdiciar al aire
imperio de oro en trenzas;

el más hermoso agravio
que vió la primavera,

15 rojo desdén del día,
del alba blanca afrenta.

Ayer bajó embozada
al baile de su aldea,
avara con los cielos
20 y con abril soberbia.

Que resistir entonces
Amor ni el sol pudieran,
a tanta nieve en rayos,
tanto cristal en flechas.

25 Ambar cernió su cofia,
su boca llovió perlas,
y vinculó esmeraldas
su breve pie a las hierbas.

«¡Qué dulcemente muero!
30 ¡Qué vanamente esperan
los pensamientos míos
piedad de tal belleza!»

Esto cantaba Lauro
a la beldad más nueva
35 que formó de suspiros
los ecos y las selvas.

LXXV

DECIMAS

DE DON GARCIA DE PORRAS

Al jardín de Lisis

Si miras la amenidad,
admírala, oh caminante,
Chipre por su olor galante,
cuando no por su deidad.
5 De Lisis es la beldad
quien da a las flores honor,
y si las diera el Amor
a más que mata de amores,
más que el jardín tiene flores,
10 tuviera almas cada flor.

Si el invierno el campo asalta,
vida nueva en su pie cobra,
que a la primavera sobra

adonde su pie no falta.
15 El es quien mejor lo esmalta
y sus dedos son pinceles,
que de esmeralda en papeles
dan por golpes carmesíes
claveles, que son rubíes,
20 con fragancia de claveles.

Es tan dulcemente hermosa,
que si llega a ser mirada,
otra beldad envidiada
queda de verla envidiosa.
25 Su color mira la rosa
en sus mejillas vencido;
si al ver el labio encendido
quiere competir con él,
desvanecido el clavel,
30 queda en él desvanecido.

El Prado, cuyos verdores
exención es del invierno,
muestran el verano eterno
en sus perpetuas colores.
35 Flor[es] tiene entre sus flores,
que cuando más se asegura,
por reina de la verdura,
no confiese si la lee
obediencias a su pie,
40 ventajas a su hermosura.

Este arroyo que le debe
a ese monte su caudal,
que aumentos a su cristal
da con socorros de nieve,
45 por verla sus aguas mueve,
ligeramente impedidas,
donde por verse vencidas
en cristales más lucientes,
si a verla llegan corrientes,
50 salen de verla corridas.

Cuando su acierto examina
y hiere con flecha al viento,
de verse herido contento
silba entre gloria divina.
55 Y si el tronco a do la inclina
feliz llegó a merecella,
siendo de su mano bella,
ser quisiera al recibilla

hombre el tronco, por sentilla,
60 tronco el hombre, por tenella.

Si en él pintarte entretiene,
a mí no me satisface,
que digo efectos que hace
y no beldades que tiene.
65 Ella, oh caminante, viene
a dar con ojos serenos
vida a estos campos amenos:
si la vieres, vuelve atrás,
porque si buscares más,
70 hallarás que todo es menos.

LXXVI

SATIRA

DE DON LUIS DE GONGORA

Atención, por vida mía,
peligrosos noveleros,
pagadme de estas verdades
los portes en el silencio.

5 Del Nuevo Mundo os diré
las nuevas que me escribieron
con las zabras que [a]llegaron
cuatro amigos chichimecos.

Dicen que es allá la tierra
10 lo que por acá el suelo,
muy abundante de minas,
porque lo es de conejos.

Que andaban los naturales
desnudos por los desiertos;
15 pero que ya andan vestidos
y sólo el vino anda en cueros.

Que comían carne cruda,
pero que ya en este tiempo
la cuecen y la asan todos,
20 sino solo el mujeriego.

Que no hay honras en ayunas;
mas que hay monas en bebiendo,
y que hay micos que dicen:
«Béseme aquí desde lejos.»

25 Que hay unos fieros leones,
digo fieros en sus fieros,
que son leones de piedra
en palabras y en los hechos.

Que hay unos tigres que dan,
30 con garras de vara y menos,
un bofetón a una bolsa,
que escupe las muelas luego.

Que hay unos gamos livianos
y unos bien casados ciervos,
35 según picos de bonete,
y garzotas de sombreros.

Que hay unas gatas que logran
lo mejor de sus eneros,
con gatos de refitorio
40 y con gatos de dinero.

Que quedan aun fieras onzas
de bellísimos pellejos,
fieras en el pedir mucho,
onzas en el poco seso.

45 Que se crían en las casas
unos tan ingratos cuervos,
que no está seguro el ojo
del que más mira por ellos.

Que hay unos antes fingidos,
50 aunque animales sin cuello,
de tan cortadoras garras
que dividen el cabello.

Que andan unos avestruces
que saben digerir yerros
55 de hijas y de mujeres:
¡oh qué estómagos tan buenos!

Que hay unas hermosas grullas
que darán por vos el sueño
si las ocupáis las manos
60 con un diamante de precio.

Que hay unas vides que abrazan
unos ricos olmos gruesos,
porque sustenten sus ramas
sus codiciosos sarmientos.

65 Que hay unas cigüeñas pardas,
que anidan entre sus yerros,
largas por eso de pico
y de honra en torres de viento.

Que hay también unas picazas,
70 vestidas de blanco y negro,
cuya música es palabras,
y cuyo manjar es necio.

Que hay en aquellas dehesas
un toro... Más luego vuelvo,
75 y quédese mi palabra
hasta mañana en empeño.

LXXVII

SONETO

DE DON LUIS DE GONGORA

A las obras de Lope de Vega

Aquí del conde Claros, dijo, y luego
se agregaron a Lope los secuaces,
con la estrella de Venus los rapaces
y con mil soliloquios sólo un ciego.

5 Con la epopeya un lanudazo lego,
con la *Arcadia* dos dueñas incapaces,
tres monjas con la *Angélica* locuaces,
y con el *Peregrino* un Fray Borrego.

Con el *Isidro* un cura de una aldea,
10 con los *Pastores de Belén* Burguillo,
y con la *Filomena* un idïota.

Vinorre, Tifis de la *Dragontea*,
candil, farol de la estampada flota,
que aquella gente sigue ese caudillo.

LXXVIII

DECIMA

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

Probando ser mejor desgraciado discreto que necio virtuoso

Si el necio, aunque afortunado,
el bien no llega a lograr,
porque no sabe estimar
la suerte de que ha gozado.
5 Si el discreto desgraciado,
aun habiéndole perdido,
conocerle ha merecido
ese gozo; mas del bien
que pudo lograrle quien,
10 ese bien no ha conocido.

LXXIX

DEL MISMO

Prueba lo contrario

Una perpetua esperanza
toca en desesperación,
ver lograda una afición,
nadie duda ser bonanza.
5 El desgraciado no alcanza,
luego viene a ser forzoso,
que es más para deseado,
y consigue el que es dichoso,
que discreto desgraciado,
10 el que es necio venturoso.

LXXX

EL MISMO

Prueba contra lo uno y lo otro

El que no llega a saber
el bien no llega a estimar,
estimar y no lograr
del todo es el bien perder.
5 Saber, y no merecer,
¿para qué le ha aprovechado?
No saber y haber gozado,
¿qué gusto se le ha seguido?
Ni elijo ser entendido,
10 ni escojo ser estimado.

LXXXI

REDONDILLAS

DE DON BALTASAR DEL ALCAZAR

A una grande nariz

Tu nariz, hermana Clara,
ya vemos visiblemente
que parte desde la frente,
no hay quien sepa dónde para.
5 Mas puesto que no haya quién,
por derivación se saca,
que una cosa tan bellaca,
no puede parar en bien.

LXXXII

ROMANCE LIRICO

DE DON LUIS DE GONGORA

A un cuidado

Rabioso y mortal cuidado,
mejor dijera inmortal,
pues te mueres cada día
y no te mueres jamás,
5 qué de veces que te he visto
casi a punto de expirar
a manos de un desengaño
y a fuerzas de una verdad.
No sé el tiempo que te aplica
10 remedio tan eficaz,
que sanas y convaleces;
así tú te acabes ya.
En el campo me salteas
15 mi pasatiempo y solaz,
y mis entretenimientos
me hurtas en la ciudad.
El breve sueño me rompes,
fingiendo por me engañar
20 falsedades de imposibles,
posibles de falsedad.
Lágrimas son y sospechas
los alimentos que das,
no menos triste bebida
25 que peligroso manjar.
¿Por qué lastimas mis hados
con el azote mortal
que de fieras ponzoñosas
te dió la furia infernal?
30 Siente el alma cada vez
que la hiera sin piedad
el diente del escorpión,
la cola del alacrán.
Bocados más que crueles
35 que en la memoria me dan,
engaños que no me dejan,
desengaños que se van.

¡Oh cuidado!, que de envidia
tienes casi la mitad,
40 mucha parte de temor
y de celos mucha más;

pues la envidia te conoce
en el torcido mirar,
el temor en la inquitud,
45 los celos en la crueldad,

no te finjas bien nacido,
ni te vendas por leal,
que no harás de la razón
lo que de la libertad.

50 Baste, mortal cuidado,
que muera en hielo ardiendo, en fuego helado.

LXXXIII

ROMANCE

DE LUIS VELEZ

A un hombre muy flaco

«Dígasme, tú, el esqueleto,
que haces la vida estatua,
hombre que al hambre pareces,
¿a dónde te cabe el alma?

5 El que de estoque de hueso
a linfarreta se pasa,
¿a dónde tiene las tripas,
quien nunca tuvo quijadas?

El que es caballete en pena,
10 el que es pespunte de tabas,
longaniza de sepulcros
y jeringa de fantasmas;

el que es tu mismo cuerpo,
sombra de capa y espada,
15 sobre su conciencia vivo,
muerto sobre su palabra;

el que fué dardo y virote
en la pérdida de España,
que hace de lo que bebe,
20 ¿dónde esconde lo que masca?»

Levantóse la estantigua,
que de un capullo de bragas
era gusano de tumba
que parce miquis hilaba,
25 y enhebrando por las venas
en una aguja la habla,
con gárgaras de finado
dió tal respuesta, escuchadla:

«Asador soy de mí mismo,
30 con tan poca carne humana,
que traer puedo entre muelas
la pulga más ermitaña.

»Tan en ayunas los huesos
están de toda vianda,
35 que soy vigilia perpetua
del sabañón y la sarna.

»Tan buído soy de mío,
que cuando salgo de casa
por notomia de esgrima
40 la zapatilla me zampan.

»Zancarrón fuí de Mahoma
más de catorce semanas,
y por flaco en demasía
me juraron de almarada.

45 »Azote soy de cochero
para servir a las damas,
y hombre al fin de pergamino,
que con goma me embalsaman.

»Porque el viento no me lleve
50 cuando se mueve, me amarran:
ten, caminante, el resuello
que darás conmigo en Jauja.»

LXXXIV

LETRILLA AMOROSA

DE DON LUIS DE GONGORA

Paloma era mi querida,
y sí que era palomilla.

Sus alas le dió el amor,
y al sol águila con él,
5 caudalosamente fiel,

le registró su esplendor,
reconcentrando su amor
en los soles de sus ojos:
¿qué mucho que por despojos
10 rayos su vista despida?
Paloma era, etc.

Desconfiada de ti,
oponerse no se atreve
al tierno pecho la nieve
al dulce pico el rubí;
15 feliz esposo que allí
le concede su afición,
que en néctar el corazón
del cebo le sea bebida.
Paloma era, etc.

Cuando se ausentó su esposo
20 de su nido y de su lecho,
fué rasgando el blanco pecho
su pelícano amoroso;
ella negaba el reposo
por su ausencia querellosa;
25 sólo en lágrimas reposa,
sólo en suspiros anida.
Paloma era, etc.

El dulce arrullo y gorgeo,
cuando más la regalaba,
cuando su pico le daba
30 echa menos su deseo.
De esta memoria trofeo
la tiene en su confianza,
y triunfando en la esperanza,
lo que es suerte trueca en vida.
35 *Paloma era mi querida,*
y sí que era palomilla.

LXXXV

ROMANCE AMOROSO

DE DON ANTONIO DE MENDOZA

La gala de la hermosura,
la serrana que en el valle
aun no ha dejado a las fiestas
el socorro del donaire;

5 la envidia de los pastores,
la gala de los zagales,
pena común del ejido
que no le tiene de nadie.

Rendida la Primavera
10 a sus excelencias sale,
porque no mientan las flores
libres que nacieron antes.

De su honestidad vestida,
hace su recato grave
15 al que la mira pastora
que la considere un ángel.

Lo airoso de su cabello
entre ébano y oro parten
verdes flores de su gusto,
20 sin dar esperanza a nadie.

No hallará el cristal más puro
quien a su frente le iguale,
ni el diamante más crecido
tuvo soberbia más grande.

25 Con los arcos de sus cejas
menos pueden ajustarse
los bellos arcos del cielo,
que todos son cosas de aire.

No espere lisonja el sol
30 con sus ojos celestiales,
porque el sol muere y en ellos
siempre vive y siempre nace.

Para labios y mejillas
claveles y rosas nacen
35 en la tierra y no han podido
nunca al cielo levantarse.

No ha merecido la Aurora
que a su boca se lo llamen,
ni temen sus blancos dientes
40 que las perlas los agravien.

La nieve que a su garganta
no ha hallado quien la compare,
desesperada se aflije
y corrida se deshace.

45 Mucho tiene que sentir
en sus manos admirables
de su perfección la envidia,
nada que añadir el arte.

En su cuerpo hermoso miran,
50 atónitos los zagales,
una duda de mujer,
muchas perfecciones de ángel.

De su airoso movimiento
prodigios eternos nacen,
55 a muchos dejan sin vida
y con libertad a nadie.

Esta deidad celestial,
gloria de sí misma nace
al mundo que la venera,
60 a los cielos que la guarden.

De Amarilis son las señas,
del ejido son los males,
los desengaños de todos
y los saberes de nadie.

LXXXVI

ENIGMA

DE DON FRANCISCO LA TORRE

Déme el discreto razón
de una cosa ya entendida,
porque ella es su explicación
y meditada y leída
5 está dentro el corazón.

Es capricho, es aire, es nada,
y es, sin dejar lo propuesto,
la cosa más bien fundada
y en la enigma que he compuesto
10 dos veces está nombrada.

LXXXVII

ROMANCE

DE DON LUIS DE GONGORA

A Policena

Enternecido el sepulcro,
piadoso el difunto Aquiles
disculpa aun no satisfecho
la perfección infelice.

5 Fiel escuadrón le corona,
lisonja armada le ciñe,
prevenida al sacrificio
de una ya difunta virgen.

Al tálamo del silencio,
10 a la boda, en cuyos fines
víctima será la esposa,
llega Policena humilde.

Bella disimula horrores,
riesgos hospeda invencibles,
15 ni en el color hay sospecha
ni en las estrellas eclipse.

La fiereza de la hueste,
olvidada de su origen,
prueba a engañarle, pensando
20 que reserva lo que oprime.

Piedad la examina en todos,
pero en sí no la permite,
muertes continuo sin ella
su costumbre la prohibe.

25 Ya el cendal cubre los ojos
y para que no fulminen
oscura insignia del hado
regiones del sol compiten.

Añuda ministro infame
30 crespos incendios sutiles,
de cuyas hebras el cielo
horizonte fué no libre.

Herido el cuello inocente,
purpúreos ejemplos rinde,
de que siempre la belleza
35 con los peligros se mide.

Aquiles, que osadamente
siguió las troyanas lides,
armado de un jaspe teme
acero que un brazo esgrime.

40 Amor, que aun en fuego ajeno
entre cenizas asiste,
hizo que en mortal hoguera
se abrase, mas no se olvide.

Afectuoso el cadáver
45 en su acción se contradice,
y con señas lastimosas
o lo defiende o lo finge.

Lágrimas son de la piedra
cuanto inundan los rubíes,
50 y arbitrio del sentimiento
que lloró lo que recibe.

Estatuas que ardiendo Troya
se admiraron imposibles,
crepúsculos de la llama,
55 hoy al llanto no resisten.

Sólo Pirro en su venganza
procura que se eternice,
que agradará al poderoso
cuando en sangre se averigüe.

LXXXVIII

JACARA

Cuenta la vida desastrada de un hombre

El pintor de cuchilladas
en lienzos de caras rotas,
el que todas sus hazañas
las dibujaba a la sombra;

5 el que si encuentra alguaciles,
sastres que de todas ropas
visten la cárcel sus varas
como tijeras le cortan;

y aunque en lo robusto, tronco,
10 en las justicieras horas,
como la hoja en el árbol
suele en él temblar la hoja;

aquel que se disciplina
blandiendo con acción pronta
15 en la mano las espinas
y en las espaldas la rosa;

el que tal vez penitente
por la calle, ¡oh vanagloria!,
arrastraba las cadenas,
20 porque lo que arrastra honra;

el que trataba muy falso,
con intención cavilosa,
en las casas los maridos
y en la cárcel las esposas;

25 el que de noche y de día
sin ser fraile, ni ser monja,
para cosas de su oficio,
iba buscando las horas;

el que de su mala vida,
30 en acciones peligrosas,
en su mano tuvo el hilo
y en su garganta la soga;

el que a todos los galanes
supo saltear las mozas,
35 el segundo de las mismas
y el tercero de las propias.

A éste, pues, hallado un día
perdido por ciertas cosas,
por hallado le festejan,
40 por perdido le pregonan.

Y el verdugo cortesano
al niño con ceremonia,
como criado le sigue,
como maestro le azota.

45 Jurando que si otra vez
a errar sus lecciones torna,
serán sus apuntadoras
las columnas de la horca.

Y deletreando saliva
50 le hará que tropiece y corra
con el Christus en la mano
y con Jesús en la boca.

Y sobre el pendiente cuello
antes que el hilo se rompa,
55 le dará dos pies mañana,
si le da una mano ahora.

El iba medio desnudo,
¡oh curiosidad ociosa,
que le sacudan el polvo
60 cuando está limpio de ropa!

A su espalda, la cuchara
del azote que le arrojan
en sudor caliente y rojo
la puso como una sopa.

65 Quedabánsele los golpes
sin derramarse una gota;
yo sé que de aqueste caldo
pondrá el verdugo su olla.

Hecho un caballo parece
70 con los lazos que le adornan,
el burrico y dos azahares,
sobre un caballo una sota.

Pagó su vida y su vuelta
pasó, porque en esta corta
75 vida, como los contentos,
son las penas transitorias.

LXXXIX

FABULA DE JUPITER Y EUROPA

Dedicada a Don Antonio de Altamira, Capellán de Su Majestad, en la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar

POR JUSEPE ZAPORTA

EN DECIMAS

Oh tú, que Mecenas mío
tanto ha que ser deseas;
tú, que heredaste de Eneas
las decisorias de Pío;
5 tú, cuya estudiosa Clío
de ser única blasona;
tú, al fin, a quien la corona
el dios del Pindo previene
por gloria de la Hipocrene,
10 por honor de la Helicona,

oye a Europa que, oprimiendo
la cerviz de un dios, navega;
oye a Júpiter que llega

golfos de cristal midiendo;
15 a Creta oye, que habiendo
parado, según la historia,
porque del amor la gloria
no se frustrase al abrigo
de un árbol; pero esto, amigo,
20 baste por dedicatoria.

Fábula de Júpiter y Europa

Nació Europa, ninfa bella,
heredera de Agenor,
del cielo radiante flor,
del prado purpúrea estrella.
25 De las Gracias corrió en ella
el terno tan viento en popa,
que vistiendo tiria ropa
de fenicia majestad,
sino sol, era deidad
30 entre las ninfas, Europa.

Azul sandalia guarnece
de nieve hermosura tanta,
que si una flor su planta
maltrata, muchas florece:
35 ¡qué primores no le ofrece
a la selva en lo florido!
Que a su blancura ha servido,
más que por cándidas venas,
a Chipre las azucenas,
40 y los jazmines a Gnido.

Fué ocasionando desmayos
al sol, envidioso dellos,
el menor de sus cabellos,
esfera de muchos rayos;
45 en sus mejillas los mayos
estudiaron más hermosas
primaveras, y en lustrosas
selvas de humanos jardines,
celebraron los jazmines
50 maridaje con las rosas.

En un clavel, copia tanta
de perfecciones ostenta,
que aromas vierte, si alienta,
que aves suspende, si canta:
55 cuanto Potosí de cuanta

riqueza hermoso se admira,
logrando, si ámbar espira
su aliento en distrito breve,
una admiración que mueve
60 y un movimiento que admira.

Al usurparle despojos
al amor en dulces riñas,
¿quién vió más traviesas niñas,
miró más traviesos ojos?
65 No se atrevieron enojos
a sus constantes deseos,
que se calzó a los empleos
del amor más singulares
su ingratitud de talares,
70 su desdén de caduceos.

Si dió su mano a la breve
urna de algún arroyuelo,
donde en campaña de hielo
hubo lid de nieve a nieve,
75 ninguno a juzgar se atreve
en tan dudosa porfía,
como cada cual quería
vender la que le igualaba,
si la líquida paraba,
80 o si la humana corría.

De sus damas al cortejo,
obediente una mañana,
que con listas de oro y grana
se arrebolaba al espejo
85 del mar y el sol, y el reflejo
de lucimientos iguales
en los etéreos viales,
desperdiciando arreboles,
eran para muchos soles
90 vidrïeras los cristales,

salió Europa, no tan bella
su altivo esplendor dispone
la que cuando el sol se pone
nace luz y vive estrella;
95 pues aprendieron en ella
aliño cuantos primores
admiró en ciprios honores,
cuando a su hermosa alquería
muerta de amores venía
100 la diosa de los amores.

Los arroyuelos, que graves

discos de Amaltea bañan
y dulcemente acompañan
lo sonoro de las aves,
105 las esferas, que süaves
merecieron su esplendor,
mirando al primer albor,
Aurora tan bien prendida,
la dieron la bienvenida
110 perla a perla y flor y flor.

Iove, que a la ninfa hermosa
tan rendidamente ama,
que a los giros de su llama
se habilita mariposa,
115 viendo ocasión tan dichosa
a la voluntad dispuesta,
ya de sus rayos depuesta
la olímpica majestad,
en la amena soledad
120 para la facción se apresta.

Pero mirando amoroso
pelear en campo abierto
con un desvío muy cierto
un agravio muy dudoso,
125 de no dejar deseoso
sin premio su firme amor,
hizo mentirse pastor
a Mercurio y con engaños
pastorear los rebaños
130 en el redil de Agenor.

Mercurio luego, obediente,
desciende al prado y mentido
pastor, rústico vestido,
hace que su ardid aliente
135 el ganado al floreciente
sitio, donde Europa
guía, que al abril dejaba
envidioso en la porfía,
de claveles que tejía,
140 de rosas que enmarañaba.

Mirando al fin al decoro
de su honor, que altivo informa
tanta belleza, la forma
toma Júpiter de un toro.
145 El que gozó en lluvias de oro
la hija del rey Argivos,
hoy, por hados tan esquivos,

Amor, que llores conciertas
mil esperanzas que muertas
150 son [ya] sentimientos vivos.

Júpiter, ya disfrazada
la deidad, al puesto llega,
donde la ninfa navega
golfos de abril descuidada;
155 la piel de nieve rizada
y los pelos uno a uno,
con orden bien oportuno,
apreciando sutileza,
ostentaban más belleza
160 que ojos el pavón de Juno.

Míralo la ninfa y cuantas
cortejaron sus desdenes
sin haber visto a Hipomenes
fueron bellas Atalantas;
165 sólo de Europa a las plantas,
rémora impone el temor,
y del juvenil ardor
la actividad profanada,
cayó medio desmayada
170 en un transportín de flor.

El toro, deidad que atiende
la cimera de su mayo
y de aquel medio desmayo
los peligros comprehende,
175 aunque en el fuego se enciende
del amor por quien suspira,
como tan aojada mira
beldad que muda se queja,
enamorado se aleja,
180 pesaroso se retira.

Europa en tan grande empeño
de asombros mal corregidos,
calmó el mar de sus sentidos
la borrasca con un sueño,
185 y como dormida, dueño
de sus acciones no era,
que la roba en una fiera
sueña, disfrazado un dios,
la espada por popa y dos
190 medias lunas por venera.

A este punto, enamorado
vuelve el dios, y ella despierta,
aquel su asombro no acierta

si es verdadero o soñado;
195 levántase y al nevado
pellico le arroja flores,
y él estimando favores
de tan floridos adornos,
parece que, haciendo tornos,
200 a su luz le dice amores.

Sobre la bruta esmeralda
se declina luego, y ella,
que de una y otra bella
flor tejía una guirnalda,
205 en toro ocupa una espalda
de un dios, que gozar desea
su hermosura, y como emplea
abriles entretejidos
a sus cuernos, más floridos
210 se vieron que el de Amaltea.

Fíada, Europa, al engaño
de un dios disfrazado, estás;
toro que reina en la más
bella juventud del año:
215 tú verás el desengaño,
cuando entre las flores bellas,
des alivio a las querellas
de un amor, cuyo desvelo
hará que luzca en el cielo
220 luces y que pazca estrellas.

El dios [que] tan cerca mira
un disfraz sin hablar habla
triunfos que de amor entabla,
y sin suspirar suspira.
225 Europa, que en él admira
tan no imitada blancura,
una y otra vez procura
pasear la mano por ella,
blanca sí, pero más bella,
230 bella sí, pero más pura.

Movióse, nieve animada,
el toro y la ninfa asiendo
crenchas de jazmín, perdiendo
tierra iba descuidada;
235 llegó a la que dilatada
corma de cristales era,
y por la cerúlea esfera
volando apriesa los dos,

dijo Europa: «Este es el dios
240 sin duda, metido en fiera.»
«Sagradas deidades, clama,
no tan obsceno rigor
sea tosigo de mi honor
y veneno de mi fama:
245 delfín que, vestido escama,
vibre espuma, iras arroje
contra quien tirano enoje
mi decoro.» Y en tan fuerte
desconsuelo, perlas vierte
250 a un Cambray que las recoge.
La que se bañó en la fuente
que Anfitrite inficionó,
hija de Forco, ofreció
paso a Europa felizmente:
255 a bordo de la corriente
en Creta, el dios disfrazado,
y de su esplendor dorado
vistiendo lo más lustroso,
solicitándola hermoso,
260 la acaricia enamorado.
«Yo soy Júpiter, Europa,
la dice el dios, hablar puedes,
yo soy a quien Ganimedes
subió a ministrar la copa;
265 de los dioses en la tropa
me aclaman siempre el mayor,
y por lograr un favor
adoro entre mil enojos
las auroras de tus ojos,
270 nuevas esferas de amor.
»Del dios Saturno nací
hijo y de Opis, su hermana,
bien que de su ley tirana
en brazos de Vesta ví
275 violado el decreto en mi
a tiempo tan oportuno,
que dicen que su importuno
rigor llegó a divertir,
unos que la piadosa Abdir,
280 otros que mi hermana Juno.
»De Ithome a la delicia
debí el blanco humor primero,
según el más verdadero
cálculo de mi puericia;
285 pero porque su justicia

no agostase mis abriles,
tañían en los pensiles
de Ida música iguales
mis nutrices atabales,
290 mis curetes añafiles.

»Crecí infante y con mi tío
Titán, contendiendo ufano,
del Aquiles más tirano
fuí el Eneas más pío:
295 libré a mi padre, y al brío
de mi venganza obediente,
los genitivos valiente
le corté, con que temiendo
nuevas iras, se fué huyendo
300 a los reinos de Occidente.

»No fué venganza, el desvelo
de mi justicia lo obró,
que él también se los quitó
un día a su padre Cielo:
305 aseguró mi recelo
su ausencia y en paz dichosa,
mirando de Juno hermosa
la belleza, pasó ufana
de los halagos de hermana
310 a las caricias de esposa.

»De cuantas provincias bellas
le enajené, solamente
la de Olimpo, que eminente
confina con las estrellas,
315 elegí y un día en ellas
estudié que un niño ciego,
sin derogarle mi ruego
iras a su flecha aleve,
me abrasaría con nieve
320 y me helaría con fuego.

»Yo, dije, que el soberano
imperio de las deidades
gobierno, ¿a las impiedades
me he de rendir de un tirano?
325 Yo cedería otro en vano,
mi destino lo asegura;
más como herirme procura,
me flechó con gentileza,
del carcaj de tu belleza
330 el arpón de tu hermosura.

»De tus dorados cabellos,

enamorado me excusa,
el no ser los de Medusa
sombra de los tuyos bellos;
335 mira en las prisiones de ellos
a Mercurio, que al Pegaso
engendró, y veloz paso
suyo produjo la fuente
Castalia, cuya corriente
340 usufructúa el Parnaso.

»Yo te adoro, ninfa bella,
siendo Clicie a tu esplendor,
ya dije que no es mi amor
apetito, sino estrella;
345 ví a Ecumena y en ella
se vió feliz mi afición,
porque dándose al blasón
de su decoro ha partido,
mintiéndose su marido
350 tomé forma de Anfitrión.

»En Semele mi deseo
se logró entre mil desmayos,
aun ahora de sus rayos
casi despojo la veo;
355 sin días parió a Lieo,
y yo en mi muslo ingerido
lo llevé, hasta que venido
el mes en que predomina
mi influencia, sin Lucina,
360 tuve achaques de parido.

»¿Qué ninfa al desvelo mío
no correspondia amorosa
siempre? Dígalo la hermosa
hija del Inaco río,
365 hable Ceres, diga Io
las dichas mejor logradas,
pues cuando reiteradas
finezas las persuadían,
nuevos lazos aprendían
370 las yedras enamoradas.

»Yo, para que de enojos
Juno no me hiciese cargos,
vaca Ia guardó de Argos
el cuidado con mil ojos;
375 Ceres ofreció en despojos
de nuestro abalorio eterno
a la que hoy el Averno

imperio rige inhumano,
con Plutón todo el verano,
380 con Ceres todo el invierno.

»Robé Algina enamorado,
y aunque Sísifo atrevido
habló a Forco, no ha podido
atrevérseme agraviado;
385 que a ella monte arrebolado
la halló el sol a la lumbre
y él con mortal pesadumbre,
castigo de crimen tanto,
subir de la sima un canto
390 y caérsele de la cumbre.

»Cisne, por Leda gocé
de amor un prodigio nuevo,
pues solamente de un huevo
a luz dos pollos saqué;
395 a Castor, que dueño fué
de victorias que anticipo
a cuanto labró Lisipo
en mármol triunfo nemeo,
mató a Linceo y Linceo
400 vengó en Pólux a Leucipo.

»En Corifa, de Oceano
bella hija, hube a Minerva,
que del ejercicio observa
venatorio el rito ufano;
405 vióla Tiresias y en vano
templó a su venganza enojos,
pues al castigar despojos
del mayor atrevimiento,
dió luz a su entendimiento
410 y se la quitó a los ojos.

»Hube en Juno, si deseas
ver lo que el odio baraja,
a Vulcano que trabaja
en las islas Lipareas;
415 gozó en las nupciales teas
a Maya, hija de Atlante,
y porque intentó arrogante
librar su madre mi enojo,
lo desterró donde cojo
420 labra rayos de diamante.

»Desde que dí a mi puericia
pasos sin desigualdad,
me dí al de mi piedad

el brazo de mi justicia.
425 ¿Qué disfrazada malicia
de afectada religión,
qué fuerza, qué posesión,
qué ardid de adúltero ensayo
no probó luego en un rayo
430 iras de mi indignación?

»A Prometeo atrevido,
mi justicia, que no ignora
su culpa, cuando a Pandora
comunicó inadvertido
435 alma de fuego ofendido
de traiciones tan extrañas,
hice, acumulando hazañas
a mi celestial costumbre,
minarle un buitre en la cumbre
440 del Cáucaso las entrañas.

»De la visita que hicimos
Neptuno, Mercurio y yo
a Erico, que pidió
el don que le concedimos,
445 nació Orión; los tres fuimos
en una generación
padres, pero su pasión
lo mató en edad lozana:
quiso gozar a Dïana
450 y mordióle un escorpión.

»A Tántalo que engañoso
quiso en tiranos placeres
convidarnos, cuando Ceres,
llevada de lo goloso,
455 comió un hombrillo, penoso
castigo, sin que nos mueva
a piedad, una ley nueva
darle, por su cuenta toma,
frutas que mire y no coma,
460 aguas que toque y no beba.

»A Fineo, que despojos
de su honor, triunfos arrastra,
y dejó por la madrastra
a los alnados sin ojos,
465 castigaron mis enojos
con iguales tiranías,
a que con necias porfías
le quitasen de la mano

la comida, lo tirano
470 de Estinfálides Arpías.

»Mi secretario Ixión
que amó, mi pena lo sabe,
la diosa, de quien es ave
con cien ojos un pavón;
475 Juno, digo, mi pasión
condenó violentamente
a rueda, aunque irreverente
a nupciales regocijos,
engendró centauros hijos
480 de su divinal simiente.

»Alicaon, que probar
quiso con tirano exceso
mi divinidad y a un perso
me ofreció para manjar,
485 en un lobo transformar
he querido, porque asombre,
no de arte, sí de nombre,
mudo en reiterado robo;
hoy es de los hombres lobo,
490 ayer de los lobos, hombre.

»Calistome, su hermosa
hija, gocé, y al arrullo
de mi amor se abrió el capullo
virginal, lasciva rosa:
495 mudéla de ninfa en osa
para moderar el daño;
cuantas fueron de su engaño
índices, si en sus profanas
honestidades, Dïanas
500 las condujeran al baño.

»Ajasio, que satisfecho
de algún mentido atributo,
amó a Ceres y dió a Pluto
ser divino en un barbecho,
505 disparé un rayo y deshecho
en cenizas mis enojos,
no perdonando despojos
en Pluto, de su fineza:
con ser dios de la riqueza
510 nunca abrió a verlas los ojos.

»Por librarme en el aprieto
del más arduo parecer,
árbitro dejé de ser
en las bodas de mi nieto:

515 juzgó Paris, indiscreto,
a Venus por más lozana;
y mi consorte, que ufana
su torpe juicio no apoya,
hizo que costase a Troya
520 mucha sangre una manzana.

»Si a Creta, deidad hermosa,
para tu imperio apeteces,
puesto que mejor mereces
el de Chipre, que su diosa
525 tuya es ya, goce dichosa
tus coturnos su región,
y cuando a la indignación
de las diosas no cuadre,
huesos tiene la gran madre
530 para otro Deucalión.

»No tus desvíos crueles
nieguen alivio a mi pena
veloz, como la que obscena
violó el templo de Cibeles;
535 no a lo fugitivo apeles
de la hija de Ladón,
ni de la que a la afición
de un dios se negó cruel:
la una, rudo laurel,
540 la otra, débil cañón.

»Que a suspender tu carrera
bastarán en lid dichosa
pomos que me dé la hermosa
diva que Chipre venera:
545 si valiente la ligera
impiedad tuya corrijo,
daréte de Colcos, dijo,
el carnero, a quien ninguno
se atrevió, y en que a Neptuno
550 se atrevieron Helse y Frijo.

»Si ser puede esta ocasión
la fruta don lisonjero,
aunque las hijas de Hespero
tengan por guarda un dragón,
555 para tus manzanas don
será humilde tu deseo,
robándolas por trofeo
de amorosos intereses,
como el hijo de Liceses
560 las robó para Euristeo.

»Si flores en tus cabellos
pueden mirarse dichosas,
siendo leves mariposas
en los resplandores de ellos:
565 de los pimpollos más bellos
merezca gozarlos sólo
el que en el Délfico polo
pagó de Apolo desvelos,
Jacinto que dando celos
570 a Bóreas lo mató Apolo.

»No ultrajen a quien desea
lograr tan firme afición
en malogros de ocasión
desvelos de Metanea:
575 éste, porque de Amaltea,
sin que tirana presumas,
sea, entre delicias sumas,
negar a mi amor favores,
toldo mullido de flores,
580 catre estofado de plumas.

»No creas que mi afición,
cuando de firme blasona,
te ha de librar Ejïona
la suerte de Laomedón,
585 ni Hércules, porque son,
en tan cumplido desvelo,
pocas sus fuerzas, o apelo
a las que mi Olimpo encierra;
que él al hijo de la tierra
590 mató, pero no al del cielo.

»Ni esquiva en tan dulce empleo
seas, de amor, al encanto,
áspid como la que tanto
amó el pastor Euristeo,
595 porque cuando a mi deseo
tu altivo decoro intente
no pagar, será mi ardiente
agravio, de furias lleno,
serpiente de más veneno,
600 veneno de más serpiente.

»Aquí los jilgueros graves,
de nuestra calma envidiosos,
vean lazos amorosos,
cuenten arrullos süaves:
605 los arroyuelos, las aves,
las rosas, los alhelíes,
cuando beba a tus rubíes

néctar en dulces congojas,
vean purpurear las hojas
610 de azucenas carmesíes.

»Tortolilla lastimada,
que en seca rama suspire
y entre tus brazos admire
la pasión más bien lograda;
615 palomilla desviada,
que al esposo llora ausente,
cuando lisonjera cuente
al madrugón de la Aurora
delicias que ausente llora,
620 lazos que huérfana siente.

»Rosa, que al primer bosquejo
del día madruga ufana
a verse el brial de grana
en algún sonoro espejo;
625 jazmín, que al rubio reflejo
del primero albor empieza,
sumiller de su pureza,
a despliegar nieve pura,
admirando más blancura,
630 extrañando más belleza.

»Arroyuelo, que sonoro
es en corcovos igual,
caballo, que de cristal
corre por arenas de oro;
635 ninfas, cuyo virgen coro
sigue ritos de Dïana,
al cambiar tu nieve ufana,
¡oh amor!, ¡oh violencia aleve!,
toda la púrpura en nieve,
640 toda la blancura en grana.

»Hoja a hoja, pluma a pluma,
perla a perla y flor a flor,
cuando surque en el candor
tuyo el mar de roja espuma,
645 mi dicha alaben, mi suma,
¡oh eterna felicidad!,
y pues a tanta deidad,
rendirse tu honor es fuerza,
entre tus brazos ejerza
650 lo activo la voluntad.»

Esto dijo el dios y en cuanto
plació le ofreció el deseo;
las delicias de Himeneo

chupa el virginal acanto.
655 Europa, entonces, del llanto
reprimiendo los despojos,
entre dulces desenojos,
que poco antes llamó agravios,
lo provoca con los labios,
660 lo acaricia con los ojos.

«Si tu violencia me ultraja,
dice, y no he de suspenderla
de la más divina perla,
habilitándome caja,
665 del sol en la bella faja,
pues de verse en ella es dino,
tú, dios, señala divino,
ya que rendido te adoro,
epiciclo que dé a un toro
670 las hipotecas de un sino.»

«Yo mismo, en lance tan bueno,
responde, ser he querido
la nave, sin que al herido
te fíe del río Huceno.
675 Oh cuanto, Europa, condeno
riesgos que Hércules suspira,
pues cuando pudo su ira
vengar el lascivo exceso,
con el despojo de Neso
680 le dió muerte Deyanira.»

Gozó a Europa el dios y atento
a moderar en su amor
las fatigas del sudor
y las ansias del aliento,
685 «añadida al firmamento
será, le dijo, luz bella,
el que pudo a mi querella
hacer, por modo tan vario,
navegar por él, Acuario,
590 signo al sol en una estrella.

»Quédate en paz, ninfa hermosa,
que en amoroso tributo
te ofrezco en flor y en fruto
monarquía deliciosa:
695 el cuidado de mi esposa
Juno me obliga a dejarte;
de tu nombre, la una parte
del mundo ha de obecerte,
porque sepa agradecerte
700 el que ha sabido gozarte.»

XC

JACARA

Parado estaba a una esquina
un jaque, y otro matante,
para entrar en una casa,
«Jaque de aquí», dijo el jaque.

5 «¿Jugamos al ajedrez,
respondió el bravo arrogante,
pues entablando bravatas
quiere el corazón ganarme?»

«Pues sepa, que es una dama,
10 y conmigo ha errado el lance,
que de aquí no han poder
ni Rey ni Roque sacarme.»

Replicó el otro: «Uzé
quiere morirse de balde,
15 y que yo haga una muerte,
sin que nadie me la pague.»

Sacaron luego las hojas,
porque como era tarde
nada importó que salieran
20 dos doncellas vergonzantes.

Digo yo que son doncellas,
aunque muchas veces salen,
porque hasta agora ninguna
de las dos se vió con sangre.

25 Con más ruido que otra cosa
empezaron a acercarse,
pasando la ropa fuera,
por heridas los chischaffes.

Manzanares se llamaba
30 el uno, a quien fiesta hacen
los taberneros, porque
su nombre el vino les agüe.

Sisón, el bravo, el segundo,
gato alado, inmóvil sacre,
35 patrón de los dispenseros
y cuidado de los sastres.

A Manzanares un tajo
le dió Sisón, y al instante
pudieron verse mezclados
40 un Tajo y un Manzanares.

Respondió un revés el otro
muy drecho hacia la otra parte,
y con el revés, el alma
al Sisón quiso sisarle.

45 Valió al Sisón el coleto,
que de la vida, en tal lance,
se viere con él después,
a no defenderle el ante.

Segundeó con una punta,
50 que por llegar a apartarse,
sólo le tocó el vestido,
y sólo fué punta al aire.

Manzanares se afufó
de que quieran apuntalle,
55 sabiendo bien de memoria,
el papel de bravo que hace.

En esto llegó un tercero,
persona muy importante,
nariz, dedo, dientes, uña
60 y bigotes gavilanes.

Hombre que ha más de diez años
paseó airoso y triunfante
con un borrico las tierras,
y con un remo los mares.

65 «Déjense, les dijo, y para
el campo esos bríos guarden,
que en la calle un desafío
es como echarlo en la calle.

»Dénse las manos de amigos,
70 y en ambas manos iguales,
de victoriosa la palma
puede el uno al otro darse.

»Háganse las paces luego
en la taberna agradable,
75 donde también hacer suelen
el agua y vino las paces.»

Admitieron la partida,
y empeñaron el ropaje;
porque por quedarse en cueros,
80 quisieron quedarse en carnes.

XCI

JACARA

Inesilla de Segovia,
y de todo el mundo, aquella
hembra mala para macho,
porque de vicio se echa,
5 descubierta por el aire,
y por el humo revuelta
de un manto que con el tiempo
se hizo pedazos por ella,
al Prado salió celosa
10 a ver cuyo, cuyo era
Perote, que deposita
en otra alma sus potencias.
Corrida, y desesperada,
teme que Juanilla, aquella
15 primavera de Madrid,
otoño de su uva sea.
Era Perote dispuesto
para alcanzar cualquier hembra,
su trato en lo pegajoso
20 era liga, y la edad, media.
En su cabeza las mozas
a las damas siempre juegan,
que son las hebras del pelo
una blanca y otra negra.
25 En lo crespo y lo belloso
es todo una cabellera:
mas ¿qué mucho, si de noche
de una cuadrilla es cabeza?
Descubrióle, y profanando
30 los aires sin reverencia,
estas palabras deshizo,
porque las traía hechas:
«Hanme dicho, seor Perote,
que papeles representa,
35 conmigo hace las jornadas,
pero con otras las cenas.
»Y que gasta generoso,
en almuerzos y meriendas,
a otra parte los guisados,
40 y aquí, sólo las crudezas.

»¿Olvídase ya que soy
prenda suya? ¿No se acuerda?
¿Y que tiene puesto todo
su caudal en esta prenda?»

45 «No hable más, respondió Pedro,
que esas voces mal me suenan,
y siendo dulces, son canto,
en lo quejoso, son piedra,

»Mintióle alguna amiga,
50 vizcaína o irlandesa,
que quien tales cosas dice,
no puede ser buena lengua.

»No es nueva en ti esta porfía,
sin duda quieres que crea
55 que el Evangelio me dices,
pues me predicas por tema.»

En esto llegó Juanilla,
tiró al hombre, y, desatenta,
dijo: «Yo he desatalle
60 de esta loca, o de esta cuerda.»

«Salga de ahí la atrevida,
vaya a barrer la muy puerca
los cuartos de en cas su ama,
no los de esa faldriquera»,

65 Inesa dijo furiosa.
Juanilla la voz increspa,
y dice: «Rota señora,
mal tapada y bien cubierta,

»¿no soy yo para querida,
70 y tan buena como ella?
¿Dios no me ha dado una cara?»
«Y aun dos», la respondió Inesa.

«Ella sólo es la fingida,
replicó la otra, pues muestra
75 estar por arte cerrada,
siendo por natura abierta.

»¿No sabe que es una fácil,
no entiende que es una fiera,
y que amor a ese pobrete
80 con ella le dió culebra?»

Fuése quedando Inesilla
por maestra de la escuela,
a Pedro le dió una mano,
y al Prado le dió una vuelta.

XCII

A mi señora doña Ana Chanflón, tundidora de gustos, que de puro añeja se pasa de noche, como cuarto falso

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Con enaguas la Tusona
me parece una campana,
y como de fiesta va,
todos van a repicalla.

5 Enaguas no han de llamarse,
que es contradicción muy clara;
llámense en vino, pues vemos,
que al apetito emborrachan.

XCIII

DE DON PEDRO PANZANO

[JACARA]

Con el mulato de Andújar
sollozando está Juanilla,
porque le han puesto cadena
para colgalle en su día.

5 La devoción de la uva
hasta la muerte le brinda,
pues parecerá colgado
un racimo de uvas tintas.

Diéronle esta penitencia,
10 porque en el potro Juanilla
confesó todas sus culpas,
sin estar arrepentida.

Hoy la sacuden el polvo
a la triste cuitadilla;
15 según dicen malas lenguas
la mala ha sido la mía.

«Por mi mala lengua sola
hoy le condenan, amiga,
y dejan a los figones
20 con tantas malas y frías.»

«No llores, Juana, por eso,
que te vuelves vieja, amiga,
y es propio de malas viejas
hacer mojar a las niñas.

25 »¿Qué ha de hacer si le condenan
por unas llaves hechizas,
que ha sido agua de cerrajas
todo cuanto le acriminan?

»Dicen que es culpa el quitalle
30 a un hombre una piedra rica,
¿qué saben esos señores
si tenía mal de orina?

»Lo demás que le acumulan
todo ha sido niñería,
35 porque una muerte mal hecha
en un rosario se mira.

»Si era corchete, eso propio
hace la causa más tibia,
que destripar un corchete
40 suele hacerlo una ropilla.

»Si estaba el mulato entonces
calamocano de vista,
a un hombre que está asomado,
¿quién le culpa una caída?

45 »Volvió a agarrarle el corchete,
él temió la zancadilla;
¿a un hombre hinchado de panza
quieren ponerle en pretina?

»Desencarruchó la gana,
50 acordóse de la caída,
desasióse de una manga,
y rompióle la ropilla.

»Mas yo pienso que le sacan,
déjale salir, amiga,
55 y bailemos acá abajo,
mientras él danza allá arriba.»

«Dices bien, toquen y canten,
que ya la Guanta y Marica
salen diciendo al tablado
60 ello va de jacarilla.»

Con lo blanco de la ropa,
despidiéndose lo tinto,
miraron Juana y la Crávez
el mulato en un borrico.

65 «Ponte a caballo derecho,
Juana al mulato le dijo,
porque quien te viere atado,
no parezcas encogido.»

Y por postrera, el Mulato,
70 despidiéndose, le dijo:
«Desde niño temí siempre
el morir de garrotillo.»

XCIV

JACARA NUEVA, BURLESCA

Aquel racional mosquito,
que allá en las cuevas más hondas
acertó tal vez a entrar,
y se quedó por las costas;

5 aquel que sin ser jinete,
destos de la vida a posta,
ni nacer en Portugal,
amó en extremo a las botas;

éste, pues, sastre de lobas,
10 zapatero de candiotas,
destripador de pellejos,
partero de cantimploras,

hizo de vestir al vino,
dándole su propia ropa,
15 hospedando en sus entrañas,
no fué fineza tan corta.

Saliendo de la bucaya,
amartujado de pompa,
apuntando más compases
20 que un músico allá en su solfa,

se encontró dos camaradas,
de aquestos de a todas bodas,
los que arrobas manejando,
humanamente se arroban.

25 Y después de saludarse,
saliendo de cada boca
exhalación, que anegaba
las esferas más remotas,

uno de los más ancianos
30 del Baco que le provoca,

emborrinchado les dijo
aquestas razones roncas:

«Es muy gran bellaquería,
pues va de veras agora,
35 que nos bauticen de vino
que tantos cueros remoja.

»La señora Mari Ramos,
la vieja encandiladora,
la que hace en cualquier tinaja
40 crecer el licor a arrobas;

»prodigios de tabernera
deben ser, ¡quién lo ignora!,
que ellas llevan el provecho,
siendo Tajo quien los obra.

45 »Si hay lugar, nos juntáremos
a hacer del vino reforma,
¿mas cuándo el tratar de vino
no vino a pedir de boca?

»Y aquesta vieja hechicera,
50 la polilla de las bolsas,
que enflaqueciendo las nuestras
no más de la suya engorda,

»hagámosla una sangría,
si no usa misericordia;
55 o yo me daré a partido,
si se enmienda la bribona.»

Esto con mil caridades
dijo el partido en sus cosas,
que parece que tenía
60 a san Martín en la bola.

Llegó algo turbio el Mellado,
estando en éstas y estotras,
muy cargado de razones,
delantero de corcova.

65 Y, luego, tras él Marquillos
desde la ermita de Antona,
que salía de hacer
de su manteo una loba.

Y dijeron: «Reyes míos,
70 ¿qué es lo que se trata ahora?
Mañana nos juntaremos,
y trataremos de cosas.

»Bien informados venimos
de todo, y vemos que sobrá

75 razón. De lo de la Ramos,
callen todos y disponga

»nuestra consulta, supuesto
que tanto a nosotros tocan
las ofensas contra el vino,
80 por ser en su casa antorchas.»

Estando ya de partida,
advirtiendo como asoma
otra cuadrilla que siempre
la gente honrada se topa.

85 Y luego allí de contado,
que andaba entonces de ronda
la justicia, y se quedaron
todos hechos unas monas.

XCV

SATIRA A LAS MEDIAS DE PELO

Oigan, señores galanes,
en la arpa o la vihuela,
que en canto llano comienzo
el contrapunto a sus medias.

5 Llanos los ha hecho el huso,
pues que deponen la seda,
y descubren la hilaza
en descubrir la hilera.

Lo maduro del juïcio
10 ya no se ve en la cabeza,
que por las medias de pelo
se les conoce en las piernas.

Hay medias como una onza,
que apostando ligereza
15 con el viento, más que él corren
cuando sueltan la carrera.

No son medias, ni aun cuartillas,
que es mucho llamarlas tercias;
pues por enteras no lucen,
20 cuando pierden por enteras.

No sólo provocan risa
a los que se las ven puestas;
pero ellas propias se ríen
de los mismos que las llevan.

25 Ya no son medias de gloria,
porque son medias de pena
ver que tan poco les dure
lo que tan caro les cuesta.

De humo el nombre les cuadra,
30 pues el cañón de la pierna
han tocado apenas, cuando
se desvanecen apenas.

Otros las llaman de pelo,
con que es forzoso que sea
35 calva la pierna que cubre,
pues que viste cabellera.

Al galán que se las viste
le ha enseñado la experiencia
que se las pone casadas
40 y se las quita solteras.

Los pollos de esta echadura
la mitad del huevo engüeran,
pues que sacaron las claras
y se dejaron las yemas.

45 Con las medias, estos ninfos
yernos parecen y suegras,
pues los verán de continuo
andar a puntos con ellas.

XCVI

A una dama que se correspondía con un capón

«Dicen que tienes, Juanilla,
por galán de tus deseos
a un hombre tal, que, aunque quiera,
contigo no puede serlo.

5 »Un galán tan limpio y liso,
que no tiene en todo el cuerpo,
si se mira de alto a bajo,
de ser hombre un estropiezo.

»Y aunque en su cara lampiña
10 no se halla ningún cabello,
por lo menos el bigote
nadie dirá que no es bello.

»No es hombre de menudencias,
aunque se precia de entero,

15 ni es hombre como los otros,
y esto es en él lo de menos.

»Con éste quieres, Juanilla,
tener dulces pasatiempos;
el tiempo sí pasarás,
20 mas lo dulce, ni aun por pienso.

»De Capadocio desciende
la casta de sus abuelos,
y su casta te hará casta,
aunque tú no quieras serlo.

25 »No gozarás tus verdores
en sus fingidos requiebros;
antes morirás de seca,
por tener falta de riego.

»Si tal vez, como mujer,
30 de carne tienes incendios,
no apagarán tus ardores
los favores de tu dueño.

»Y aunque sea gran cantante,
y en la música muy diestro,
35 por la llave de natura
no te cantará un soneto.

»Si te arrimas a un pilar
sin estribos ni cimientos,
cuando te presumas firme,
40 darás contigo en el suelo.

»Con partes a las mujeres
los hombres las pretendemos;
pero tu galán, sin ellas,
se quiere llevar el premio.

45 »Sin borlas y tan galán,
por Dios, niña, no lo creo;
que borlas es una gala
que adorna y es de provecho.

»No presumas gran firmeza
50 en ese galán mancebo;
porque todos le conocen
por hombre de poco peso.

»Si es porfiado en quererte,
no temas que pierda el seso,
55 porque no redama nada,
aunque esté tieso y retieso.

»Contarás el tiempo en blanco
que gastares con tu Orfeo,

porque sus pesas no pueden
60 decir de la hora el tiempo.»

Así lloraba de Juana
su mal entendido empleo
un devoto zapatudo,
crecido de pulgarejo.

65 Que es decirte en castellano,
niña de los ojos bellos,
que le sobran muchas onzas
de lo que falta a tu dueño.

Si no te visita mucho,
70. no le tengas por desprecio;
que andarse en ir y venir
no puede, aunque ande recio.

XCVII

[Sin título]

En la Trapería,
juntico al mercado,
vivía un judío, *Señores, ay, ay,*
Octanes llamado. *Luneta.*

5 Este tenia un fillo,
llamado Gonzalo;
por ponelle en honra, *Señores, ay, ay,*
oficio le ha dado. *Luneta.*

Púsole a bonetero,
10 que es oficio alto;
siete años estuvo, *Señores, ay, ay,*
no salió enseñado. *Luneta.*

Y de la ganancia
mercara un caballo,
15 de los tres pies cojo, *Señores, ay, ay,*
y el otro quebrado. *Luneta.*

Siete mataduras
en el espinazo,
que la menor dellas, *Señores, ay, ay,*
20 era como un plato. *Luneta.*

En la calle de Alba
carreritas dando;
carreritas arriba, *Señores, ay, ay,*
carreritas abajo. *Luneta.*

25 Gonzalillo, hola,
remiéndame este sayo,
que ni sea faldicorto *Señores, ay, ay,*
ni sea faldilargo. *Luneta.*

En la Platería,
30 junto a Caldefrancos,
vivía una moza, *Señores, ay, ay,*
de ojos saltados. *Luneta.*

Esta es la presente,
que la estoy pintando;
35 su carilla cortada, *Señores, ay, ay,*
y el cuerpo sajado. *Luneta.*

En belleza es monstruo,
en mirar un rayo,
en andar demonio, *Señores, ay, ay,*
40 y en lo airosa un diablo. *Luneta.*

Si conmigo habla,
déjeme Gonzalo;
que me quiere este hombre, *Señores, ay, ay,*
sin traerme un cuarto. *Luneta.*

45 Que me deje, digo,
con el mi caballo,
con sus mataduras, *Señores, ay, ay,*
o sus matablandos. *Luneta.*

XCVIII

La mariposa

ROMANCE

En la más noble región,
que Amor poderoso rige,
de osar pretender amante
los mayores imposibles,

5 sólo por morir nació
la mariposa, en quien vive
de la fe pequeño mapa,
breve esfera de lo firme.

Hija de un atrevimiento
10 tan cortés, que la compiten
hidalgas resoluciones,
cobardías señoriles.

Avecilla de cristal,
que en transparentes buriles,
15 plata nevada las pule
sobre dorados matices.

De tu fábrica las alas
confusamente despiden,
de perlas por vidrïeras,
20 maridaje de rubíes.

Líneas de clavel perdidas
en cándidos alhelíes,
o de rosicler sutil,
sobre espumas de jazmines,

25 aun no semejan su bulto,
que en su retrato se rinden
tantas comunes lisonjas
del cielo y de los jardines.

Poca flor amaneció
30 al mundo y menos le asiste,
que es ocaso de su oriente
más ejecutivo eclipse.

Dos átomos de diamantes
son sus ojos, sin que miren
35 comodidades, que osados
desprecian halagos viles.

Vió lo noble, lo agradable
de una luz, y ya le afligen
pena alegre y noble mal
40 en incendios apacibles.

¿Quién en servir la hermosura
con dificultades pide
principios a las bellezas,
infame plazo a los fines?

45 Sólo un grosero interés
solicita, sólo mide
lo humano con la esperanza,
el amor con lo posible.

En la provincia de amar
50 no es límite lo difícil,
que aun en lo dificultoso
peregrina a lo imposible.

Y Amor, tan independiente,
en las voluntades pide
55 la inclinación, que en sí mismo
las elecciones reprime.

Ama de veras sus rayos,
y disgustarlos resiste;
pero el querer bien traspasa
60 de la majestad las lindes.

A morir se determina,
por penetrar los felices
senos de quien ama, y quiere
en sus cristales fundirle.

65 Dicha es el osar morir,
cuando la causa se mide
con la razón, que el osado
lo mejor del alma elige.

Pero el morir a osadías
70 incomparables, gentiles,
bien es que la presunción
más elogios solicite.

Ya se acerca, y de su fama
los sonorosos clarines
75 su acometimiento esfuerzan
y sus victorias repiten.

Rayo de lino animado,
que en salado campo esgrime
las alas, dejando apenas
80 noticias imperceptibles.

Ardiente neblí, que el viento
en breves partes divide,
y en alto golfo de nubes
bajel de plumas se viste.

85 Breve estrella, que veloz
de oriente al ocaso gire,
y por margen de centellas
va penetrando zafires.

A su curso no se igualan,
90 que en su ardor inaccesible
le da priesa su destino,
garzota ya de su timbre.

Avecilla venturosa,
que en tus cenizas revives
95 Fénix, y a tu fama naces
de los desmayos que gimes,

bate las sutiles alas;
llega al fuego que compites,
ya que tu ardor y tu sangre
100 corto morir los redime.

Y tú, Anarda, de la luz
todo el sol temprano iris,
que ya es vanidad del alba,
que tu blanco pie alcatife;

105 hija bizarra del mayo,
Venus de amor, rosa en Chipre,
bello aplauso del ingenio,
sólo en diez y siete abriles;

prodigio raro del cielo,
110 que hermosa deidad naciste;
pues ni te obliga el quererte,
ni te merece el servirte;

que tu airosa perfección
no deja los ojos libres
115 para amarte, que es forzoso,
y no fineza, rendirse,

mírate en la mariposa,
para que no desperdicies
rayos, contra quien adora
120 mucho esplendor poco libre.

Si triunfante de más glorias,
en celestes camarines
los términos de la Luna
tu nevada plata pise;

125 que tus bellísimos ojos,
que tu hermosura apacible
en los imperios del alma
mayores triunfos permite.

Y de tan bellos luceros
130 azabache al tope brille,
más luz tu hermoso rigor
al que le ofende, remite.

Que mi vida a tu deidad
dosel augusto tapice,
135 y el alma de muchas vidas
sitial a tus pies aplique.

Que osado, constante, mudo,
postrado a tus pies suplique;
la posesión de mis glorias
140 asegures con oírme.

Los agrados de mi incendio
quiere amor que profetice,
en tantas pasadas glorias,
de aquella olvidada esfinge.

145 Giraba en luces comunes,
tornos ardientes sutiles,
la mariposa ignorando
rayos que el sol no compite.

Mas ya conoce la llama,
150 donde feliz acredite
tan locos atrevimientos,
como los cielos sublimes.

Los amagos allí fueron,
las verdades aquí dicen;
155 en los dos soles de Anarda
mi mayor llama consiste.

Osado, feliz, seguro,
deja que en ellos habite,
y haré mis locas cenizas
160 que en tu cielo se eternicen.

XCIX

JERONIMO CANCER

Pintura a una dama

Oye, Amarilis discreta,
de tu beldad celebrada
la pintura,
aunque por ser tan perfeta,
5 nadie puede ver pintada
tu hermosura.

Pero dame, te suplico,
tu abanico por un rato,
que al desgaire
10 te pintaré en tu abanico,
para que te dé el retrato
mucho aire.

Naciste prodigio bello,
y al registrar tu belleza
15 milagrosa,
en mirando tu cabello,
se te puso en la cabeza
ser hermosa.

Que tan crecido y precioso
20 mata a mata se dilata
por tu cuello,

que a ser ladrón más dichoso
te hiciera un salto de mata
de cabello.

25 El que huye de tu frente
se libra cuando se enoja
de una y buena;
porque nació tan valiente,
que es tentada de la hoja
30 de azucena.

El Amor dice que iguales
tus dos cejas le previenen
mil despojos,
porque son tus cejas tales,
35 y tan buenas, que se vienen
a los ojos.

Tus ojos donde no faltan
rayos con que atenta pules
sutil velo,
40 la color de que se esmaltan
dudo; pero son azules
como hay cielo.

Esos claveles que brillas,
persüado a mis antojos
45 a que han sido
dos brasas, que en tus mejillas
de las lumbres de tus ojos
se han caído.

De tu nariz, nada impropia,
50 miro con tan buen derecho
los matices,
que parece que tú propia,
sin dar caída, te has hecho
las narices.

55 Lo que en aquesta pintura
por muy grande no he tenido,
es tu boca,
porque con ser tu hermosura
tan grande, tu boca ha sido
60 cosa poca.

Tu talle con ser airoso,
al verse herido, muriera
de un rasguño;
porque es talle tan medroso,
65 que lo meterá cualquiera
en un puño.

El que en tus manos admire
su belleza y sus enredos
le da enojos;
70 porque ninguno las mira,
a quien no metan los dedos
en los ojos.

Un pie tan pequeño animas,
que tal vez, que sin desdenes
75 tu pie toco,
presumo que no te estimas,
como veo que te tienes
en tan poco.

Lo demás, por quien yo peno,
80 a ninguno se concede
registrar;
pero yo sé que es tan bueno,
que es todo lo que se puede
desear.

C

SONETO

A un álamo injuriado del invierno

Motivo: La eternidad de las penas

Alamo, águila hojosa que volaste
al sol, Icaro verde que caíste
al prado, y a la fuente en que naciste,
ya de tus plumas fugitivo engaste;
5 si a dar lisonja al viento levantaste
la pompa, en la lisonja la perdiste;
esperas al verano que te viste,
las galas que el diciembre no lograste.

Tronco eres hoy, y Adonis floreciente
10 serás de abril, que en esta confianza
te pretende la sombra, el prado y fuente.

Y sólo en mí es eterna la mudanza
de un mal en otro sucesivamente,
que debe ser ejemplo, y no esperanza.

CI

Danida a Cloris, en su ausencia

DAMON.—Deidad desta ribera,
a cuyo pie de nieve
floridos triunfos debe
la fértil primavera;
5 que por vencer del enero los rigores,
a tu planta se alistan tantas flores.

Vuelva tu boca hermosa
y tu frente serena
a enmendar la azucena,
10 a avergonzar la rosa;
pisa el jazmín, donde galante quiso
en flor Adonis y en cristal Narciso.

Ven, oh Cloris, y el prado
flores te deba tantas,
15 que a costa de tus plantas
de abriles coronado;
claveles muerda mi rebaño breve,
que abrigo te tributa en blanda nieve.

Después que están ausentes
20 tus puros resplandores,
no hay ámbar en las flores,
ni hay cristal en las fuentes;
ni de tu pluma cándida y hermosa,
alma extrema el jazmín, vida la rosa.

25 A manos del invierno
pierde el monte y el llano
lo galán del verano,
del céfiro lo tierno,
porque en tí, bella Cloris, le ha faltado
30 honor al monte, autoridad al prado.

CII

[ROMANCE]

Con los ojos de Gileta
no tiene que ver el sol,
porque sobre ser tan lindos,
él es uno, y ellos dos.

5 Villanos son en el traje
por dos extremos de amor,
y a rayos de luz desmienten
toda negra estimación.

A tempestades de rayos
10 airosamente venció
con ellos, y su hermosura,
que es lo más de su razón.

A ingrata, sin ser delito,
todo el valle la miró,
15 que la ingratitud en ella
se libra de sinrazón.

Con su pie le restituye
cuanto al Prado le ultrajó,
que si no es la flor del mayo,
20 no tiene el mayo otra flor.

A competirse ella misma
una mañana salió;
y deidad de Manzanares
el sotillo la aclamó.

25 La nieve le rinde parias,
que no admite emulación;
pues el blanco de su pecho
el jazmín la tributó.

CIII

[Sin título]

Si de los ojos hermosos
es propio el matar mirando,
son los ojos de Marica
médicos,
5 por los que han enterrado.

Su pelo en rizos menudos
corona su frente a rayos;
y es por bizarro y crecido
pródigo,
10 su cabello por largo.

Su boca es toda carmines,
más mirándola a los labios,
todos dicen que parece
búcaro;
15 mas la boca no es barro.

No gasta guantes la niña,
por ser en jazmines blancos,
al regalo de su aliento,
trébole
el olor de sus manos.

Cuando sale a pasearse
mete el aire en un zapato,
y lleva en sus poldevíes
pólvora,
para incendio del Prado.

No es mucho ser tan airosa,
si a sus faldas asomados
parecen sus pies chiquitos
títeres
en tramoyas del Bacho.

CIV

Letrilla que se cantó en Madrid a una dama de Palacio

(Año 1654)

Porque está llorando el alba
los locos campos se ríen,
y entre dientes de cristal
murmuran arroyos libres.

Las retamas son topacios,
diamantes son los jazmines,
y zafiros los cantuesos,
porque los vence Amariles.

De envidia las azucenas
a la blanca nieve piden
su blancura, para cuando
su pie de nieve las pise.

Los claveles de vergüenza
se visten más carmesíes,
compitiendo con sus labios,
porque los vence Amariles.

El aire, que de la Aurora
es mensajero apacible,
que parece que se queja
con el agua entre los mimbres,

por el prado se pasea,
que es algalia, ámbar y almizcle
cuanto huele entre las flores,
porque lo alienta Amariles.

CV

ROMANCE

Famoso Guadalquiví,
si en la margen de tu arena
pusiere sus pies de nieve
aquella serrana bella,
5 si por ventura Lucinda,
en tus mojadas riberas
la hierba hiciera esmeraldas,
y la blanca arena perlas;
así mil ricas armadas
10 oprimir tus ondas veas
con oro, perlas y plata,
que ansí le digas mi pena:
«Aquí, divina Lucinda,
gloria y honor desta aldea,
15 tan discreta como hermosa,
y más mujer que discreta,
»estuvo el pastor Belardo,
al partirse destas selvas,
dando al cielo más suspiros
20 que tiene su manto estrellas.
»Que si con esto la obligas
a que fe conmigo tenga,
cuando la faltaren aguas,
le dará lágrimas tiernas.»
25 Esto dijo y desmayóse,
y las ninfas de las selvas,
pensando que era difunto,
le coronaron de hiedra.

CVI

A ciertos murmuradores

(ESDRÚJULOS)

Mándasme, amigo carísimo,
como si fuera yo plático,
que te diga a lo ridículo
la división de lo clásico.

5 Y aunque mi talento es mínimo
para un empeño tan árduo,
por obedecerte dírigo
este que se sigue cántico.

Juntábanse algunos críticos
10 en cierto punto aromático,
donde pasaban la rígida
en un contubernio enfático.

Hablaban de lo político
unos, y otros de lo trágico,
15 con que este coloquio místico
era a todos muy enfático.

Por esto, enfadado un físico,
con el rostro torvo y pálido,
ordenó que el contubérnico
20 se dividiera en de plácitos.

Lo criminal en el pórtico
colocó de su habitáculo,
por ser el puesto honorífico
entre lechugas y rábanos.

25 Dispuso en sitial jurídico,
con asientos menos tácitos,
para que ayuden decrépitos
a los que sustentan gárrulos.

Y porque en materias frígidas
30 haya concurrentes cálidos,
previno que el frontispício
fuese opuesto al meridíano.

Puesto el tribunal satírico
con artificio mecánico,
35 se sientan a los crepúsculos
todos los jueces antárticos.

Tratan de diversos crímenes,

que es su cotidiano pábulo,
sin perdonar a lo tópico,
40 al más sencillo y seráfico.

Es éste un escollo Sículo
donde padecen naufragio
desde el navío más ínclito
hasta el bergantín más rápido.

45 Es un tribunal de Dédalo
donde se juzga a lo zámbigo,
unos con decreto explícito,
y otros con susurro zángano.

En un tiempo tan estético
50 basta con estilo orgánico
haber dicho más lo lícito
solo por su beneplácito.

CVII

A un hombre calvo, natural de Velilla, que compuso un tratado de su campana

Un discurso campanil
saca a luz don Calavera,
bien sale de su cantera,
porque al fin es campa-nil,

5 Si bien merece el trabajo
de este necio, testa vana,
que todos de su campana
le tengamos por badajo.

CVIII

LETRA

A pesar del Prado sale
Marica segunda vez;
ola que florece abajo,
cosa que hechice el clavel.

5 Esténse las fuentes quedas,
que Dios las hará merced;
pues toda su valentía
ha de parar en correr.

Pues búrlense los arroyos;
10 yo les juro por mi fe,
si más adelante pasan,
han de tener que lamer.

La nieve se fué a los montes;
todos dicen que hizo bien,
15 pues las manos de Marica
le estaban dando del pie.

Las azucenas salieron
a sus anchuras ayer,
más ya de temor están
20 hoy más blancas que un papel.

También salieron las rosas,
mas digan cómo les fué,
supuesto que amanecieron
ensangrentada la tez.

25 Los jazmines son muy niños;
bien se dejan conocer,
pues andan toda la vida
jugando arrima pared.

Las auroras expiaron
30 hoy a cosa de las tres;
llorólas Marica, y hubo
mejor aurora después.

CIX

CESPEDES

FABULA DE MIRRA

Canto de Amor los horrores,
de su furor los extremos,
la más dilatada canto
profanidad de su imperio.

Negad, padres, negad, hijas,
atenciones a mis versos,
ue inficionan contagiosos
a torpe y nefando aliento.

as si de vuestros oídos
s fueren sus ecos,
crédito, y juzgadlos
s fingimientos.

O no falten al castigo,
si no faltan al suceso,
15 porque imitaciones mueran
a manos del escarmiento.

Dichosa región aquella,
mas ajena, por más lejos
de la que engendró lasciva
20 tan formidables portentos.

Derrame en ella Amaltea
de su tesoro opulento
verde honor, y entre sus flores
aromas broten sabeos.

25 Llorosa le pague Arabia
en gomas fragante pecho,
y Pancaya de sus troncos
le tribute sacro incienso.

Como no la ofrezcan mirra,
30 a Mirra sola destierro,
cuyas ramas, cuyo nombre
impuros vierten venenos.

Mirra, cuyo efecto torpe
en licenciosos imperios,
35 inviolable ley sagrada
profana de amor paterno.

Cupidillo, aunque arrogante,
no blasona el vencimiento,
que a sus flechas atrevidas
40 niega el infame trofeo.

Furia la más perniciosa
de las hermanas de Alecto
es la que engendró lasciva
tan vil linaje de fuego.

45 No asegura el cuerpo hermoso
hermosura en los efectos,
que en Mirra fué la hermosura
sólo un mentido embeleco.

Bien que de su rostro siempre
50 se desenlazan risueños
mil atractivos halagos,
mil peligros hechiceros.

Sus mejillas, las que ofrece
al más galán de los tiempos,
55 en fácil púrpura hermosa,
breves lisonjas al viento.

Su frente, si bien serena,
las que a la tierra soberbio
arroja al morir del año
60 cándidas iras el cielo.

En el bello rostro grave
confusamente se vieron
lo florido del verano,
lo nevado del invierno.

65 Donde lo blanco y lo rojo,
sin envidia compitiendo,
son encendidos desmayos,
son desmayados incendios.

Ojos de rendidas almas,
70 dulcísimo cautiverio,
mucha luz en poca noche,
planetas fueron morenos.

Lascivamente conservan
reliquias tiernas del sueño,
75 y en ellos fué lo dormido
principio de mil desvelos.

Claras lenguas de lo vivo,
blandos avisos inquietos,
que toda el alma es agrados,
80 si todo es almas el cuerpo.

Lagos de cristal adonde
por lo más alto quisieron
tributar corrientes corvas
dos caudalosos Letheos.

85 El tesoro de su boca
dice en un callar parlero
que nunca hermosura tanta
tuvo albergue tan pequeño.

Herida con que abre Amor
90 breve resquicio sangriento,
si a tropa, no de diamantes.
a escuadra sí de luceros.

Arbitra facción pretende,
hermosa excepción haciendo
95 del común pecado, adonde
tan raros son los aciertos.

El cabello libre, a cuanto
el ventecillo travieso
se regala en los descuidos
100 del rizo, galán enredo,

airosamente publica,
por perdonar algo a Febo,
permisiones de su luz,
firmadas con rayos negros.

105 De tanto cielo era Atlante
tratable alabastro terso,
si no de cristal columna,
origen blando de Venus.

El bello nevado pie,
110 en su entrada lisonjeros,
los prados siempre a porfía
salva de flores hicieron.

No de tantos albedríos
fué poderoso tropiezo
115 la ausente matrona triste
del más cauteloso griego.

¡Cuántos te apetecen, Mirra,
de sus libertades centro!
Pues elige dellos uno,
120 como dejes uno dellos.

La imperiosa ley de amor,
su licencia y su precepto,
ni más permitirse pudo,
ni pudo privarte menos.

125 Sin aras en Chipre tuvo
jurisdicciones y cetro,
fué galán, y a no ser padre,
no fuera infeliz en serlo.

En él atendía su hija
130 viril agradable aspecto,
que lograba el vulto hermoso
decoros de real sosiego.

Airoso crecido talle,
sacando espacioso cuerpo,
135 con proporción bien medida,
robusta igualdad de miembros.

Acciones nota bizarras
en varoniles denuedos,
y entre gallarda osadía
140 mal gustosos lucimientos.

Fruto le juzgaba digno
del ya vulgar adulterio
del planeta más valiente,
con el planeta más bello,

145 cuando lasciva deidad,
venerada en aquel reino,
arreboló las mejillas
del dios que adivina en Delfos.

Y con lenguas de su luz
150 descubrió en sutiles hierros
los de su amor, que a las diosas
risas fué, si no desprecio.

¡Cuántas veces juntó Mirra,
equivocando conceptos,
155 al lícito amor, palabras,
al vedado, sentimientos!

¡Cuántas veces usurpó
en sus delirios el velo,
a lo piadoso lo falso,
160 el torpe amor al honesto!

¡Cuántas su padre le dijo:
«Gózate en blando himeneo,
y elige, Mirra, un esposo,
de quien me des herederos!»

165 «Tú, señor, dice, lo seas,
que mientras a ti te tengo,
ni otro dueño solicito,
ni otras bodas apetezco.»

La piedad el rey alaba,
170 y ella confusa, sintiendo
su maliciosa impiedad,
los ojos remite al suelo.

Su infelicidad conoce,
y en fe de mayor tormento
175 ese resquicio de luz
le queda en amor tan ciego.

«¿Qué es aquesta, cielos, dice,
inclinación? ¿Qué es aquesto,
que hace fabricar al alma
180 tan furiosos devaneos?

«¿A dónde, barquilla triste,
por piélagos tan revueltos
navegas las velas rotas,
mal gobernados los remos,

185 »simplemente conducida
por piloto poco diestro,
de amenazada fortuna,
mal prevenidos los riesgos?

»¿A dónde locos cuidados,
190 sólo en acabarme cuerdos,
de mi osada fantasía
suben con vanos intentos?

»Monstruosos imposibles,
¿dónde lleváis mis deseos,
195 cuya fuerza mal regida
peligra en fatal despeño?

»Tempranas temeridades,
que con ciego desacierto
dais a corazones niños
200 gigantes atrevimientos,

»ya en castigo del asunto
animosamente necio,
en mi pecho fulminados,
los oprimen Mongibelos.

205 »Desdichada en ser dichosa
fué mi suerte, pues que el cebo
que apetecen mis cuidados,
por ser tan propio, le pierdo.

»A mi contraria fortuna
210 de su escaseza me quejo,
pues pretendo lo que alcanzo,
y busco lo que poseo.

»¡Ay, si en inculta región
tuviera yo nacimiento,
215 donde el gusto contra sí
no respetara derechos,

»qué codiciosa gozara
el bárbaro privilegio,
sin que al alma hicieran guerra
220 los vaivenes que recelo!

»Mas, porque en ciertos temores
cobardemente envilezco
arrojamientos de amor,
con que su deidad ofendo,

225 »a tan peligrosos mares
animosa me concedo;
que no es empresa gallarda
hacer lo que otros han hecho.

»A tan peligroso osar
230 desvanecida prometo
perpetuo horror, y a mi fama
fantásticos mausoleos.

»En las edades futuras
mi prodigioso ardimento
235 vivirá siglos en bronce,
y eternidades en cedros.

»Mas, ¡ay!, que en mil confusiones
locamente me envanezco,
y con el furor me arrojo
240 a do con el alma temo.

»Engañando al desengaño,
mi vanidad entretengo,
y seguridades finjo,
cuando imposibles desmiento.

245 »¡Qué de monstruos facilito
con mi padre, pues pretendo,
siendo madre de un hermano,
hacerle padre de un nieto!

»Mejor será con morir
250 ser de resistencia ejemplo,
y lo que es vulgar castigo
será en mis fatigas premio.

»Cordel riguroso sea
de tantas borrascas puerto,
255 salgamos del laberinto
con la astucia de Teseo.

»Así de mis inquietudes
la libertad intereso;
pues suspendiendo la vida,
260 tantas desdichas suspendo.»

Aquí puso fin lloroso
al dolor, al ronco acento,
dió a la columna el cordel,
y dará al cordel el cuello.

265 Cuando a los fieles oídos
quejas confusas vinieron
de la que a su tierna infancia
ministró blanco sustento.

La madre de confusiones
270 reinaba entonces, poniendo
las libertades del día
en prisiones de Morfeo.

Turbada y sobresaltada
dejó el lecho, descubriendo
275 el estrago de los años
casi en desnudo esqueleto.

Trémula con dos temblores,
el natural y el violento;
de la edad nacido el uno,
280 nacido el otro del miedo.

Abriendo la puerta, atiende
los fatales instrumentos
de su furor, maliciando
acelerados despechos.

285 De mortal desmayo siente
el prenuncio turbulento;
mas con despecho de anciana,
osados mintiendo esfuerzos,

del lazo inquiere la causa
290 importuna, refiriendo
pueriles obligaciones
del tierno lustro primero.

«No te niegues, dice, Mirra,
a mi noticia, pues puedo
295 con palabras y con hierbas
serte salud y remedio.

»Tendrán tus males en mí,
si son tristezas, consuelo;
si deseos, esperanza;
300 si liviandades, secreto.»

Y añadiendo compasiva
las lágrimas a los ruegos,
índice de amor el llanto,
inunda los miembros secos.

305 »No te atormentes, responde,
que aunque en mis males me anego,
es, Electra, el confesarlos
más duros que el padecerlos.

»Son desahucios del arte
310 mis penas, pues que no siento
alivio, mientras no callo,
remedio, mientras no muero.»

Vuelve a presentar Electra
sus memoriales molestos,
315 repitiendo las caricias,
duplicando los requiebros.

Vencida Mirra, «Yo, madre,
el rostro, dice, cubierto,
si en el empleo dichosa,
320 dichosa más en el dueño...»

A los ecos desta voz
la anciana tembló de nuevo,
«Y no prosigas, la dice,
que ya tus ansias entiendo.

325 »Reprime el orgullo loco
de tu altivo pensamiento;
pon a tu vergüenza espuelas,
y a tus libertades freno.

»Aborrecer a los padres
330 fuera impiedad, duro exceso,
más en tí Mirra es amarlos
más culpa que aborrecerlos.»

Furiosa la ninfa exclama:
«Ay, necia, yo, pues consiento
335 en tan imprudente trance
tus avisos indiscretos.

»Deja el cordel más piadoso,
en acabarme más presto,
que en mis resoluciones
340 necio embarazo, un consejo.

»Yo he de morir o gozarle;
a no buscarme resuelvo
quietud entre estos furores,
y entre estos extremos, medio.»

345 »Vive, pues dice la anciana;
vive, Mirra, aunque cerremos
los ojos a la razón,
a sólo tu gusto abiertos.

«Goza a tu (no digo, padre)
350 porque tan ímpio decreto
rindió la lengua añudada,
jurisdicción al silencio.»

Era la estación del año
cuando en festivos misterios
355 culto ofrecen la matronas
al sacro numen terreno.

Por nueve lustros de Ceres
dan holocaustos al templo,
religiosamente hurtadas
360 al maridable comercio.

Tomó a la ocasión la greña
la anciana entonces, y viendo
que en el tálamo no asiste
legítimo impedimento,

365 cuando tomaban alegres
posesiones del celebro,
brindando a Venus delicias
los vapores de Lieo,

al rey llegó, y con enigmas
370 extraño nombre fingiendo,
propone en rebozos falsos
los amores verdaderos.

Virgen le ofrece más bella
que la que de monstruo fiero
375 redimió en marina playa
el noble usar de Perseo.

El campo acepta, y el campo
sin miedo le concedieron,
con que la curiosidad
380 perdone el conocimiento.

A la vergüenza la ley
se atribuye del concierto,
y en el tálamo injuriado
espera el infame encuentro.

385 Cuando la razón rebelde,
dilaciones imponiendo,
al umbral llegaba Mirra
del ya nefando aposento.

¡Cuántas veces, alterada
390 de vergonzoso respeto,
revocó el pie, y cuántas veces
le volvió atrevida adentro!

Ya se mueve arrepentida
a tanta culpa atendiendo;
395 ya indignada se arrepiente
del mismo arrepentimiento.

Cual robusto herido roble,
antes del golpe postrero,
a un lado y otro amenaza
400 con dudoso movimiento,

así el ánimo fluctúa
a todas partes ligero;
ya con viles osadías,
ya con hidalgos recelos.

405 Venció al fin el apetito,
y a tantos daños resuelto,
la libertad arrastrando,
rompió a la razón sus fueros.

A resolución tan fiera
410 los orbes se estremecieron,
terror derramando al mundo
todos los cuatro elementos.

Rizóse el mar en sus ondas,
esparciendo orgullos crespos,
415 y por bocas de cristal
bramidos desata horrendos.

Turbóse inquïeto el aire
con torbellinos espesos;
un Austro fué cada queja,
420 y cada suspiro un Euro.

Con peligrosos temblores,
en repetidos estruendos
de Anteo, la fértil madre
publicó su sentimiento.

425 Escupió el cielo volcanes,
peñascos en humo denso,
incendios multiplicando,
émulos ya del infierno.

La casta Cintia, afrentada,
430 la luz negó al hemisferio,
y cerró con nubes pardas
sus ojos el firmamento.

Desde el alcándara entonces
el buho cantó funesto,
435 cuyos ecos mal distintos
fueron infaustos agüeros.

Entra al fin, y lado injusto
de su madre sucediendo,
violó con infame mancha
440 el nunca ofendido lecho.

Repugna lumbre a la vista,
y sus pasos mal compuestos
la mano antorcha los guía,
supliendo la luz el tiento.

445 Precipitada prosigue
de su apetito postrero,
y una y otra vez reitera
multiplicados incestos.

Hasta que el padre a las leyes
450 del pacto contraviniendo,
de lo curioso incitado,
si no de impulso supremo,

de traidora luz se vale,
cuyos rayos descubrieron
455 con acuerdo repentino
de Mirra el crimen obsceno.

Negó voces a la lengua
el susto en el alma impreso,
y con ímpetu impaciente
460 descuelga el brillante acero.

Huye Mirra y él la sigue,
muerte en ella previniendo
el mal concebido infante,
de quien fué padre y abuelo.

465 Los horrores de la noche
defensa obscura le dieron,
quedando el paterno brazo
de propia sangre sediento.

«Deidades, dice afligida,
470 si acaso piedad merezco
por confesar mi maldad,
ya mis delitos confieso.

»No deis lugar a que Mirra
en los años venideros
475 que viva afrente a los vivos,
o muerta manche a los muertos.»

Dijo, y tendiendo los brazos,
creciendo en alto los dedos,
trocados en verdes hojas,
480 espeso toldo le hicieron.

Torcidos los pies se clavan
en los más profundos senos
de la común madre, donde
firmes zanjaron cimientos.

485 El hermoso cuerpo blanco
en asperezas envuelto
tronco vil, como el que en Dafne
burló el planeta de Delos.

Erigió en alto la ninfa
490 la madeja de cabellos,
y esparciéndose mayores
populosas ramas fueron.

Ya es árbol Mirra, y en gomas
el llanto prosigue eterno,
495 y della el primero nombre
único fué monumento.

Sazonóse dentro el fruto,
y la corteza rompiendo
las industrias de Lucina
500 dejaron el tronco hueco.

De aquí salió a ver la luz
el animoso mancebo,
primer orgullo del bosque,
cuidado mayor de Venus.

CX

Entretenimiento jocoso, con que se riñe la hermosura de una dama

Hermosísima Julia, que a pellizcos
madurarás lo duro de los riscos,
y pueden tus ojuelos
zamparse almas, como yo buñuelos,
5 de tu mucha hermosura
todo el sueño me escuche, y la soltura;
que aunque es una taimada,
es a tu condición pintiparada.

Si tus rubios cabellos,
10 que hilar rayos el sol pudiera dellos,
y a mí que codicioso los adoro
me han parecido las madejas de oro,
¿para qué de las trenzas, desatados,
están en el rebozo sepultados?
15 Y si se asoma la guedeja poca,
que la mitad te metes en la boca,
para librarla de tan dulces grillos,
¿he de ser yo tal vez quitapelillos?

Si tu espaciosa frente,
20 que a tus soles despiertos es oriente,
y en dormidos desmayos
es cama de jazmín para los rayos,
y al ampo de la nieve
en competencia hermosa se le atreve,
25 ¿para qué con su ceño cristalino
me hace hacer los papeles de mohino?

De las cejas quejoso,
sus travesuras callo escrupuloso,
y no las digo, aunque las tenga hechas
30 a quien tira a matarme con sus flechas.

A los ojos lleguemos,
aunque en golfos de luz nos aneguemos,
que mi esperanza, nunca fatigada,
sin llegar a la orilla, siempre nada.
35 Cuando veo sus luces
estóyle al corazón haciendo cruces;
porque miro mi vida
de tanto hermoso riesgo combatida.
Si miran con capote,
40 huye la vida al trote;
si halagüeños los veo,
me mata de adorarlos el deseo;
y así es lance forzoso
morir de desdichado o venturoso.

45 Y las blancas mejillas,
de nieve y de azahar albondeguillas,
a quien este otro día
recio un dolor de muelas las crecía,
¿por qué de tanta rosa y azucena
50 he de ser yo, su amante, ánima en pena,
y en continuos rigores
no he de coger algunas de sus flores?

La púrpura viviente de los labios,
que me dicen dulcísimos agravios,
55 y debieran no ser, Julia, crueles,
como gente que vive entre claveles,
¿qué importa que su aliento
los ámbares derrame por el viento,
si a un mismo tiempo en lances diferentes
60 tus perlas no me dan, sino tus dientes?

Lo garboso del cuello que amohina,
muy envidiosa, a más de una vecina,
marfil desvanecido,
que el Amor a dos manos le ha bruñido;
65 pasador trasparente y cristalino,
por quien supiera yo si bebes vino,
¿qué importa su blancura
si se le encoge siempre a mi ventura,
y en cruel movimiento
70 diciendo está de no a mi pedimiento?

Las campañas de plata,
en que toda la vista se dilata,
de quienes son, como eminencias bellas
dos animadas pellas,
75 dos pomos de cristal, que dulce leche
guardan como besugo en escabeche,

mal haya su ternura,
pues crece el frenesí de mi locura,
y tanto fuego comunica el verla,
80 que se derrite el alma perla a perla.

¿No ves, mi Julia hermosa,
que al fuego de tu luz soy mariposa,
y que siempre adorada y requerida
soberano eres dueño de la vida?
85 Pues tu bella fachada
para mi gusto vale poco o nada,
con lo que yo contemplo
allá en lo más sagrado de tu templo.

Vamos al pie, que dije cristalino,
90 es como la razón de un vizcaíno,
tan conciso y tan breve,
que a penetralle un lince no se atreve.

Si zapatero fuera
en el dedo de un guante le pusiera,
95 y me sobrara cuero
para hacerle zapato al compañero.
Permite que le toque o que le vea,
y entre tantos mi suerte le posea;
porque con tan dichoso atrevimiento
100 tenga una vez del cielo el firmamento.

¡Ea, valedme en este aprieto, míos,
que descaecen lánguidos los bríos!
Miren lo que llamaba,
o que santos impulsos convocaba,
105 sino a los ojos que en aqueste oficio
dan embrión mayor al precipicio,
átomos de cristal, que, gran locura,
no lo dirá un pastor de Extremadura.

Animado marfil, nieve o jazmines,
110 que es tu pie, digo yo, no te amohines,
si a decirlo que es él, Julia, no acierto,
que estoy de contemplarte medio muerto.

Nada en golfos de nieve mi cuidado,
surque mares de fuego duplicado,
115 muera o viva,
y el deseo no vuele más arriba:
aunque en las resistencias
me enciendan las flamantes apariencias.

CXI

A una dama que salía a tomar el acero, viéndola su amante recobrado el color

Camina en tu breve esfera,
sol mío, que en tus colores,
amortiguadas las flores,
se queja la primavera.
Por no ver que en tu carrera
la ceniza de tus rayos
causa en tu frente desmayos,
da en tu cielo giros mil;
porque cobrado tu abril
le des al suelo mil mayos.

De tus mejillas las rosas
ya el cansancio las aliña,
que los achaques de niña
marchitaron vergonzosas;
con las fatigas ansiosas
tu hermosura repetida,
mal segura está mi vida,
pues tomando tú el acero,
dulcísimamente muero
a los golpes de tu herida.

CXII

Hizo conjetura un amante por el tamaño de la mano de su dama que sería breve el pie

De tanta nieve viviente
en pie y mano repetida,
señora, la igual medida
lazo es, de que estoy pendiente.
Por un dichoso accidente
cierta la verdad hallé
que brujuleaba mi fe;
y tanta mi suerte ha sido,
que de tu mano he sabido
los secretos de tu pie.

CXIII

Yendo a una recreación unos amigos, hace la suma del regalo que les hizo

Insignísimos amigos,
ya que, por mi cuenta, al soto
venís como mansos bueyes,
porque todos sois devotos;
5 y habéis dejado de un ángel
dulcísimos muchiloquios,
porque de su encarnación
el gusto anuncie a otro tonto;
y al tocar la Ave María,
10 que suelen rezarla todos,
pues del badajo que avisa
es achaque virtuoso,
mas desta pícara musa
te olvida, que es darme un como;
15 pues yo no tengo segura
ninguna piedra en el rollo.
Ya que de melocotones
el hurto hicistéis famoso,
aunque ha sido mal ensayo,
20 siendo Catones vosotros,
un tanto de la merienda
oíd con alegre rostro
la vez que, en tanto más cuanto,
con mis amigos me pongo.
25 Los conejos me han costado
ir el sacristán vinoso
a pescaros a las viñas
en que suele cazar zorros.
Y a la verdad, un ardid
30 me los envió maniroto,
que siendo corta moneda
les puso el precio más corto.
Mirad que para sumar
lo que valen, y yo monto,
35 no hallará Heredia guarismos
cuando más levante el codo.
La pimienta es de mi casa,
y aunque yo a libras la compro,

para encarnizaros más,
40 en onzas nombrarla oso.

Las empanadas ha hecho
un serafinillo tonto,
pintiparado a su madre:
mirad si ha de ser hermoso.

45 El fiambre del carnero,
que me ha costado, aunque pocos,
mis cuartos, confesaré,
y de plano y de redondo.

Que yo no tengo ganados
50 cuando cornados no ahorro;
y es mi renta un arañón,
aunque no está en campo propio.

Adonde se fué la lengua
o bien, hideputa loco,
55 si sabes que es fruta que
madura sólo en agosto.

El vino bajó del cielo,
que francamente piadoso,
sin estar siempre en Caná,
60 el blanco nos da y el rojo.

Para sumar de la nieve
el precio, el guarismo es poco,
siendo el cuello de mi Julia
el obligado y el pozo.

65 Sus ampos, que el clavel puro
logra con fresco alborozo
al sol cuando más ardiente
le templan rayos fogosos.

Tamañito está Moncayo
70 si la mira, y vergonzoso;
de verse a su pie rendida,
huye la nieve en arroyos.

Volvamos a nuestra cuenta,
que la verdad sin rebozo,
75 aunque he sido dispensero,
la diré si la conozco.

La suma es que hoy es el día
del santo que yo me nombro;
aquel que un roto cosido
80 hizo con Cristo, aunque roto.

Y le sirviera en su fiesta
de colgadura, si como

soy gordo de mala seda,
fuera de brocado gordo.

85 Porque no me habéis colgado,
yo propio, amigos, me ahorco;
que al gastar maravedises
siempre le he torcido el rostro.

Sólo el señor Segundón
90 el escote, aunque de Escoto
sean sus bachillerías,
me ha de pagar, por san Roro.

Que ir por mí donde él se sabe,
y donde mis dichas logro,
95 como es sacarme del cielo
el obrar como demonio.

CXIV

LIRAS A UN SUEÑO

Con recia confianza
y presumiendo, Julia, que me adoras,
previene mi esperanza
tiempos anticipados a las horas
5 en que has de ser mi dueño,
si llega a ser verdad lo que fué sueño.

Suspenso me admiraba,
y admirado de verte, no sabía
o si el alma soñaba,
o si el sueño mi engaño divertía;
10 que divertido en verte,
aun el alma no supo conocerte,

Miraba los despojos,
nubes de tu beldad, y aunque dormido,
con desnudez los ojos
15 te juzgaban imagen de Cupido;
pues con trenzas deshechas,
vibrabas rayos y tirabas flechas.

Sin recelar temores
de los injustos en tu guardia arqueros,
20 decía el alma amores,
hacían los sentidos mil pucheros;
con juguetes pueriles
las rosas deshojé de tus abriles.

CXV

ALBERTO DIEZ

Oye, amigo; oye, cochero,
con quién hablo, que me mira;
porque no obstante su azote
ha de llevar disciplina.

5 Oígame, verá que tal
pongo su caballería,
aunque tenga el pie en la lanza
y esté montado en la silla.

¿Puede hacer en el mundo
10 tan grande bellaquería,
lleve un cochero rodando
lo que un galán no consiga?

Pero como las mujeres
son tan malas sabandijas,
15 de quien se ven arrastradas,
suelen estar más perdidas.

El agasajo es famoso
cuando más quiere servillas,
que hace, dando un pesebrón,
20 las damas caballerizas.

Hombre no ve que es pobrete,
pues a la fea y la linda
piensa llevarla cerrada
con un correr de cortina.

25 Ya sé que aunque las ofrezca,
no cumple nada en su vida;
que esto de volver atrás
lo suele hacer cada día.

Al médico se parece
30 en su flema y en su prisa;
pues está, cuando más corre,
aguardando la visita.

Dicen que habla echando juncia,
y cierto que acertaría,
35 pues tiene el freno en la mano,
subírselo más arriba.

No le temo, aunque sea diestro,
que toda su valentía
viene a ser tomar la vuelta,
40 yendo de esquina en esquina.

CXVI

ANTONIO COELLO

Declarando si son los guardadamas los tres enemigos del alma, o si son otro enemigo diferente

ENDECHAS

Amigos guardadamas,
yo os quiero mucho mal,
y veinte coplas quiero
holgarme con vosotros, y no más.

5 Es la disputa sobre
si sois los tres que hay,
o si cuatro enemigos
del alma vos in solidum formais.

Enemigos del alma
10 sois, pues del cielo echais,
y al cielo los galanes
por vosotros derechos no se van.

Al amante que estaba
elevado privais
15 del bien de en hito en hito,
que le tenía en oración mental.

La inspiración vosotros
del recado estorbais,
y las revelaciones,
20 que el billete a sus siervas suele dar.

Ni aun rezar a escondidas
su pasión les dejais,
porque, como en la cuenta
que vosotros tenéis, han de rezar.

25 Y al pobre que se pasa,
porque no puede más,
royendo todo el día
el hueso de una reja, como can,

por quitarle este bien,
30 del corredor le echais;
auxilio que en los pobres
es suficiente, pero no eficaz.

Enemigos del alma
sois, pues, en general;
35 pero esperen, que agora
les reparto su oficio a cada cual.

Tú, amigo Nieto, que eres
mayordomo, serás
la carne de despensa,
40 y así no serás carne muy cabal.

De añadidura te echo
(pues el buen Villa-Real
no es carne ni pescado)
a Alcántara que pesa un poco más.

45 Pues Manuelico, aquel
González, cuya faz
tiene tan buena gracia,
como Manuel, el de despabilar,

es el mundo que engaña
50 con el semblante asaz,
que aunque promete mucho,
la cara es más lo que las obras dan.

Estos son carne y mundo;
pues Sofa, ¿qué será?
55 Pero el Sofa es demonio,
sabe su cuento como un Barrabás.

Celosos de la reina,
dejadnos ver no más
esas riquezas sólo;
60 en verlas os las hemos de gastar.

Si el riesgo de aojarlas
excusar intentáis,
Manuel os dé la higa,
para que no os la puedan aojar.

65 Vení acá, válgaos Sofa,
este hermoso manjar
no está en sí defendido,
aun de la golosina del mirar.

¿Qué os importa que el gato
70 aceche desde acá,
si el respeto es acíbar
que no le dejará pueda gustar?

Ya, si no sois la carne,
pues sois contra el solaz,
75 ni el diablo, pues hacéis
al cielo prometida vecindad;

ni el mundo, pues aun gloria
de prestado no dais;
y pues lo sois sin serlo,
80 ya tiene el alma un enemigo más.

CXVII

Quéjase Añasco de sus desdichas, y encarga la virtud a los hombres

A la Chillona se queja
de sus desdichas Añasco,
a quien dellas mucha parte
le caben por sus pecados.

5 «No hay quien bien me quiera, dice,
sólo por ser desgraciado,
teniendo las prendas yo
de muchos hombres honrados.

»Si en alguna casa entro,
10 y llego a jugar de manos,
con ser yo siempre el que llevo,
ellos se quedan quejando.

»Dicen que soy intratable,
y es que estoy tan ocupado,
15 que no pudiera vivir,
si no hurtara algunos ratos.

»Y sobre todos mis males,
en el lugar no ha faltado
quien diga que todo aquesto
20 me lo tomo por mis manos.

»Dícesme que tengo achaques,
siendo tú enferma y yo sano,
pues que tú comes de carne,
y yo como de pescado.

25 »Tan desesperado vivo,
Chillona, con tales casos,
que temo que una mañana
he de amanecer ahorcado.»

CXVIII

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE

A una dama muy interesada, habiéndola visto tropezar

Cayó Inés, y yo no niego
que los pies le vide a Inés;
hice aquesta copla luego.
5 En tierra mi cielo estás,
contigo en tierra, ¿quién dió?
«Quien dió», Inés me respondió:
esta es la copla, y no más.

CXIX

DE DON ANTONIO SOLIS

Que por qué se llaman a las feas entendidas, si es la fealdad la mayor necedad

SEGUIDILLAS

Yo digo que las feas
son entendidas;
porque cuando las hablo,
no hay que decirlas.
5 Y es que como tienen
sabor de amargas,
las confieso que saben,
por no probarlas.
Porque como a los sabios
10 tan feos pintan,
me parecen todas
filosofías;
porque luego en las hembras,
todo semblante,
15 si no puede pulirse,
da en ponderarse.
Fuera de que hay algunas
que saben tanto,
que parece que tienen
20 la piel del diablo.

¿Qué mucho, si las tales,
para que aprendan,
tienen todo aquel tiempo
que no las ruegan?

25 ¿Qué han de hacer sino darse
luego a los libros,
si son todas sus noches
ratos perdidos?

Harto trabajo tienen,
30 pues elocuentes
tienen muchas razones,
pero no mueven.

Y así yo, a la pregunta
de la Academia,
35 brevemente respondo
con esta letra.

Socorrer a las feas
con lo entendido
es taparse los ojos
40 con los oídos.

CXX

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE

A una boca grande de una mujer

Al ver tu hocico extendido,
Laura, piensa el más discreto
que tú misma algún secreto
quieres hablarte al oído.

5 Como voz que poco vale,
tu boca a tu oreja encuentra,
pues por una se te entra
y por la otra se te sale.

CXXI

DE ANASTASIO PANTALEON

A la Fortuna

ROMANCE

Juráralo yo, Fortuna,
juráralo yo mil veces,
que amenazaban desdichas
aquellos pasados bienes.

5 Aquellas serenidades
bien me previno mi suerte,
que en medio de los abriles
me concertaban diciembres.

Las glorias que me prestaste,
10 ¿dónde las hallas tan breves?,
que apenas entraron glorias,
cuando salieron desdenes.

Enigma veloz de pluma
sobre un instante te ofreces,
15 que empiezo a ver tus espaldas
cuando descubro tu frente.

La vida de mis venturas
¿quién no dirá que es su muerte?;
junta se ve con la noche
20 la aurora con que amanecen.

Siglo de un sol es un día,
mas nunca del sol se espere
que sirva para el ocaso
la luz que sirve al oriente.

25 Dar sendas a un imposible
sólo a mis dichas se deje,
que al mismo punto que nacen
se empieza a dudar si mueren.

El arte de los prodigios
30 fácil desde hoy me parece;
pues hallo en mí que una lumbre
se apaga mientras se enciende.

Bien me castigas, Fortuna;
costosos halagos tienes,
35 pues das a probar los gustos,
porque se lloran ausentes.

Hiciste paso a mis glorias,
porque el dolor las enseñe,
que a luz que vive un instante
siglos de sombra suceden.

Quien no nació venturoso
pudo en la dicha temerse,
que el luto de la desgracia
jamás desnudarse suele.

Las estrellas de los tristes
estrellas fijas son siempre;
no hay que esperar que se muden
hasta que al túmulo lleguen.

Esto te debo, Fortuna;
mas no es razón que me queje,
debiéndote en mis desdichas
la gloria del no deberte.

CXXII

El retrato de otra Julia

Allá va de mi cielo
todo el retrato,
de milagros es hecho,
sin ser milagro.

La ocasión su hermosura
logra en su pelo,
pues que tiene lo linda
por los cabellos;

pero el sol, por valientes
competidores,
porque no le venciesen,
los hizo noche.

Tanta nieve en su frente
tiene el verano,
que es fuerza que lo frío
vaya barato.

Sus ojuelos divinos
son (como hay viñas),
pues que tienen imperio
del cielo arriba.

De finísimas rosas
son sus mejillas,

y con ser ellas tales,
no es ella fina.

25 Mas por ella no es mucho
que yo me pierda,
si es con ser una sola
como mil perlas.

Del clavel de sus labios
30 no digo cosa,
si lo más que se dice
es punto en boca.

Pero della no hablemos,
que es tamañita;
35 y por más que la miren
no se divisa.

De la barba, el hoyuelo
temen los bravos,
porque es la sepultura
40 para enterrallos.

Cuando grave camina,
tiene tal gracia,
que en el aire que arroja
se van las almas.

45 Su pie por encogido
será un descalzo,
porque no ha de haber horma
de su zapato.

Esta es de quien adoro
50 breve una idea,
y si mejor la quieren
séalo ella.

CXXIII

Que haya sido el misterio de entorpecerse el tormento de Saú, cuando tocaba el arpa David

Fué asunto de una Academia

SONETO

En el arpa, en los dedos o en el viento,
¿dónde ha librado Dios su valentía?
Mas si fué la dulcísima armonía
trofeo de los tres el vencimiento,

5 es de su ardiente espíritu el aliento,
con que al abismo el joven desafía;
los dedos su poder, y en profecía
sacra, la humanidad el instrumento.

Los vencidos horrores del Tirano,
10 afrenta misteriosa de su gloria,
mucho son vaticinio soberano;

porque muestra en los lejos de la historia
que un dedo, que una voz, que un soplo humano
sobran en Dios para tan gran victoria.

CXXIV

Al estrago de la predicación evangélica

DE UN GRANDE INGENIO

Pregúntasme por qué con tanto ahinco
repugné el predicar; pues bien podría
con un poco de crítica osadía
subirme al mayor púlpito de un brinco.

5 Confieso, Aman, que los talentos cinco
son ya sólo una vana parlería;
mas con ella, ¿qué gana el alma mía,
pues ni una flecha en las ajenas hinco?

Si al oído estragado me acomodo,
10 estrago la doctrina; si la templo,
con sencillez a las paredes hablo.

¡Oh sacro oficio! Ya profano en todo:
es comedia el sermón, teatro el templo,
farsante el que predica, autor el diablo.

CXXV

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE

A una dama fea y negra que se pintaba

Con polvos Lisis se pinta,
y ser cosa nueva prueba;
pero no son cosa nueva
los polvos sobre la tinta.

CXXVI

ROMANCE

Juanica, la mi Juanica,
hermoso y grave prodigio,
que a cuantos te miran matas,
por costumbre o por oficio;

5 la de la vista matante,
la del donaire buído,
que en todas las voluntades
horca tienes y cuchillo,

yo te miré, y me robaste
10 mis dos y mis tres sentidos;
no es poco, según estoy,
que sepa cuántos son cinco.

No me valió el azabache
de tus ojuelos divinos
15 para librarme del mal
que me hicieron ellos mismos.

¡Qué dulcemente que muero,
qué de tan süave hechizo
gustoso vuelve cualquiera,
20 mas ninguno vuelve vivo!

Después que te adoro, tengo
bien criado el albedrío,
que antes de ver tu hermosura
era un libre y un maldito.

25 Eres, Juanica, un juguete
tan curioso y tan jarifo,
que temo han de llevarte
para adornar el Retiro.

A la escuela de tus ojos
30 anda el sol desde muy niño,
luces aprendiendo hermosas,
si no igualado pupilo.

La Primavera en tu rostro
estudia colores vivos,
35 con que se pulan las rosas,
con que se alienten los lirios.

Con el aliento fragante
de tu boca, paraíso,

son los jazmines de perro,
40 y el ámbar es de polvillo.

Viendo tus labios hermosos,
se turba el clavel más fino
y se pone como un
papel cortado y batido.

45 Son los dientes de tu boca
Duques de Yxar cristalinos,
según pasan sus carreras
limpios, iguales y fijos.

Pues tu entendimiento es bello,
50 Séneca está tamañito
delante de ti, y te tiembla
como un azogado Ovidio.

Yo bien quisiera olvidarte;
pero es afán deslucido
55 querer desatar la maña
fuertes lazos del destino.

Alguna estrella que ha dado
en estrellarse conmigo,
me graniza sobre el alma
60 amorosos desvaríos.

Pero no esté muy ufana
la estrellita de poquito,
que cuando llegó su fuerza,
ya yo me estaba rendido.

65 Ya me era yo de tus ojos
abrasado sacrificio,
y estaba de tus arpones
mal curado y bien herido.

Juana, yo me estoy muriendo
70 de achaque de haberte visto,
y por morir de dichoso
galanteo de peligros.

Abrásese tu desdén,
anéguese tu desvío
75 en las hondas de mi llanto,
o al fuego de mis suspiros.

CXXVII

DE DON GASPAR DE LA FIGUERA,

baile de Morella y su distrito

A una beata de la circunstancia del soneto

Por ser tan fea, a ser discreta vino
Lisi, que al huso y rueca dijo nones;
Lisi, que nunca usó los hilariones,
ayunar, ni acordarse de san Lino.

5 Sólo anciana le agrada aquel baquino,
dulce licor que alegra corazones,
fundando su salud en sus razones,
y en sus arrobos todo lo divino.

Lisi es, en fin, la que de acompañante
10 a toda ociosa dama sirve y pasa
santamente su vida de vacante.

La aguja cuando pasa no traspasa,
porque tiene por vicio relevante
hilar, hacer labor y estarse en casa.

CXXVIII

A una dama enferma de calentura, con un ramo de mosqueta, cogido después de herido del sol

DE UN GRANDE INGENIO

Ardió al sol la mariposa
de las flores, y exhaló
los aromas con que ornó
el sol su esfera lustrosa.
5 Ansí fiebre venturosa
a la hermosura doliente
usurpó con rayo ardiente
por un rato la hermosura,
para lograr la ventura
10 de ser hermoso accidente.

CXXIX

DE DON ANTONIO DE SILVA

Un galán requebrando a un cántaro, y responde él, que estaba puesto en una ventana

ROMANCE

Clérigo que un tiempo fuí
en el estilo burlón,
al son de un zapateado
y una guitarra cantor,
5 los impulsos de Cupido,
si del fiero Marte no;
aunque ya para poetas
martes los sábados son,
canto, y el barbón famoso
10 que un cántaro en un balcón,
pensando que era su ninfa,
una noche enamoró.
Respondióle el vicedama,
y no cause admiración,
15 si hay fuentes murmuradoras,
que haya cántaro hablador.
En demandas y en respuestas
la plática se entabló;
y estas formales palabras
20 del cantariloquio son.
G. Disfrazado vengo a veros
por más disimulación.
C. Bien estais desconocido,
pero mal conocedor.
25 *G.* ¿Cómo os hallais?
C. Achacosa;
porque el beber me causó
una cierta hidropesía,
envuelta en opilación.
G. Mucho lo siento.
C. Seguro
30 nadie de achaques se vió,
que como somos de barro
vivimos en sujeción.

G. Tomad, señora, el acero.
C. ¿Cómo, si aun tengo temor
35 que los hierros desta reja
me acallen algún chichón?

G. No temais, mi bien, que un ángel
debe tener más valor.
C. Aun no llego a ser quebrado,
40 y ya requebrado soy.

G. ¿Qué decís, ojos serenos?
C. Serenos tenéis razón
que serenos os parezcan,
pues serenando me estoy.

45 *G.* Por vos muero, vida mía,
y vivo sólo por vos.
C. No me digáis por vos vivo,
decid bebo, y es mejor.

G. A mi ruego os inclinad,
50 que se abrasa el corazón;
C. Pues a fe que si me inclino,
que yo os mitigue el ardor.

G. Arde un volcán en mi pecho
del fuego de mi pasión.
55 *C.* Yo os apagaré el volcán,
volcándome sobre vos.

G. Vos sois mi cuarto elemento.
C. Los cuatro están en los dos;
la tierra y el agua en mí,
60 el fuego y el aire en vos.

G. Quiero una música daros,
si es de vuestra inclinación.
C. No lo ha de ser, si mi nombre
de cantar se derribó.

65 *G.* ¿Hacéis alguna persona
partícipe en nuestro amor?
C. Nunca para mis amores
cobertera me faltó.

G. ¿Podré una mano tomaros?
70 ¡Dadme este gusto, por Dios!
C. ¿Para qué queréis mis gustos,
si todos aguados son?

G. Sois cruel.
C. ¿Qué más piadosa
me queréis, si ejecutor
75 siempre de una de las obras
de misericordia soy?

G. No hallaré mujer más bella
en cuanto circunda el sol.
C. Aunque la mandéis hacer
80 en la villa de Alcorcón.

G. Quiero, haciendo mil extremos,
que conozcais mi afición.
C. No tenéis para qué hacellos,
porque no soy de Estremoz.

85 *G.* ¿Qué me mandáis, alma mía,
en que muestre mi afición?
C. ¿Alma vuestra me llamáis?
Alma de cántaro sois.—

Y cuando en términos tales
90 iba la conversación,
llegó una moza por agua,
y un tapaboca le dió.

CXXX

SONETO DE DISPARATES

Motejando una mujer a un hombre

Para pintarte, empiezo por la boca,
que es como de costal, mas no tan seca,
porque de aficionada, y no a manteca,
trae siempre tanto moño, que me coca.

5 Tus bigotes y lados son de estopa,
a quien tu espada le sirvió de rueca,
en tu pie miro el zancarrón de Meca,
y en tu nariz el albañal de Moca.

Toda tu habilidad es mala cuca,
10 contigo la limpieza se salpica,
el talle es de babieca, el juicio de aca;

es el pesebre quien te da en la nuca,
y este retrato mi pincel te aplica
en rueca, boca, Meca, cuca y caca.

CXXXI

Respuesta del galán a la dama

Es tal tu gracia, y aunque yo al probarla
di gloria a cuantos tratan de verterla,
y tu rostro es un pez llamado merla,
que nace en la laguna que hay en Parla.

5 Tus ojos son aguja, que al pasarla
se pica cualquier sastre por meterla;
pues lo que es tu nariz, si fuera perla,
no hubiera oro en Ofir para pagarla.

Cierta bola interior tu boca mirla,
10 tu barba a tener barbas fuera borla
al pendón de tu cara que almas turba.

A toda tu beldad tu boca cerla;
y ves aquí tu rostro, aunque sin orla,
en parla, perla, borla, merla y tirla.

FIN DE ESTE LIBRO

CXXXII

JACARA

El agarrador de marca,
según la espalda le muestra,
que fué araña de la mosca,
y mosca de las tabernas,
5 a dar la vuelta le sacan,
para que todos le vean,
mientras el fiero ministro
le pone de vuelta y media .

Alto dos palmos del suelo,
10 la tierra a sus pies les niegan;
¿qué harán dél, cuando esté muerto,
si aun vivo no le dan tierra?

Pero en tanto que el verdugo
con el pincel de baqueta
15 le pintare las espaldas,
pintarle yo será fuerza.

Sus cuartos no eran menudos,
ancho de talle y conciencia;
su trato en lo pegajoso
20 era liga, y la edad, media.

Revuelto y ensortijado
sobre la más dura testa,
era su pelo sortija,
y su cabeza la piedra.

25 Tempestuosa la frente,
porque jamás fué serena;
lucientes rayos sus ojos,
y negras nubes sus cejas.

La nariz medio cortada
30 la sacó de una pendencia;
no pudo guardalla, porque
era casa con dos puertas.

Pero dejo su pintura,
y pásome a sus grandezas;
35 obras doctas de sus manos,
que han de parar en sentencias.

Primo, hurtando a la justicia,
una noche cierta presa,
desatacando un corchete,
40 se abrochó con una hembra.

Mas, a la misma, después,
por ser entonces Cuaresma,
hizo en su cara la raya,
y la cruz para no verla.

45 Aturdió de un golpe a otra,
pero fué el desastre tema;
y todo esto fué sólo
porque le dió en la cabeza.

Profanóle de los ojos,
50 lascivo, las niñas mesmas,
y tuerta la quiso hacer,
por hacerla andar derecha.

Del género femenino,
de las chulas más traviesas
55 era la guerra y la peste,
pero el hambre estaba en ellas.

Movía muy bien la hoja,
sin temblor y con destreza;
pero aquello de echar mano,
60 se entiende en las faldriqueras.

Sus ropillas y sus sayos
hizo de capas ajenas,
porque hacerlos de las suyas,
eso haráselo cualquiera.

65 Eso de cortar las caras,
pregúntenlo a las orejas,
que escribió en rayas de chirlos
los rótulos de sus fiestas.

Si le chimeaban palabras,
70 daba veloz la respuesta,
siendo mentis el correo
y un bofetón la estafeta.

A un hombre, mas no fué nada,
cortó de un golpe dos piernas,
75 y fué milagro que en las
espinillas no le diera.

El jueves de los compadres
tuvo una sangrienta guerra,
y en tantas que hizo morcillas,
80 hizo sus Carnestolendas.

A un hombre sutil, que quiso
tener con sus cosas cuenta,
tan sólo con un suspiro
le hizo volar a las tejas.

85 Verdad sea que al aliento
le dió el vino mucha fuerza,
que dél estaba aforrado
por de dentro y por de fuera.

Para celebrar al mundo
90 estas heroicas grandezas,
le dan las cubas sus vahos,
los mosquitos, sus trompetas;

sus voces, los pregoneros;
los cardenales, sus letras;
95 su pergamino, el azote,
y sus plumas, las galeras.

Y darále, si Dios quiere,
el lino del dogal vela,
porque en los plantados leños
100 navegue a la vida eterna.

CXXXIII

JACARA

Entre los fuertes crujidos
de un pespunteado rebenque,
que a espaldas vueltas mermura
la malicia de un corchete,

5 el Mellado de Antequera
cuatro centenares prende,
por la mano, garrafales,
y por la baqueta, fuertes,

para que lleve un jubón,
10 y también para que lleve
toda una torta de rosas,
todo un pan como unas nueces.

En el grito, y en el golpe
admira arregañadientes
15 que tan tiernamente cante
quien tan crudamente hiere.

Triste camina el Mellado,
y lo más zaíno que puede,
hacia la espalda madruga,
20 y hacia la cara anochece.

Mas dentro de sí decía,
encarándose a la Méndez:

«Aquesta tunda recibo
por quien soy, y por quien eres.

25 »En Málaga me crié,
y sabes que he sido siempre
hijo, al fin, destas arenas
engendradoras de sierpes.

»A los Percheles fuí el año
30 que tú fuiste a los Percheles,
y con el matapecados
siempre he sido un matasiete.

»Verdad es que en mis andanzas
siempre he sido un mal jinete,
35 pues me dan, en descubierto
de la adarga, los reveses.

Y, agora para vengarme,
han querido que me lleven
a dar de palos al mar,
40 como si él culpa tuviese.»

Con esto llegó a la cárcel,
y aflojando los cordeles,
dijo: «Esto es hecho», y entróse
al rancho de los valientes.

NOTAS A LA ANTOLOGIA *

(Pág. 3) Juan Francisco Ginovés fué también poeta. El colector del *Cancionero de 1628* le atribuye las *Selvas de todo el año en verso* y otros poemas, como las *Liras a un sueño*, que figuran también en este libro, página 188. Asistió a las academias zaragozanas que reunieron en sus palacios los Condes de Lemos y Aranda. Aparece en diversos vejámenes de la época, y le elogia don Juan DE MONCAYO, marqués de San Felices, en sus *Rimas* (Zaragoza, 1652), pág. 103. Vid. mi edición del *Cancionero de 1628*, págs. 19 y siguientes.

(Pág. 4) Sobre Francisco de la Torre, poeta tortosí, amigo de los mejores ingenios aragoneses, vid. mi artículo en *Mediterráneo*, 1945, n.º 6.

I Figura en la edición de las *Poesías* de don Antonio HURTADO DE MENDOZA, Madrid 1728, pág. 4.

II Es el conocido soneto de Cervantes. Vid. F. RODRÍGUEZ MARÍN, *Una joyita de Cervantes*, Madrid, 1943. El texto de Alfay presenta algunas equivocaciones, que figuran corregidas al margen del ejemplar de la Nacional que editamos. Son las siguientes: v. 7, *me dure;* 8, *anima;* 15, *en chapeo*.

V Es de Juan de Salinas. Vid. T. HERNÁNDEZ REDONDO, *El doctor Juan de Salinas*, Granada, 1932, pág. 97: «Compuso el Dor. Juan de Salinas este romance al M.º Fuenmaior, fraile agustino, que salió a pedir para el Rei Felipe Segundo cierto empréstito general, que también salieron a pedir por toda España diversos religiosos; y en cierta aldea donde pasó el fraile una noche, le sucedió levantarse deslumbrado al servicio y sentarse en un brasero donde se socorrió; calló hasta que aquejado del dolor fué necesario descubrirlo, y el concejo, para que curase, le embió ungüento blanco.» Corregimos los versos 34, *dice=dic*, y 117, *famo=fama*.

VI Concurrió Góngora a un certamen poético por la beatificación de san Jacinto, celebrado en Sevilla el domingo 7 de febrero de 1610, y el P. Pineda, jesuíta sevillano (1553-1637), «por premiar a don Juan de Arguijo en primer lugar, dijo que se echasen suertes entre él y don Luis de Góngora (MILLE, *Obras de Góngora*, Madrid, s. a., pág. 1232). Algún códice gongorino, como el que existe en la Biblioteca del Seminario de Zaragoza, aclara diversas alusiones del soneto de don Luis: «Era este padre vermejo y escriuió sobre Job muy dilatadamente». Vid. mi artículo *Un nuevo códice gongorino*, *Castilla*, II, fasc. I y II.) Corregimos los versos 9, *de la tela=do la tela*, y 10, *seguro=Segura*.

---

* Los números de las notas corresponden a los que llevan al frente las composiciones.

El P. Pineda censuró también la *Política de Dios* de Quevedo, y en la respuesta de don Francisco se alude a este soneto gongorino: «Yo he de responder de padre y bonete a quien me provocó de espada y capa. Vuestra paternidad oiga, pues hablo; y esto me debe, que aunque pudiera vacilar en la persona de vuestra paternidad, habiendo visto contestar en ella dos sonetos, uno de don Luis de Góngora y otro que anda impreso en las *Informaciones* de la Concepción de Nuestra Señora...» Edic. de L. ASTRANA MARÍN, *Obras completas de don Francisco de Quevedo*, Madrid, 1941, I, pág. 800.

IX, v. 31 Texto: *Piou.*

XI, v. 14 Texto: *airer.*

XIV, v. 13 Texto: *la segunda.* — 14 *no quisiere.*

XV Está publicado en la edición cit., pág. 11.

XIX Es de atribución muy dudosa y no figura en otras colecciones.

XXI Desconozco quién puede ser este poeta, de quien figuran también numerosas composiciones en el *Cancionero de 1628*. No creo posible, por la cronología, identificarlo con don García de Porras y Silva que figura en el *Cancionero de la Rosa* de J. PÉREZ DE GUZMÁN, Madrid, 1891, I, pág. 311. Corrijo el verso 8: *yegas fatifa.*

XXII Para las alusiones que encierra este cruel soneto, vid. ASTRANA, edición cit., I, pág. 1828 (nota): «Pellicer de Sala, don Juan de Jáuregui, Pérez de Montalbán, el P. Niseno o Pacheco de Narváez juzgo que deben ser los autores de ese incalificable soneto».

XXV Es de atribución muy dudosa. Foulché-Delbosc la vió también atribuída a Quevedo. Véase MILLÉ, edic. cit., pág. 1316.

XXVI Atribuído a Cervantes se publicó en la *Biblioteca de Autores españoles*, vol. I, pág. 710, copiado de un manuscrito que poseyó don Agustín García Arrieta, bibliotecario de los Estudios Reales. Copio esta versión, llena de variantes de gran interés:

A un valentón metido a pordiosero

Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco,

retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.

«Den voacedes, por Dios, a mi pobreza,
les dice; donde no, por ocho santos,
que haré lo que suelo sin tardanza.»

Mas uno, que a sacar la espada empieza,
«¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?

Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?»
Respondió el bravonel: «Irme sin ella.»

XXVIII Don Francisco de Sayas, elogiado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, silva II, nación en 1597 en La Almunia de Doña Godina,

de linage ilustre. Su actividad como historiador no le impidió dedicarse al cultivo de la poesía, pero su pequeña obra aparece desperdigada en las justas y certámenes de su tiempo, siendo muy elogiado por Gracián y por el cronista Juan Francisco Andrés de Ustarroz. Vid. LATASSA, *Biblioteca ant. y nuev. de escritores aragoneses*, Zaragoza, 1886, III, pág. 171 y siguientes.

XXIX «El P. Valentín Antonio de Céspedes nació en el lugar de Paiva, del Perú, de padres españoles, hacia 1587. Vino a formar su educación en España, tal vez en Sevilla, y desde las aulas de Maese Rodrigo se aficionó a la vida religiosa y perteneció a la Compañía de Jesús en la provincia de Castilla. Del período de sus estudios (1615) se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid unas *Lecciones filosóficas* (sala de manuscritos, f. 50) e impresos en Burgos varios *Sermones*, pues fué en su tiempo eminente orador sagrado. Sus versos no se publicaron nunca coleccionados, aunque el aragonés José Alfay incluyó algunos en su libro «POESÍAS VARIAS DE DIFERENTES (sic) INGENIOS ESPAÑOLES» (Zaragoza, 1654). Bajo el pseudónimo de «Don Pedro del Peso» dió al teatro algunas comedias.» Juan PÉREZ DE GUZMÁN, *Cancionero de la Rosa*, Madrid, 1891, I, página 345. Otros deliciosos poemitas de Céspedes pueden verse en el *Cancionero de 1628*. Corregimos los versos 108, *atandes=ataúdes;* 205, *ta ayuden*, 314, *lacivo*.

XXXI GALLARDO *(Ensayo*, III, c. 679) edita este poemita como de don Pedro de Mendoza, según un códice del siglo XVII que existía en la Biblioteca Capitular de Córdoba. Vid. mi edic. del *Cancionero de 1628*, pagina 287. L. ASTRANA MARÍN lo incluye entre los poemas amorosos de Quevedo, edic. cit., II, pág. 24.

XXXII GRACIÁN recuerda en la *Agudeza* (disc. III) esta redondilla, aunque sin dar el nombre de su autor: «De este género son los equívocos; muy celebrado éste, que por mote lo dijo una menina de la reina, en aquella usada ingeniosa recreación de Palacio».

XXXIII En las *Delicias de Apolo*, pág. 109, se atribuye a Quevedo, y parece ser una refundición de otro romance de don Francisco. Véase la edic. cit. de L. ASTRANA MARÍN, II, págs. 248 y 1535.

XXXV Según LATASSA, Diego Morlanes murió violentamente el sábado 26 de marzo de 1633, «siendo consejero civil de Aragón», hecho que había indicado antes el cronista Andrés de USTARROZ en su Aganipe (Zaragoza, 1890, pág. 24):

Don Diego de Morlanes asegura
en la docta dulzura
de sus versos süaves, misteriosos,
de Cintio los laureles amorosos
y por su numen tuvo merecida
más dilatada vida:
sin duda la tuviera
si no se la quitara mano fiera;
este funesto, lamentable caso
lloróse en el Parnaso.

Otros poemas, con singulares aciertos, pueden verse en el *Cancionero de 1628*.

XXXVI Véase la edición crítica de esta célebre canción en *Revue Hispanique*, 1907, pág. 288 y ss. Para las distintas atribuciones, v. mi nota en la *Revista de Filología española*, XXVI, 1042, pág. 80 y ss.

XLVII Atribución dudosa. Vid. MILLÉ, edic. cit, pág. 1321. Lo mismo los XLIX, LXI y LVII, íbid.

L Alude con toda seguridad a la *Historia de la conquista de las islas Malucas*, de Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA.

LV Aparece también en la edic. cit. de 1728, pág. 13.

LX Ignoro quién puede ser don Gaspar Sotelo, cuyo nombre no figura en LATASSA ni en los certámenes de la época.

LXI No aparece entre las poesías publicadas en Madrid en 1728. Lo mismo ocurre con las que llevan los núms. LXXIII, LXXVIII y LXXXV.

LXIII Jerónimo de Villayzán y Garcés nació en Madrid en 1064. Recibió esmerada educación y se licenció en Derecho. Hacia 1629 vivía en Segovia, según se desprende de la sexta epístola de *Coronas del Parnaso y platos de las Musas* de SALAS BARBADILLO. Fué después nombrado abogado de los Reales Consejos, gozando de gran privilegio en Palacio, lo que pudo despertar la envidia del cortesano don Antonio Hurtado de Mendoza, que le dirigió la conocida y malintencionada letrilla que comienza:

¿Quién mató al comendador?
¿Fuente-Ovejuna? Es error.
¿Qué comedias de primor
se las quitan a su autor
y a qué nombre se las dan?
Villayzán.

De Villayzán se conservan unas cuantas comedias, cuyos títulos pueden verse en C. A. DE LA BARRERA, *Catálogo del teatro antiguo español*, Madrid, 1860, pág. 490 y ss., de donde proceden los datos anteriores.

LXV También se atribuyen a Calderón en el ms. 3773, f. 19, de la Biblioteca Nacional de Madrid.

LXVII De atribución muy dudosa. Vid. MILLÉ, op. cit., pág. 1325. Lo mismo que las endechas *Junto a una fuente clara*, núm. LXXIV.

LXXI Don Juan Fernández fué regidor de Madrid en el primer tercio del siglo XVII. Poseyó una deliciosa casa y huerta que describió TIRSO DE MOLINA en la comedia titulada *La huerta de Juan Fernández*. Construyó también nuestro regidor cierta glorieta o torrecilla en el Prado para que en las noches de verano alegrasen los músicos el paseo, de lo que se burló donosamente el Conde de Villamediana:

¡Buena está la torrecilla!
¡Tres mil ducados costó!...
Si Juan Fernández lo hurtó,
¿Qué culpa tiene la villa?

Vid. Luis FERNÁNDEZ GUERRA, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, Madrid, 1871, pág. 217 y ss.

LXXVI Es el mismo romance de Góngora que comienza *Escuchadme atentamente*, MILLÉ, núm. 18, pero con notables variantes y versos añadidos que MILLÉ, 1175, no cree de don Luis.

LXXXII No es un romance auténtico. Vid. MILLÉ, pág. 1325. Corregimos el texto en el verso 33, *Alcorán* por *alacrán*.

LXXXIII Con la misma atribución se encuentra en el ms. 3773, folio 121, de la Biblioteca Nacional de Madrid. El ejemplar de Alfay que

copiamos tiene al margen del verso 6 una corrección manuscrita que creemos acertada. Se lee *línea rreta* por *linfarreta*.

LXXXIV No es de Góngora. Tampoco es de don Luis el romance a Policena, núm. LXXXVII.

LXXXV Sobre don José Zaporta no da LATASSA, *B. A. y N.*, página 418, más detalles que los de Alfay. J. F. Andrés de USTARROZ le elogió en su *Aganipe de los cisnes aragoneses*, Zaragoza, 1890, pág. 40:

Josef Zaporta con gallardo estilo
imita al zueco de Papinio Estacio,
y el coturno de Acio:
su musa, dilatándose qual Nilo,
inunda la ribera floreciente
del Ebro transparente,
que en aplausos admira caudalosos
sus versos elegantes y nervosos.

Corregimos los versos 72, *arroñuelo*; 152, *denes=desdenes*; 357, *Inactirio=Inaco río*; 382, *Fisifo=Sisifo*; 440, *Causo=Cáucaso*; 526, *conturnos*; 653, *del deseo=Himeneo*.

XCII ASTRANA MARÍN la da como auténtica, y la edita, II, 174, tomándola de aquí.

XCIII LATASSA registra varios escritores aragoneses de este apellido, pero ninguno parece ser el autor de esta jácara.

CV Como indiqué en la introducción, este romance es de Lope de Vega. Alude claramente a su estancia en Sevilla a principios del siglo XVII. Vid. H. RENNERT y A. CASTRO, *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919, No aparece registrado en el trabajo de Juan MILLÉ, *Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas atribuídas a Lope de Vega*, *Revue Hispanique*, LXXIV, 1928.

CXV Alberto Díez y Foncalda nació en Zaragoza a principios del siglo XVII y perteneció al grupo de los académicos del Conde de Lemos y Conde de Andrade. En 1653 publicó un libro titulado *Poesías varias*, aprobado también por el doctor Ginovés, quien señala el carácter burlesco y jovial de la obra: «Pues si los dos Leonardos han sido gloria de nuestro reino en las veras; este cavallero sea gloria i embidia nuestra en las jovialidades vivísimas.» Es quizá, con el Marqués de San Felices, uno de los mejores poetas de su generación. Vid. mi libro en prensa *Poetas aragoneses del siglo XVII*.

CXVI Antonio Coello nació en Madrid a principios del siglo XVII. Militó bajo las órdenes del Duque de Alburquerque con el grado de capitán, y el rey premió sus servicios con el hábito de Santiago en 1648. Colaboró en diversas piezas dramáticas con Rojas, Calderón, Vélez y Montalbán. Vid. C. A. DE LA BARRERA, *Catálogo*, pág. 94. Corregimos en el v. 7 *cuarto* por *cuatro*.

CXXIX Desconozco quién puede ser este don Antonio de Silva, cuyo nombre no he visto registrado en los libros que he podido consultar. A juzgar por este poemita, debió de ser escritor de cierto gracejo.

CXXXI Nótese que el verso 12 no rima. ¿Pondría *curva*?

INDICE DE PRIMEROS VERSOS

PÁGS.

A Judas vejamen doy *(Anónimo)*... 67
A la Chillona se queja *(Anónimo)* 192
A pesar del Prado sale, *(Anónimo)*... 169
A una bota de Peralta, *(Anónimo)* 65
Alamo, águila hojosa que volaste *(Anónimo)*... 163
Alarcón, Mendoza, Hurtado *(A. Mira de Amescua)*... 82
Al ver tu hocico extendido *(Francisco de la Torre)* 194
Allá va de mi cielo *(Anónimo)* 196
Amigos guardadamas *(Antonio Coello)*... 190
Anacreonte español, no hay quien os tope *(Luis de Góngora)* ... 19
Aquel dios, ciego y malsín *(A. I. de Salas Barbadillo)* 85
Aquel racional mosquito *(Anónimo)*... 151
Aquí del conde Claros, dijo, y luego *(Luis de Góngora)*... 117
Aquí se muestra un retablo *(Alonso Pérez Marino)* 84
Aquí se vende, lector, *(Anónimo)*... 79
Aquí yace Mari Blas *(Anónimo)*... 87
Ardió al sol la mariposa *(De un gran ingenio)*... 201
Atención, por vida mía *(Luis de Góngora)* 115
Atrevidos pensamientos *(Jerónimo de Villayzán)*... 101

Boscán, tarde llegamos. —¿Hay posada? *(Lope de Vega)*... 54

Camina en tu breve esfera *(Anónimo)*... 185
Caminante, aguarda, espera, *(Anónimo)*... 77
Canto de Amor los horrores *(Valentín de Céspedes)* 170
Cayó Inés, y yo no niego *(Francisco de la Torre)* 193
Clavel dividido en dos *(Pérez de Montalbán)*... 44
Clérigo que un tiempo fuí *(Antonio de Silva)*... 202
Compitiendo con las selvas *(A. Hurtado de Mendoza)*... 108
Con el mulato de Andújar *(Pedro Panzano)* 149
Con enaguas la Tusona *(Francisco de Quevedo)*... 149
Con los dineros de Cea *(De un aragonés)*... 84
Con los ojos de Gileta *(Anónimo)* 164
Con polvos Lisis se pinta *(Francisco de la Torre)* 198
Con recia confianza *(Anónimo)*... 188
Cuando volví de las Indias *(Luis de Góngora)* 41

Deidad desta ribera *(Anónimo)*... 164
De las ya fiestas reales *(Luis de Góngora)*... 81

PÁGS.

Déme el discreto razón *(Francisco de la Torre)*... 125
De tanta nieve viviente *(Anónimo)* 185
Desdicha, hermosura y novia *(A. Hurtado de Mendoza)* 7
Dicen que tienes, Juanilla *(Anónimo)* 154
Difunta al gusto, viva ya a la pena *(Francisco de la Torre)* 75
Dígasme, tú, el esqueleto, *(Luis Vélez de Guevara)*... 121
Don Cohombro de Alarcón *(Fray Gabriel Téllez)* 83
Doña Juana de Bolanes *(Anónimo)* 106

El agarrador de marca *(Anónimo)*... 206
El alba, Marica, *(A. Hurtado de Mendoza)* 54
El fugitivo troyano *(A. de Salas Barbadillo)* 109
El galán que me quisiere *(Orozco)* 56
El pintor de cuchilladas *(Anónimo)* 127
El poema que a Alarcón *(A. del Castillo y Solórzano)*... 84
El que no llega a saber *(A. Hurtado de Mendoza)*... 119
El regüeldo, bien mirado *(Anónimo)*... 30
El segundo Claramonte *(A. I. de Salas Barbadillo)* 83
El yerro tengo por cierto *(A. Hurtado de Mendoza)* 107
Empujar quiero mi voz *(Francisco de Quevedo)*... 37
En el arpa, en los dedos o en el viento *(Anónimo)*... 197
En el cascarón metido *(Fray Juan Centeno)* 83
En esta piedra yace un mal cristiano *(Francisco de Quevedo)* ... 58
En Fuenmayor, esa villa *(Anónimo [Juan Salinas])*... 13
¿En justa injusta expuesto a la sentencia *(Luis de Góngora)*... ... 16
En la justa muy justa la sentencia *(Padre Pineda)* 17
En la más noble región *(Anónimo)*... 157
En la mudanza de Gila *(A. Hurtado de Mendoza)* 100
En la Trapería *(Anónimo)* 156
En las orillas del Tajo *(Luis de Góngora)*... 31
Enternecido el sepulcro *(Luis de Góngora)*... 126
Entre los fuertes crujidos *(Anónimo)*... 208
Escuchadme atentamente *(Anónimo)* 72
Esquiva Atalanta siempre *(Valentín de Céspedes)*... 46
Es tal tu gracia, y aunque yo al probarla *(Anónimo)* 205
Estas exhalaciones peregrinas *(Francisco de Sayas)* 69
Este romanzón compuso *(Anónimo)* 72
Este sonoro cristal *(Francisco de Sayas)*... 45

Famoso Guadalquiví *(Anónimo [Lope de Vega])*... 167
Flor con alma, la más fiel *(Gaspar Sotelo)*... 101
Flor con voz, volante flor *(Francisco de Quevedo)*... 20

Gran héroe, duque de Sesa *(Gabriel Bocángel)* 21

Hermosísima Julia, que a pellizcos *(Anónimo)* 182
Hijo mío, no te engañe *(Luis de Góngora)*... 77

Inesilla de Segovia *(Anónimo)*... 147
Insignísimos amigos *(Anónimo)* 186

PÁGS.

Juanica, la mi Juanica *(Anónimo)*... 199
Jueves era, jueves *(Luis de Góngora)* 88
Junto a una fuente clara *(Luis de Góngora)* 112
Juráralo yo, Fortuna, *(Anastasio Pantaleón de Ribera)*... 195
Justicia en dos puntos hecha *(Luis de Góngora)*... 79

La beldad más peregrina *(Diego Morlanes)*... 59
La bella deidad del Tajo *(Luis de Góngora)*... 75
La dama que en los chapines *(Luis Vélez de Guevara)*... 82
La gala de la hermosura *(A. Hurtado de Mendoza)*... 123
La flota, que de Indias vino *(Luis de Góngora)* 56
La mano en el instrumento *(Anónimo)* 88
La preñadilla de Antón *(Anónimo)* 30
La relación he leído *(Pérez de Montalbán)*... 82
Los más bellos ojos negros *(A. Hurtado de Mendoza)*... 29

Mándasme, amigo carísimo, *(Anónimo)*... 168
Más que el basilisco, Inés, *(P. Calderón de la Barca)* 103
Mota, borracha, golosa, *(Francisco de Quevedo)*... 65

¿No me conocéis, serranos? *(García de Porras)*... 69

Oh dulce amor de mi pluma *(Diego de Frías)* 90
Oh tú, que Mecenas mío *(Jusepe Zaporta)*... 129
Oigan, señores galanes *(Anónimo)* 153
Ojos, de cuyo esplendor *(Jerónimo Cáncer)* 104
Olmo fuí ayer, ¡oh hipérbole florido! *(A. Hurtado de Mendoza)*... 112
Oye, Amarilis discreta *(Jerónimo Cáncer)*... 161
Oye, amigo; oye, cochero *(Alberto Díez)* 189
Oye, Marica, que vengo *(Anónimo)* 12

Paloma era mi querida *(Luis de Góngora)*... 122
Parado estaba a una esquina *(Anónimo)*... 145
Para hacerles el proceso *(Anónimo)* 34
¿Para qué, dime, Marcia, te perfumas? *(Anónimo)*... 31
Para pintarte empiezo por la boca *(Anónimo)*... 204
Pasajero, a la gran fuente *(B. Leonardo de Argensola)*... 40
Pastores, que me abraso *(A. Hurtado de Mendoza)*... 87
Pedirme en tal relación *(Lope de Vega)* 81
Porque está llorando el alba *(Anónimo)*... 166
Por ser tan fea, a ser discreta vino *(Gaspar de la Figuera)* 201
Por tu vida, Lopillo, que me borres *(Luis de Góngora)* 28
Pregúntasme por qué con tanto ahinco *(De un grande ingenio)* ... 198

Quedad sobre este peñasco *(Luis de Góngora)*... 105

Rabioso y mortal cuidado *(Luis de Góngora)*... 120
Refieren muy resolutos *(Francisco de la Torre)* 17
Rompe la concha de esmeraldas finas *(Francisco de la Torre)*... ... 102

PÁGS.

Saca el oriente a la aurora *(García de Porras)* 34
Salid, ¡oh Clori divina! *(García de Porras)* 63
Saturno alado, ruïdo *(Francisco de Quevedo)*... 12
Señora, no puedo más *(Anónimo)*... 90
Si de los ojos hermosos *(Anónimo)*... 165
Si el necio, aunque afortunado *(A. Hurtado de Mendoza)* 118
Si miras la amenidad *(García de Porras)* 113
Sin esperar la lucha picaril *(Anónimo)*... 20
Si no sabéis, señora de Cetina *(Anónimo)*... 36

Tanta de corcova atrás *(Juan Fernández)* 109
Tu nariz, hermana Clara, *(Baltasar del Alcázar)*... 119

Ufano, alegre, altivo, enamorado *(Anónimo)* 60
Una cortesana vieja *(Anónimo)* 18
Una perpetua esperanza *(A. Hurtado de Mendoza)*... 118
Un clavel, de Lucinda enamorado *(Gaspar Sotelo)* 99
Un discurso campanil *(Anónimo)*... 169
Un valentón de espátula y gregüesco *(Anónimo [M. Cervantes])*... 44
Un verdugo se quejaba *(Anónimo)* 71

Voto a Dios, que me espanta esta grandeza *(Anónimo [Cervantes])* 11

Ya de corcova en corneja *(A. Hurtado de Mendoza)* 82
Yo digo que las feas *(Antonio de Solís)* 193
Yo vi la segunda parte *(Francisco de Quevedo)*... 81

INDICE DE ATRIBUCIONES

PÁGS.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Tu nariz, hermana Clara 119

ANÓNIMOS

A Judas vejamen doy 67
A la Chillona se queja... 192
Alamo, águila hojosa que volaste 163
Allá va de mi cielo... 196
A pesar del Prado sale... 169
Aquel racional mosquito 151
Aquí se vende, lector 79
Aquí yace Mari Blas 87
Ardió al sol la mariposa 201
A una bota de Peralta... 65
Camina en tu breve esfera... 185
Caminante, aguarda, espera 77
Con los dineros de Cea... 84
Con los ojos de Gileta... 164
Con recia confianza 188
Deidad desta ribera... 164
De tanta nieve viviente 185
Dicen que tienes, Juanilla 154
Doña Juana de Bolanes... 106
El agarrador de marca... 206
El pintor de cuchilladas 127
En Fuenmayor, esa villa [*De Salinas*]... 13
El regüeldo, bien mirado... 30
En el arpa, en los dedos o en el viento 197
En la más noble región 157
En la Trapería 156
Entre los fuertes crujidos... 208
Escuchadme atentamente 72
Es tal tu gracia, y aunque yo al probarla... 205

PÁGS.

Este romanzón compuso 72
Famoso Guadalquiví [*L. de Vega*] 167
Hermosísima Julia, que a pellizcos 182
Inesilla de Segovia 147
Insignísimos amigos 186
Juanica, la mi Juanica... 199
La mano en el instrumento 88
La preñadilla de Antón 30
Mándasme, amigo carísimo 168
Oigan, señores galanes... 153
Oye, Marica, que vengo 12
Parado estaba a una esquina... ... 145
Para hacerles el proceso 34
¿Para qué, dime, Marcia, te perfumas 31
Para pintarte empiezo por la boca 204
Porque está llorando el alba... ... 166
Pregúntasme por qué con tanto ahinco 198
Señora, no puedo más... 90
Si de los ojos hermosos 165
Sin esperar la lucha picaril 20
Si no sabéis, señora de Cetina ... 36
Una cortesana vieja... 18
Un discurso campanil 169
Un valentón de espátula y gregüesco [*Cervantes*] 44
Un verdugo se quejaba... 71
Ufano, alegre, altivo, enamorado... 60
Voto a Dios, que me espanta esta grandeza [*Cervantes*]... 11

B. L. DE ARGENSOLA

Pasajero, a la gran fuente... 40

PÁGS.

GABRIEL DE BOCÁNGEL

Gran héroe, duque de Sesa 22

P. CALDERÓN DE LA BARCA

Más que el basilisco, Inés... 103

JERÓNIMO CÁNCER

Ojos, de cuyo esplendor 104
Oye, Amarilis discreta... 161

A. DEL CASTILLO Y SOLÓRZANO

El poema que a Alarcón 84

FRAY JUAN CENTENO

En el cascarón metido... 83

VALENTÍN DE CÉSPEDES

Canto de Amor los horrores... ... 170
Esquiva Atalanta siempre 46

ANTONIO COELLO

Amigos guardadamas 190

ALBERTO DÍEZ

Oye, amigo; oye, cochero... 189

JUAN FERNÁNDEZ

Tanta de corcova atrás... 109

GASPAR DE LA FIGUERA

Por ser tan fea a ser discreta vino 201

DIEGO DE FRÍAS

Oh dulce amor de mi pluma... ... 90

GARCÍA DE PORRAS

¿No me conocéis, serranos, ... 69
Saca el oriente a la aurora 34
Salid, ¡oh Clori divina! 62
Si miras la amenidad 113

LUIS DE GÓNGORA

Anacreonte español, no hay quien os tope 19

PÁGS.

Atención, por vida mía 115
Aquí del conde Claros, dijo, y luego... 117
Cuando volví de las Indias 41
De las ya fiestas reales 81
¿En justa injusta expuesto a la sentencia 16
En las orillas del Tajo... 31
Enternecido el sepulcro 126
Hijo mío, no te engañe 77
Jueves era, jueves 88
Junto a una fuente clara 112
Justicia en dos puntos hecha... ... 79
La bella deidad del Tajo... 75
La flota que de Indias vino 56
Paloma era mi querida... 122
Por tu vida, Lopillo, que me borres 28
Quedad sobre este peñasco 105
Rabioso y mortal cuidado... 120

A. HURTADO DE MENDOZA

Compitiendo con las selvas 108
Desdicha, hermosura y novia... ... 7
El alba, Marica 54
En la mudanza de Gila 100
El que no llega a saber 119
El yerro tengo por cierto... 107
La gala de la hermosura 123
Los más bellos ojos negros 29
Olmo fuí ayer, ¡oh hipérbole florido!... 112
Pastores, que me abraso 87
Si el necio, aunque afortunado... 118
Una perpetua esperanza 118
Ya de corcova en corneja... 82

MIRA DE AMESCUA

Alarcón, Mendoza, Hurtado 82

PÉREZ DE MONTALBÁN

Clavel dividido en dos... 44
La relación en leído 82

DIEGO MORLANES

La beldad más peregrina 59

SEBASTIÁN DE OROZCO

El galán que me quisiere... 56

PÁGS.

ANASTASIO PANTALEÓN

Juráralo yo, Fortuna 195

PEDRO PANZANO

Con el mulato de Andújar... 149

ALONSO PÉREZ MARINO

Aquí se muestra un retablo 84

PADRE PINEDA

En la justa muy justa la sentencia 17

FRANCISCO DE QUEVEDO

Con enaguas la Tusona 149
Empujar quiero mi voz... 37
En esta piedra yace un mal cristiano... 58
Flor con voz, volante flor... 20
Mota, borracha, golosa... 65
Saturno alado, ruïdo 12
Yo vi la segunda parte 81

A. J. DE SALAS BARBADILLO

Aquel dios, ciego y malsín 85
El fugitivo troyano... 109
El segundo Claramonte... 83

FRANCISCO DE SAYAS

Estas exhalaciones peregrinas... ... 69
Este sonoro cristal 45

ANTONIO DE SILVA

Clérigo que un tiempo fuí 202

PÁGS.

ANTONIO DE SOLÍS

Yo digo que las feas 193

GASPAR SOTELO

Flor con alma, la más fiel 101
Un clavel, de Lucinda enamorado 99

FRAY GABRIEL TÉLLEZ

Don Cohombro de Alarcón 83

F. DE LA TORRE SEVIL

Al ver tu hocico extendido 194
Cayó Inés, y yo no niego... 193
Con polvos Lisis se pinta... 198
Déme el discreto razón 125
Difunta al gusto, viva ya a la pena 75
Refieren muy resolutos 17
Rompe la concha de esmeraldas... 102

LOPE DE VEGA

—Boscán, tarde llegamos. —¿Hay posada? 54
¡Pedirme en tal relación 81

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

Dígasme, tú, el esqueleto... 121
La dama, que en los chapines ... 82

JERÓNIMO DE VILLAYZÁN

Atrevidos pensamientos 101

JUSEPE ZAPORTA

Oh tú, que Mecenas mío 129

INDICE GENERAL

PÁGS.

Prólogo ... IX
Poesías varias de grandes ingenios ... 7
Notas a la antología ... 210
Indice de primeros versos ... 217
Indice de atribuciones ... 221

TERMINÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
POESIAS VARIAS DE GRANDES INGENIOS, EL DÍA 10 DE MAYO
DE 1946, EN LOS TALLERES DE
HERALDO DE ARAGON,
SIENDO REGENTE DE LOS
MISMOS D. DOMINGO
GARCÍA IBÁÑEZ

25

ZARAGOZA · EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
FERNANDO EL CATOLICO ✝ INSTITUCION

C. S. I. C.